traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

útiles 2

Útiles es un tren en marcha que anima la discusión en el seno de los movimientos sociales. Alienta la creación de nuevos terrenos de conflicto en el trabajo precario y en el trabajo de los migrantes, estimula la autorreflexión de los grupos feministas, de las asociaciones locales y de los proyectos de comunicación social, incita a la apertura de nuevos campos de batalla en una frontera digital todavía abierta.

Útiles recoge materiales de encuesta y de investigación. Se propone como un proyecto editorial autoproducido por los movimientos sociales. Trata de poner a disposición del «común» saberes y conocimientos generados en el centro de las dinámicas de explotación y dominio y desde las prácticas de autoorganización. Conocimientos que quieren ser las herramientas de futuras prácticas de libertad.



LICENCIA CREATIVE COMMONS
Reconocimiento-No Comercial-Sin obra derivada 2.0 Spain

Esta licencia permite:
- Copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto.
Siempre que se cumplan las siguientes condiciones:
Autoría-Atribución: Deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. El nombre del autor/a y del traductor/a deberá aparecer reflejado en todo caso.
No Comercial: No puede usarse este trabajo con fines comerciales
Sin obra derivada: No se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

- Se deberá establecer claramente los términos de esta licencia para cualquier uso o distribución del texto.
- Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones si se obtiene el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons ***Reconocimiento-No Comercial-Sin obra derivada 2.0 Spain.*** *Para ver una copia de esta licencia visite http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/es/legalcode.es o envie una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, USA.*

© 2004, de los textos cada uno de los autores
© 2004, de la edición editorial traficantes de Sueños

1ª edición: 1000 ejemplares
Octubre de 2004
Título:
Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia.
Edición y notas:
Marta Malo
Traducción y entrevistas:
Anouk Devillé, Anne Vereecken y Marta Malo

Además de los ya citados, en la realización de este libro han sido imprescindibles la colaboración y el apoyo de Bárbara Biglia, Jordi Bonet, David Gutiérrez Sánchez, Paulina Jiménez, Pere López, Margarita Padilla, Marisa Pérez Colina, Raúl Sánchez Cedillo y Colectivo Situaciones.

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños.
Edición:
Traficantes de Sueños
C\Hortaleza 19, 1º drcha.
28004 Madrid. Tlf: 915320928
e-mail:editorial@traficantes.net
http://traficantes.net
Impresión:
Queimada Gráficas.
C\. Salitre, 15 28012, Madrid
tlf: 915305211
ISBN: 84-933555-5-0
Depósito legal: M-42738-2004

nociones comunes

experiencias y ensayos entre investigación y militancia

Revista Derive Approdi, Precarias a la deriva,
Revista Posse, Colectivo Situaciones,
Grupo 116, Colectivo Sin Ticket...

traficantes de sueños

útiles

Índice

Prólogo

Marta Malo

A lo largo de la historia contemporánea, es posible rastrear, en los movimientos de transformación, un persistente recelo hacia determinadas formas de producción y transmisión del saber. Por un lado, recelo de las ciencias que ayudaban a una mejor organización del mando y de la explotación, y recelo de los mecanismos de captura de los *saberes menores* (subterráneos, fermentados entre malestares e insubordinaciones, alimentados por procesos de cooperación social autónoma o en rebeldía)[1] por parte de las agencias encargadas de garantizar la gobernabilidad. Por otro lado, también, en muchos casos, recelo de las formas ideológicas e icónicas del saber supuestamente «revolucionario» y recelo de las posibles derivas intelectualistas e idealistas de saberes en principio nacidos en el seno de los propios movimientos. Este recelo ha llevado en ocasiones a la impotencia; en los procesos más vivos y dinámicos de lucha y autoorganización, ha sido un acicate para producir conocimientos, lenguajes e imágenes propios, a través de procedimientos también propios de articulación entre teoría y praxis, partiendo de la realidad concreta, procediendo de lo simple a lo complejo, de lo concreto a lo abstracto, con el objeto de ir creando un horizonte teórico adecuado y operativo, muy pegado a la superficie de la vida, donde la simplicidad y concreción de los elementos de los que se ha partido adquieren significado y potencia.

---

1 Sobre la noción de saberes menores, véanse las obras de Gilles Deleuze y Félix Guattari, en especial, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 1997.

Hoy, en los albores del tercer milenio, cuando la realidad de nuestras madres y abuelos parece haber estallado (con la derrota de los movimientos antisistémicos del periodo posterior a 1968, el fin del mundo de Yalta, el eclipse del espacio geopolítico del Tercer Mundo, la desaparición del sujeto «movimiento obrero», la destitución del paradigma industrial, la innovación informática y tecnológica, la automatización, desterritorialización y reorganización productivas, la financiarización y globalización de la economía, la afirmación de una forma-Estado basada en la guerra como vector de producción normativa...)[2] y cuando lo único que se mantiene constante es el propio cambio, cambio vertiginoso, la necesidad de deshacerse de fetiches y bagajes ideológicos, demasiado preocupados por el Ser y la esencia, y de construir, desde las dinámicas de autoorganización social, mapas operativos, cartografías en proceso, para poder intervenir en lo real, y acaso transformarlo, se hace aún más acuciante. Mapas para orientarnos y movernos sobre un paisaje de relaciones y dispositivos de dominación en acelerada mutación. Pero también mapas que nos ayuden a situarnos en ese paisaje hipersegmentado, a definir un punto de partida y de decantación, un lugar donde producción de conocimiento y producción de subjetividad converjan en la construcción de lo común, sacudiendo lo real.

Esta necesidad se ve acentuada, más si cabe, por la centralidad que el conocimiento y toda una serie de facultades humanas genéricas (lenguaje, afectos, comunicatividad, capacidades de relación, juego y cooperación...) han adquirido en la determinación del valor económico de cualquier empresa y, en términos más generales, en la competición en la jerarquía económica global, convirtiéndose en resortes estratégicos —desde el punto de vista capitalista— de la producción de beneficio y en interfaz de una economía flexible, deslocalizada y en red. A todas estas transformaciones va asociada, desde el punto de vista del trabajo, la figura del *virtuoso*: ese trabajador, hasta ahora considerado improductivo, que no deja tras de sí un producto tangible, sino cuya tarea se basa en una ejecución o *performance* –en favorecer y

---

2 Véase Sánchez, Pérez, Malo y Fernández-Savater, «Ingredientes de una onda global», manuscrito inédito escrito en el marco de la investigación *Desacuerdos*: www.desacuerdos.org.

gestionar el flujo de informaciones, en tejer y armonizar relaciones, en producir ideas innovadoras, etc. La figura del virtuoso desafía en su quehacer las tradicionales divisiones entre Trabajo, Acción e Intelecto (Hannah Arendt): el intelecto, puesto al servicio del trabajo, se vuelve público, mundano, pasando a primer plano su naturaleza de bien común; al mismo tiempo, el trabajo, imbuido de intelecto, se vuelve actividad-sin-obra, *virtuosismo* puro que se ejecuta en relación con el *otro*, con los *otros* que componen las redes productivas; por último, en la unión de intelecto y trabajo y la adopción por parte de ambos de propiedades hasta ahora específicas de la acción, esta última queda eclipsada, una vez borrada su especificidad.[3]

En relación con todo ello (en ningún caso como consecuencia unívoca, directa, pero sí en compleja y paradójica relación), se registra dentro de las redes sociales que persiguen transformar el estado de cosas presente (y dentro de una composición social que ya es, de por sí, *virtuosa*, que está obligada a serlo para sobrevivir en el alambre) una peculiar proliferación de experimentaciones y búsquedas entre el pensamiento, la acción y la enunciación: iniciativas que se preguntan cómo romper con los filtros ideológicos y los marcos heredados, cómo producir conocimiento que beba directamente del análisis concreto del territorio de vida y cooperación y de las experiencias de malestar y rebeldía, cómo poner a funcionar este conocimiento para la transformación social, cómo hacer operativos los saberes que ya circulan por las propias redes, cómo potenciarlos y articularlos con la práctica... en definitiva, cómo sustraer nuestras capacidades mentales, nuestro intelecto, de las dinámicas de trabajo, de producción de beneficio y/o gobernabilidad, y aliarlas con la acción colectiva (subversiva, transformadora), encaminándolas al encuentro con el acontecimiento creativo.

Ciertamente, estas preguntas no son nuevas, aunque el contexto en el que se plantean sí que lo sea, y, de hecho, muchas de las experiencias que se las hacen han echado la vista atrás, en busca de referencias en el pasado en las que la producción de saber estuviera ligada de manera inmediata y

---

3 Paolo Virno, «Virtuosismo y revolución. Notas sobre el concepto de acción política», en *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*, Traficantes de sueños, Madrid, 2003, pp. 89-116.

fructífera con procesos de autoorganización y dinámicas de lucha. En este sentido, es posible identificar en la historia reciente cuatro grandes filones de inspiración: la encuesta y la coinvestigación obreras, los grupos de autoconciencia de mujeres y la epistemología feminista, el análisis institucional y, por último, la Investigación Acción Participante o IAP. Todos ellos merecen, por su riqueza e interés, un breve repaso, a modo de *excursus* histórico que permita situar la discusión y las trayectorias actuales de investigación militante e investigación-acción. Dedicaremos a ello buena parte de este prólogo.

Algunas fuentes de inspiración

La encuesta y la coinvestigación obreras.

La encuesta obrera, esto es, el uso *de parte* obrera de las técnicas de la sociología industrial académica (desarrollada y empleada fundamentalmente, no lo olvidemos, para el mejor gobierno de fábricas y barrios), se remonta al propio Karl Marx. En 1881, la *Revue Socialiste* solicita a Marx la elaboración de una encuesta sobre la situación del proletariado francés. Marx acepta el encargo de inmediato, porque considera necesario que el movimiento y las sectas obreras de Francia, tan dadas a la fraseología vacía y al utopismo, sitúen la lucha en un terreno más realista, y redacta una peculiar encuesta con casi cien preguntas, de la que se repartirán miles de copias por todas las fábricas del país. ¿Por qué peculiar? Porque se niega a un acercamiento neutro al mundo laboral, dirigido exclusivamente a extraer informaciones útiles o a constatar una situación o unos hechos y se coloca, abiertamente, *de parte* (de la realidad obrera), con preguntas que a ojos de un sociólogo empiricista resultarían a todas luces tendenciosas: no buscan tanto sacar datos de la experiencia directa, sino, en primer lugar, hacer que los obreros *piensen* (críticamente) sobre su realidad concreta.[4]

---

4 Yaak Karsunke y Gunther Wallraff, *Karl Marx. Encuesta a los trabajadores*, Castellote editor, Madrid, 1973. En las tres primeras partes del cuestionario, las preguntas se centran en el análisis de la naturaleza de la propia explotación, mientras que, en la última sección, se trata de incitar a los obreros a pensar sobre los modos de oposición a su propia explotación.

La idea de la «coinvestigación», esto es, de una investigación social que rompe con la división entre sujeto investigador y objeto investigado, en cambio, no aparecerá hasta la década de 1950, en Estados Unidos, en plena efervescencia de la sociología industrial y del análisis de los grupos humanos como campo específico de la investigación sociológica (la sociología de las «*human relations*» de Elton Mayo[5]), por un lado, y de los *relatos obreros*,[6] por otro. Sin embargo, este alumbramiento es puramente sociológico. Será el italiano Alessandro Pizzorno quien, importándola a Europa, le dará valencia política, y un grupo de intelectuales-militantes italianos, con influencias francesas (entre los que se encuentran Romano Alquati y Danilo Montaldi[7]) quienes, en torno a 1956-1957, empezarán a transformarla y radicalizarla con su aplicación práctica en la provincia de Cremona.

Durante las décadas de 1960 y 1970, el uso de la encuesta y de la coinvestigación obreras se extiende bajo distintas formas: utilizada como dispositivo de análisis de las formas de explotación y dominio en la fábrica y en los barrios y como mecanismo de rastreo de las formas de insubordinación obreras por los equipos de revistas como *Quaderni Rossi* y

---

5 Véase, por ejemplo, Elton Mayo, *Problemas humanos de una civilización industrial*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

6 Relatos en primera persona de la vida en la fábrica. Un ejemplo precioso lo representa el texto de Paul Romano y Ria Stone, *El obrero americano*, sobre las condiciones obreras y la relación clase-fábrica-sociedad (*The american worker*, Bewick Editions, Detroit, 1972; publicado originalmente como panfleto en 1947 por la *Johnson-Forest Tendency* de C. L. R. James y Raya Dunayevskaya y traducido al italiano por Danilo Montaldi).

7 Lejos de la figura del intelectual orgánico de Gramsci, estos intelectuales-militantes cuentan con una larguísima trayectoria, que incluye la creación del *Gruppo di Unità Proletaria* (Cremona, 1957-1962), la participación (en especial Alquati) en revistas como *Quaderni Rossi*, madre del *operaismo* italiano, y fuertes lazos internacionales, en especial Montaldi, con grupos como el francés *Socialisme ou Barbarie*. Alquati, más joven que Montaldi, aprenderá de éste y de sus referencias internacionales (autores como Daniel Mothé, Paul Romano o Martin Glbaermann) a conceder un especial valor a la conflictividad subterránea de las redes de comunicación material que los trabajadores construían para enfrentarse cada día a la férrea organización empresarial y para «rechazar» el trabajo (base de otras conflictividades más visibles e irruptivas).

Quaderni del territorio (Italia) o grupos como *Socialisme ou Barbarie* (Francia), pero también impulsada desde los propios espacios obreros, de manera más o menos intuitiva, sin la intervención de teóricos o «expertos» exteriores a los procesos de autoorganización, como método para la construcción de las plataformas reivindicativas.[8] En el Estado español, las revistas *Teoría y práctica* y *Lucha y teoría* desarrollarán sus propias formas de investigación obrera, dirigidas especialmente a hacer una historia de la lucha de clases «narrada por sus propios protagonistas» (como rezaba el subtítulo de *Teoría y práctica*).

Desde nuestro punto de vista, merece especial atención el uso que la encuesta obrera tuvo en el seno del *operaismo* [obrerismo] italiano. Los jóvenes *opeaisti*, reunidos en un primer momento en torno a la revista *Quaderni Rossi,*[9] creían que la crisis que experimentaba el movimiento obrero en la década de 1950 y principios de la de 1960 no podía interpretarse exclusivamente en función de los errores teóricos o de las traiciones de la dirigencia de los partidos de izquierda (como rezaba la ortodoxia del movimiento obrero de orientación comunista y anarcosindicalista), sino que se debía, ante todo, a las transformaciones que la Organización Científica del Trabajo había introducido en la estructura de los procesos productivos y en la composición de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, el uso de la encuesta iba dirigido a revelar la «nueva condición obrera», así cómo la realidad de los nuevos sujetos conflictivos en condiciones de retomar y reimpulsar las reivindicaciones obreras, y adquirió, en la práctica y el discurso de los *operaisti*, una gran centralidad.

No obstante, desde el comienzo, hubo divergencias respecto a la forma de enfocar la encuesta. Tal como nos cuenta Damiano Palano, «desde la formación del primer grupo de los *Quaderni Rossi* surgió, de hecho, una fractura más bien neta respecto al modo en el que llevar adelante la encuesta obrera y sobre los fines que ésta debería proponerse: por un lado, estaba la componente, entonces mayoritaria, de los

---

8 Véase, a este respecto, «Entre las calles, las aulas y otros lugares. Una conversación acerca del saber y de la investigación en/para la acción entre Madrid y Barcelona», en esta misma publicación, pp. 133-167.

9 Fundada y dirigida por el anómalo disidente socialista Raniero Panzieri, se publicó de 1961 hasta 1965.

«sociólogos» (encabezada por Vittorio Rieser),[10] que entendía la encuesta como un instrumento cognoscitivo de la realidad obrera transformada, dirigido a proporcionar el estímulo para una renovación teórica y política de las instituciones del movimiento obrero oficial; por el otro, en cambio, estaban Alquati y pocos más (Soave y Gasparotto), que, en base a experiencias de fábrica estadounidenses y francesas, consideraban la encuesta como el presupuesto de una intervención política encaminada a organizar la conflictividad obrera. Se trataba de una divergencia notable desde el punto de vista de los objetivos concretos, pero todavía mayor era la distancia que separaba las dos componentes en el plano del método: en realidad, mientras los primeros "actualizaban" la teoría marxista con temas y métodos elaborados por la sociología industrial norteamericana, Alquati proponía una especie de inversión estratégica en el estudio de la fábrica».[11]

¿En qué consistía esta inversión estratégica propuesta por Alquati, ese mismo Alquati que había desarrollado la coinvestigación junto a Danilo Montaldi y a quien tantos recuerdan yendo con su bicicleta a las fábricas de la Fiat y de la Olivetti? ¿Cuáles eran las bases de ese giro epistemológico y de método que recorrería los usos más interesantes de la encuesta obrera dentro del *operaismo* italiano? En pocas palabras: una *teoría de la composición de clase*, que más tarde se completaría con una *teoría de la autovalorización obrera*, y que se fundía con la teoría del punto de vista obrero de inspiración lukàcsiana y con la revolución copernicana inaugurada por otro *operaista*, Mario Tronti, en el presupuesto implícito de una *autonomía obrera*, esto es, de una autonomía potencial de la clase obrera con respecto al capital. Pero vayamos por partes.

La noción de composición de clase designa la estructura subjetiva de las necesidades, los comportamientos y las prácticas conflictivas, sedimentados a lo largo de las luchas. El primer desarrollo de este concepto aparece en los primeros escritos de

---

10 Alquati les llamará los «jóvenes sociólogos socialistas»: aparte de Vittorio Rieser, participaban de esta orientación intelectuales como Dino de Palma, Edda Salvatori, Dario Lanzardo y Liliana Lanzardo.

11 Damiano Palano, «Il bandolo della matassa. Forza lavoro, composizione di classe e capitale sociale: note sul metodo dell'inchiesta», en http://www.intermarx.com/temi/bandolo.html. La traducción y nota son mías.

Alquati publicados en los *Quaderni Rossi*, aunque su formulación «orgánica» tendrá que esperar algún tiempo, hasta que la revista *Classe Operaia,*[12] en su segundo año de trayectoria, decida incluir una sección específica con este mismo nombre, dirigida por el propio Alquati. Es así como la expresión entra en el vocabulario *operaista*.

Pero ¿cuáles son los elementos fundamentales de la teoría de la composición de clase? Básicamente tres: la idea de que existe un conflicto subterráneo y silencioso protagonizado cotidianamente por los obreros contra la organización capitalista del trabajo; la concepción de que la jerarquía empresarial en realidad no es más que una respuesta a las luchas obreras; y la intuición de que todo ciclo de luchas deja residuos políticos que se cristalizan en la estructura subjetiva de la fuerza de trabajo (como necesidades, comportamientos y prácticas conflictivas) y que manifiestan ciertas cotas de rigidez e irreversibilidad.

Pronto, la teoría de la composición de clase se complejiza con una distinción entre «composición técnica» y «composición política», esto es, entre la realidad de la fuerza de trabajo dentro de la relación de capital en un determinado momento histórico y el conjunto de comportamientos (antagonistas) que, en ese momento, definen la clase. Si bien hubo filones obreristas[13] que mataron la riqueza teórica de esta distinción y de la noción misma de composición de clase, reduciendo la composición técnica a puro factor económico e identificando la composición política con el partido (y con las ideologías y organizaciones del movimiento obrero), la teoría de la *autovalorización* (desarrollada en la década de 1970 por Antonio Negri), como proceso de composición de la clase, vino precisamente a consolidar una interpretación opuesta: la definición de la composición política como el resultado de comportamientos, tradiciones de lucha y prácticas concretas de rechazo del trabajo (todos ellos exclusivamente materiales) desarrollados por sujetos múltiples en una fase histórica determinada y en un contexto económico y social específico.

---

12 Publicada entre 1964 y 1967, cuenta en su comité de redacción con una buena parte del grupo de los *Quaderni Rossi* (Mario Tronti, Romano Alquati, Alberto Asor Rosa y Antonio Negri), que habían abandonado esta última por desacuerdos con la fracción de Raniero Panzieri.

13 En especial, el encabezado por Massimo Cacciari y que poco después se integraría en el Partido Comunista Italiano.

Las implicaciones de la teoría de la composición de clase y de la teoría de la autovalorización para la encuesta obrera son cruciales. Mientras que en el caso de los «jóvenes sociólogos socialistas» de los *Quaderni Rossi*, la encuesta se limitaba a considerar los «efectos» que las transformaciones productivas tenían sobre los trabajadores, sobre sus condiciones físicas y psicológicas, sobre su situación financiera y sobre otros aspectos particulares de su vida, el otro filón de la encuesta *operaista*, aquel impulsado por la idea de la composición de clase como producto históricamente sedimentado de las luchas precedentes y, al mismo tiempo, como resultado constantemente renovado por el proceso de autovalorización anclado en la materialidad de las prácticas insumisas de sujetos productivos múltiples, obligaba a partir de los niveles consolidados del antagonismo social para recorrer el hilo subterráneo y con frecuencia invisible de los malestares y las insubordinaciones cotidianas.[14]

Este enfoque de la encuesta obrera imponía, asimismo, un paso del simple cuestionario a procesos de coinvestigación: esto es, de inserción, también subjetiva, de los intelectuales-militantes que investigaban en el territorio-objeto de investigación (casi siempre la fábrica, a veces, también, los barrios), lo cual les convertía en sujetos-agentes adicionales de ese territorio, y de implicación activa de los sujetos que habitaban ese territorio (fundamentalmente, obreros, en alguna ocasión, estudiantes y amas de casa) en el proceso de investigación, lo cual, a su vez, convertía a estos últimos en sujetos-investigadores. Cuando este doble movimiento funcionaba de verdad, la producción de conocimiento de la investigación se mezclaba con el proceso de autovalorización y de producción de subjetividad rebelde en la fábrica y en los barrios.[15]

---

14 Véase Damiano Palano: «Il bandolo della matassa», cit.

15 Para más información sobre el uso de la encuesta y otros aspectos del obrerismo italiano, desde un punto de vista interior a la propia experiencia, véanse, entre otros, Guido Borio, Francesca Pozzi y Gigi Roggero, *Futuro anteriore. Dai «Quaderni rossi» ai movimenti globali: ricchezze e limiti dell'operaismo italiano*, DeriveApprodi, Roma, 2002, y Nanni Balestrini y Primo Moroni, *L'Orda d'oro. 1968-1977: La grande ondata rivoluzionaria e creativa, politica ed esistenziale*, Feltrinelli, Milán, 1988.

Los grupos de autoconciencia de mujeres y la epistemología feminista

Aunque sus antecedentes pueden rastrearse siglos atrás, en las reuniones informales de mujeres y en experiencias como las de los grupos de mujeres negras del *Blackclubwomen's Movement* tras la guerra de secesión estadounidense y la abolición de la esclavitud (1865),[16] los grupos de autoconciencia en sentido estricto nacen en el seno del feminismo radical estadounidense a finales de la década de 1960. Será Kathie Sarachild quien, en 1967, en el marco de las *New York Radical Women*, bautizará esta práctica de análisis colectivo de la opresión, a partir del relato en grupo de las formas en las que cada mujer la siente y experimenta, como *autoconciencia* [*consciousness-raising*].

Desde sus orígenes, los grupos de autoconciencia de mujeres se proponían, según los términos de las feministas radicales, «despertar la conciencia latente» que todas las mujeres tenían de su propia opresión, para propiciar la reinterpretación política de la propia vida y poner las bases para su transformación. Con la práctica de la autoconciencia se pretendía, asimismo, que las mujeres de los grupos se convirtieran en auténticas expertas de su opresión, construyendo la teoría desde la experiencia personal e íntima y no desde el filtro de ideologías previas. Por último, esta práctica buscaba revalorizar la palabra y las experiencias de un colectivo sistemáticamente inferiorizado y humillado a lo largo de la historia.

La consigna «lo personal es político» nació de esta misma práctica, para la que se reivindicaba el estatuto de «método científico» con raíces en las revoluciones y luchas pasadas. En palabras de la propia Kathie Sarachild «la decisión de hacer hincapié en nuestros sentimientos y experiencias como mujeres y de contrastar todas las generalizaciones y lecturas que habíamos realizado con nuestra propia experiencia constituía en realidad un método científico de investigación. De hecho, estábamos repitiendo el desafío que la ciencia del siglo XVII lanzó al escolasticismo, "estudiar la naturaleza, no

16 El *Blackclubwomen's Movement* estaba constituido por asociaciones de apoyo mutuo, compuestas exclusivamente por mujeres, que daban soporte emocional y práctico a las mujeres esclavas recién manumitidas.

los libros" y someter todas las teorías a la prueba de la práctica viva y de la acción. Se trataba, asimismo, de un método de organización radical probado por otras revoluciones. Estábamos aplicando a las mujeres y a nosotras mismas, como organizadoras de la liberación de las mujeres, la práctica que muchas de nosotras habíamos aprendido como organizadoras en el movimiento por los derechos civiles en el sur, a principios de la década de 1960».[17]

Las impulsoras de los grupos de autoconciencia tenían además la certeza de que la única vía para construir un movimiento radical pasaba por *partir de sí*, otra consigna que popularizaron en el movimiento feminista: «Parecía claro que saber cómo se relacionaban nuestras vidas con la condición general de las mujeres nos convertiría en mejores luchadoras en nombre de las mujeres en su conjunto. Creíamos que todas las mujeres tendrían que ver la lucha de las mujeres como propia, y no como algo sólo para ayudar a «otras mujeres», que tendrían que descubrir esta verdad sobre sus propias vidas antes de luchar radicalmente por nadie».[18]

En consecuencia, los grupos de autoconciencia eran un mecanismo para producir al mismo tiempo verdad y organización, teoría y acción radical contra la realidad opresiva de género y, por lo tanto, no eran ni una fase previa de análisis limitada en el tiempo, ni un fin en sí mismos: «La autoconciencia se consideraba simultáneamente como un método para llegar a la verdad y un medio para la acción y la organización. Era un mecanismo para que las propias organizadoras hicieran un análisis de la situación y, al mismo tiempo, un mecanismo disponible para las mujeres a quienes estas primeras estaban organizando y que, a su vez, organizaban a más gente. Del mismo modo, no se consideraba como una mera fase del desarrollo feminista, que conduciría a continuación a otra acción, a una fase de acción, sino como una parte esencial de la estrategia feminista global».[19]

---

17 Kathie Sarachild, «Conciousness-Raising: A Radical Weapon», en *Feminist Revolution*, Random House, Nueva York, 1978, pp. 144-150. La versión digital puede verse en http://scriptorium.lib.duke.edu/wlm/fem/sarachild.html. La traducción es mía.

18 *Ibidem*.

19 *Ibidem*.

En un primer momento, la creación de grupos de autoconciencia ocasionó gran escándalo, tanto dentro como fuera del propio movimiento de mujeres. Tildados despreciativamente de sesiones de «té con pastas», «gallineros» o «reuniones de brujas» (según los gustos, las tradiciones misóginas y los prejuicios), estos espacios fueron blanco de todo tipo de acusaciones, en especial de no ser «políticos», sino terapéuticos y de quedarse en lo «personal». La consigna «lo personal es político» antes mencionada se acuña precisamente al calor de estos torpedos críticos lanzados desde todas las direcciones, con un espíritu afirmativo y desafiante que cuestionaba las bases del objeto «política» tal y como se había entendido hasta la fecha.

No obstante, pese al fragor de cuchillos inicial, la práctica de la autoconciencia se extendió como la pólvora: grupos y organizaciones de mujeres de todo el mundo (incluso aquellas que en un principio se habían indignado ante la impoliticidad de estas «reuniones de brujas», como las feministas liberales de la *National Organization for Woman*) empezaron a utilizarla, modulándola en función de sus necesidades. Hasta tal punto que, hacia la década de 1970, se registró una tendencia hacia la institucionalización y la formalización de la autoconciencia, que convertía esta práctica en un conjunto de reglas metodológicas abstraídas de los objetivos y del contexto concreto de movimiento en el que había nacido. A este respecto, Sarachild insistirá con firmeza en que la autoconciencia no constituye un «método», sino un arma crítica, declinable en función de los objetivos de lucha: «La parafernalia de las reglas y la metodología —el nuevo dogma de la "Auto-Conciencia", que ha crecido en torno a los grupos de autoconciencia a medida que éstos se han ido extendiendo— ha tenido el efecto de crear intereses particulares de los "expertos en metodología", tanto profesionales (por ejemplo, psiquiatras), como *amateurs*. Se ha publicado y distribuido entre los grupos de mujeres toda una serie de "reglas" o "directrices" para la autoconciencia con un aire de autoridad y como si representaran el programa original de la autoconciencia. Pero la fuente de la fuerza y del poder de la autoconciencia está en el conocimiento nuevo. Los métodos sólo están para servir a este objetivo y hay que cambiarlos si no funcionan».[20]

---

20 *Ibidem*.

En definitiva, la base de la autoconciencia sólo era una, tan simple como complicada de poner en marcha: «Analizar nuestras experiencias en nuestras vidas personales y en el movimiento, leer sobre la experiencia de lucha de otra gente y conectar estos dos ámbitos a través de la autoconciencia [para] mantenernos en el camino, moviéndonos lo más rápido posible hacia la liberación de las mujeres».[21]

Es cierto que el excesivo énfasis en el nivel puramente consciente y la idea de que existía en todas las mujeres una «conciencia latente» de la propia opresión en cuanto mujeres, que no había más que hacer aflorar, hicieron que algunos grupos acabaran creyendo en una «conciencia verdadera» (como objeto preexistente y no como algo a crear), se centraran más en la interpretación de la opresión que en el rastreo de las prácticas subterráneas de rechazo y rebeldía y pasaran por alto formas de malestar más balbuceantes, menos explícitas y, tal vez, para aquellos tiempos, menos «verdaderas». Pero, con todo, la práctica de la autoconciencia fue uno de los motores centrales del feminismo de la década de 1970 y permitió diseñar planes de acción y reivindicaciones directamente conectados con la experiencia de miles de millones de mujeres: desde la espectacular quema pública de sujetadores con la que las *New York Radical Women* se dieron a conocer, hasta las redes clandestinas de planificación familiar, práctica de abortos y autogestión de la salud que florecieron en muchísimos países de Europa y Estados Unidos. Asimismo, muchas de las intuiciones que había en la formulación y práctica de estas sesiones de «té con pastas» serían el germen de toda una epistemología feminista que mujeres intelectuales de distintas disciplinas desarrollarían desde la década de 1970 hasta la actualidad.

Sería muy largo para los propósitos de este artículo recorrer la trayectoria de las distintas ramas de la epistemología feminista, que Sandra Harding clasificará en 1986, con todas las simplificaciones y reducciones que semejante operación implica, en teoría del punto de vista feminista, feminismo postmoderno y feminismo empiricista.[22] Por otro lado, se

---

21 *Ibidem*.

22 Sandra Harding, *The Sciencie Question in Feminism*, Cornell University Press, Ithaca, 1986. Autoras como Nancy Hartsock, Hilary Rose, Patricia Hill Collins y Dorothy Smith representarían la teoría del

trata de una historia cuyos avatares tienen lugar en un plano fundamentalmente académico, aunque eso sí, con efectos importantes en muchas disciplinas científicas. Con todo, creemos que merece la pena mencionar, aunque sólo sea en unas líneas, algunas de sus nociones comunes, sobre todo en la medida en que desarrollan intuiciones implícitas en la práctica de la autoconciencia y sirven de inspiración en la actualidad a iniciativas de investigación social crítica, investigación militante e investigación-acción ligadas a dinámicas de autoorganización.

En primer lugar, cabe destacar la crítica despiadada (y muy fundamentada) que la epistemología feminista hace a ese ojo de la ciencia positivista contemporánea «que todo lo ve» y que se sitúa «en ninguna parte»: una imagen que, en realidad, no es sino la máscara de un sujeto de conocimiento mayoritariamente masculino, blanco, heterosexual y de clase acomodada que, en cuanto tal, ocupa una posición dominante y tiene intereses concretos de control y ordenación (de los cuerpos, las poblaciones, las realidades naturales, sociales y maquínicas...). La supuesta neutralidad de este tipo de mirada está además guiada por un paradigma de neta escisión mente/cuerpo, donde la mente debería dominar las «desviaciones» del cuerpo y sus afectos, asociados siempre con lo femenino. En un esfuerzo por hacer saltar por los aires ese sujeto conocedor desencarnado, sin caer en narrativas relativistas, la epistemología feminista propone la idea de un sujeto de conocimiento *encarnado* e *inserto* en una estructura social concreta (un sujeto, por lo tanto, sexuado, racializado, etc.) y que produce *conocimientos situados*, pero, no por ello, menos objetivos. Todo lo contrario: como escribe Donna Haraway, «solamente la perspectiva parcial promete

---

punto de vista feminista, Donna Haraway y Maria Lugones el feminismo postmoderno y Helen Longino y Elizabeth Anderson el feminismo empiricista crítico. Con el paso de los años, las fronteras entre estas tres corrientes se han ido difuminando, como, por otra parte, predijo la propia Harding. Para un breve (aunque enciclopédico) repaso del «estado de la cuestión» en la epistemología feminista, véase la entrada «Feminist Epistemology and Philosophy of Science» de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Véase también Sandra Harding, *Is Science Multicultural?: Poscolonialisms, Feminisms and Epistemologies*, Indiana University Press, Bloomington, 1998.

una visión objetiva» y esta perspectiva parcial exige una *política de la localización* y de la *implicación* en un territorio concreto desde el que se habla, se actúa y se investiga.[23] En relación directa con esta crítica de la mirada científica dominante, la epistemología feminista hace un especial énfasis en las relaciones de poder que hay en juego en toda investigación y, por lo tanto, en la necesidad de una organización social de la investigación basada en el paradigma de la *reflexividad* y en criterios de transparencia y de democracia. Por último, recuperando una de las prácticas subterráneas de todos los grupos sometidos, se otorga un valor central a la práctica de la relación y al relato en la producción y la transmisión de conocimiento.

El análisis institucional

Coincidiendo temporalmente con los grupos de autoconciencia feministas, el análisis institucional surge en Francia a partir de las corrientes de la pedagogía y de la psicoterapia «institucionales», como superación de ambas en un clima de gran efervescencia social y de crisis de las instituciones. Para el análisis institucional, la institución es la forma (en principio oculta) que adopta la producción y la reproducción de las relaciones sociales dominantes. Su crisis determina la apertura de un espacio crítico que el análisis institucional pretende explorar, partiendo de la propia institución para descubrir y analizar su base material, su historia y la de sus miembros, su lugar en la división técnica y social del trabajo, las relaciones que la estructuran, etc. ¿Cómo? En primer lugar, reconociendo la falsedad de la neutralidad del (psico)analista o pedagogo y la intervención que conlleva todo proceso analítico o educativo. En segundo lugar, liberando la palabra social, la expresión colectiva y una «política» (o, más bien, *micropolítica*) de los deseos, a partir de la implicación en el análisis institucional de todos y cada uno de los miembros de la institución. Tal y como escribe Félix

---

23 Donna Haraway, «Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial», en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1995, p. 326.

Guattari a este propósito: «La neutralidad es una trampa: siempre se está comprometido. Vale más tomar conciencia de ello para contribuir a que nuestras intervenciones sean lo menos alienantes posible. Más que conducir una política de sujeción, de identificación, de normalización, de control social, de encarrilamiento semiótico de las personas con las que tenemos que ver, es posible escoger lo contrario, una micropolítica que consiste en hacer presión, a pesar del poco peso que se nos ha conferido, en favor de un proceso de desalienación, de una liberación de la expresión, de un empleo de "puertas de salida", es decir, de "líneas de fuga" con respecto a las estratificaciones sociales». Y también: «Para un análisis auténtico [...] el problema central no sería el de la interpretación, sino el de la intervención. ¿Qué puede hacerse para cambiar esto?».[24]

Sin embargo, no será éste el único sentido en que el análisis institucional ligue el plano analítico al de la acción. Dados sus orígenes en la pedagogía y la psicoterapia, las instituciones que aborda en concreto son, sobre todo, la Escuela y el Hospital (psiquiátrico), pero, desde el principio, se asume el carácter no aislado de estos espacios y se entiende que el conjunto del sistema institucional se comunica y articula en el Estado. Esto conduce a una relación directa entre el análisis institucional y la militancia o acción política: en última instancia, el Estado siempre recurrirá a la violencia cuando vea peligrar la estabilidad del sistema institucional, lo cual hace imposible «descubrir» o analizar la institución sin que ello implique en determinado momento algún tipo de «enfrentamiento» y de *experiencia* en el sentido fuerte del término —por lo tanto, de acción, de militancia.

Aunque algunos libros tiendan a excluir a Félix Guattari como representante del movimiento institucionalista, será este anómalo y prolífico pensador, analista y militante quien acuñará el término «análisis institucional» en torno a 1964/1965, en una sesión de un grupo de reflexión sobre psicoterapia institucional.[25] Y lo hará ante la necesidad de una doble demarcación: por un lado, frente a la corriente de Daumezon, Bonafé y Le

---

24 Jacky Beillerot, «Entrevista a Félix Guattari», en Félix Guattari et al, *La intervención institucional*, p. 113 y 111.

25 En concreto, el GTPSI, Grupo de Trabajo de Psicología y de Sociología Institucionales, reunido en torno a François Tosquelles entre 1960 y 1965.

Guillant (responsables del lanzamiento de la expresión «psicoterapia institucional» en los tiempos de la Liberación francesa), que limitaba el análisis a una cuestión intramuros de la institución psiquiátrica, aislándolo así del conjunto del *socius* y pretendiendo que era posible desalienar las relaciones sociales del hospital con un trabajo restringido a las distintas esferas del propio recinto; por otro lado, frente a la especialización de la práctica analítica, que la colocaba bajo la responsabilidad exclusiva de una persona o grupo «experto», otorgando a éste un extraordinario poder: «El análisis sólo tendrá sentido si deja de ser el asunto de un especialista, de un individuo psicoanalista o incluso de un grupo analítico, que se constituyen, todos ellos, como una formación de poder. Pienso que debe llegar a producirse un proceso que surja de lo que he llamado agenciamientos de enunciación analíticos. Dichos agenciamientos no están compuestos solamente de individuos, sino que dependen también de cierto funcionamiento social, económico, institucional, micropolítico...».[26]

En esta línea, el análisis institucional considerará a los movimientos sociales como agenciamientos de enunciación analíticos privilegiados y encontrará ejemplos en este sentido en el movimiento feminista y en el movimiento de las radios libres.[27]

La práctica del análisis institucional se alimentará y proliferará en el seno de la revista *Recherches* y del FGERI (Federación de Grupos de Estudio y de Investigación Institucionales), que reunía a grupos psiquiátricos que se interesaban por la terapia institucional, grupos de maestros provenientes del movimiento Freinet,[28] grupos de estudiantes ligados a la experiencia de los BAPU,[29] arquitectos, urbanistas, sociólogos, psicosociólogos... Este enriquecimiento llevará a incorporar dos vertientes en el proceso analítico: por un lado, una «investigación sobre la investigación», es decir, un análisis que tuviera en cuenta «el

---

26 Jacky Beillerot, «Entrevista a Félix Guattari», cit., p. 103.

27 Sobre estos agenciamientos, véase Félix Guattari, *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, Traficantes de sueños, Madrid, 2004.

28 Movimiento pedagógico de escuelas cooperativas y experimentales. Fundado por el maestro comunista francés Célestine Freinet a finales de la década de 1920, alcanzará dimensiones internacionales.

29 Centros de Ayuda Psicológica Universitaria.

hecho de que los investigadores no pueden comprender su objeto sino con la condición de que ellos mismos se organicen, de que se cuestionen a propósito de cosas que no tienen nada que ver, aparentemente, con el objeto de su investigación»;[30] por otro, la idea de «transdisciplinariedad» en la investigación, que permitirá desbloquear falsos problemas. Es también en este contexto en el que se lanzan nociones clave que más tarde serán incorporadas por las ciencias sociales críticas: analizador, transferencia institucional, transversalidad... En concreto, la transversalidad será un principio vertebrador del análisis: «El análisis, a mi modo de ver, consiste en articular, en hacer coexistir —no en homogeneizar ni en unificar—, en disponer según un principio de transversalidad, en lograr que se comuniquen transversalmente distintos discursos [...], discursos de distintos órdenes y no solamente discursos de teorización general, sino también microdiscursos, más o menos balbuceantes, en el nivel de las relaciones de la vida cotidiana, de las relaciones con el espacio, etc.».[31]

Frente a la fe de la práctica de la autoconciencia (y de mucha teoría y práctica marxista) en el plano consciente, en la importancia de hacer emerger lo latente a los niveles de la conciencia, el análisis institucional, en gran parte por sus raíces en la psicoterapia y la pedagogía, insiste e incide en la potencia de los niveles moleculares, en el valor de los microdiscursos, en el interés de un trabajo colectivo sobre la economía del deseo. En este sentido, se insistirá en la importancia del vector analítico en las luchas y en la medida en que éste puede contribuir a desbloquearlas. A este respecto, Guattari escribirá: «Estoy convencido de que las luchas de clases en los países desarrollados, las transformaciones de la vida cotidiana, todos los problemas de la revolución molecular, no encontrarán ninguna salida si, al lado de los modos de teorización tradicional, no se desarrolla una práctica y un modo de teorización muy particular, a la vez individual y de masa, que, de manera continua, conduzca a una reapropiación colectiva de las cuestiones de la economía del deseo. [...] Al mismo tiempo que uno formula algo que cree justo, o se

30 Jacky Beillerot, «Entrevista a Félix Guattari», cit., p. 96.

31 *Ibidem*, p. 106.

involucra en una lucha que cree eficaz, se vuelve necesario el desarrollo de una especie de "pasaje al otro", de aceptación de la singularidad heterogénea, de anti-proceso militante, que coincide con un proceso analítico».[32]

La historia del movimiento institucionalista tendrá dos fases y mayo de 1968 constituirá su momento de cesura. La primera fase será fundamentalmente francesa y su práctica concreta se mantendrá en el interior de un determinado marco institucional (un colegio, una clínica...). Después de mayo de 1968 encontramos, por un lado, en Francia, una tendencia al reencasillamiento del análisis institucional en el terreno de los especialistas (ya sean universitarios o profesionales de la psicosociología). El análisis institucional se convertirá con ello, de la mano de figuras como Georges Lapassade, René Lourau y Michel Lobrot, en un producto principalmente universitario y comercial. El problema aquí no será el de la *recuperación* de una práctica surgida al calor de dinámicas de crítica y autoorganización social (eterno falso problema), sino, de nuevo, como en el caso de la autoconciencia, la transformación del análisis institucional en un «método» formalizado y abstraído, o directamente en las antípodas, de las preocupaciones, problemas e inquietudes a partir de las cuales se formuló. Por otro lado, ya fuera de Francia (en especial, en Italia y el Reino Unido), el movimiento institucionalista se saldrá por completo del marco institucional para atacar los principios mismos de la institución y, ligado al movimiento contracultural de la década de 1970, fundar la antipsiquiatría y la educación sin escuela. Ivan Illich, David G. Cooper y Franco Basaglia serán aquí figuras de referencia.[33]

---

32 *Ibidem*, p. 105. La articulación de las revoluciones moleculares con una auténtica revolución social de masas se convertirá, tras mayo de 1968, en la cuestión que más preocupe a Félix Guattari.

33 Sobre el análisis institucional, su historia y algunas de sus experiencias, un libro de referencia en castellano es la recopilación de Juan C. Ortigosa (ed.), *El análisis institucional. Por un cambio de las instituciones*, Campo Abierto Ediciones, Madrid, 1977. Véanse en especial, en este volumen, los artículos de Félix Guattari y del Colectivo formación del CERFI.

Investigación-Acción Participante

Nacida en contraposición al productivismo y tecnicismo de la I+D (investigación y desarrollo) a finales de la década de 1970, la I+A (investigación-acción, a la que más tarde se añadirá la «P» de participación) es fruto de la confluencia de escuelas críticas de investigación y pedagogía social (en especial, de la educación popular y de las teorías y experiencias de Paulo Freire y su *pedagogía del oprimido*) que conquistan una fuerte presencia en América Latina, ligadas a la educación de adultos y a la lucha comunitaria contra la miseria cotidiana. Tiene claras conexiones con el análisis institucional francés, aunque sobre todo con la versión «formalizada» de Lapassade, Lourau y Lobrot, y de él tomará conceptos clave como los de analizador o transversalidad. A la península ibérica llegará ya en la década de 1980, de la mano de la llamada sociología dialéctica de Jesús Ibáñez, Alfonso Ortí y Tomas R. Villasante.

La IAP pretenderá articular la investigación y la intervención social con los conocimientos, los saberes-hacer y las necesidades de las comunidades locales, poniendo en primer término la acción como lugar de validación de cualquier teoría y dando así una absoluta primacía a los saberes prácticos. La objetividad de estos saberes vendrá dada, entonces, por la medida en que se han creado en grupo, a partir del diálogo interpersonal y de un procedimiento que va de los elementos concretos a la totalidad abstracta, para volver a lo concreto, pero ya en condiciones de aferrarlo y generar acción (por lo tanto, el paradigma de la objetividad da paso a la reflexividad y a la dialogicidad, entroncando con la epistemología feminista). Sin embargo, obviamente, no vale cualquier acción: la acción que un proceso de IAP debe generar tiene que ser colectiva y contribuir a la transformación de la realidad, generando realidad nueva y más justa —éste constituye otro plano fundamental de validación del saber producido. De este modo, la praxis social (transformadora) es al mismo tiempo objeto de estudio y resultado de la IAP.

Otro elemento fundamental de la IAP es la ruptura con la relación sujeto (investigador) —objeto (investigado) característica de la investigación sociológica clásica: a partir del reconocimiento de la potencia de acción de todo sujeto social, se busca producir un proceso de *coinvestigación*, en el que distintos sujetos, con saberes-hacer diversos, se relacionan según

criterios éticos. Los sujetos exteriores a la comunidad o realidad social que se investiga deben funcionar como elemento dinamizador, pero nunca sobredeterminante. Ello requiere una transparencia absoluta del proceso de investigación para todos los que participan en él, así como una articulación y retroalimentación constante entre el conocimiento técnico/científico que se pone en juego en el proceso (y que normalmente se trae de fuera) y los «saberes populares» ya existentes, combinando dinámicas de formación con dinámicas de autovalorización y articulación (discursiva y reflexiva) de los saberes no reconocidos y prestando permanente atención a los distintos planos de la subjetividad (que investigadores como Tomás R. Villasante dividirán en *manifiesto*, *latente* y *profundo*).[34]

Es cierto que la IAP, como proceso de investigación-acción formalizado, contratado por administraciones locales y empresas innovadoras, se convertirá en demasiadas ocasiones en herramienta de producción de consenso y de canalización y apaciguamiento del malestar social, en un contexto (la década de 1980) en el que las «mayorías silenciosas» empezaban a resultar inquietantes, y se hacía preciso hacerlas hablar para su mejor gobierno. Pero también es cierto que sus planteamientos iniciales, algunas de sus herramientas y ciertas experiencias de articulación de modos de acción colectivos a partir del análisis de las propias situaciones y de la combinación de saberes técnicos, teóricos y otros saberes menores (sobre todo aquellas en las que la participación no se daba por «invitación» desde las instituciones de gobierno, sino por «irrupción» de las comunidades locales —la distinción es de Jesús Ibáñez—), constituyen una fuente de inspiración para todo intento de hacer de la investigación una herramienta de transformación.[35]

---

34 Véase Tomás R. Villasante, «Socio-praxis para la liberación». Véase también Fals Borda, Villasante, Palazón et al., *Investigación-Acción-Participativa*, Documentación Social, 92, Madrid, 1993.

35 Puede encontrarse un excelente y sintético repaso de los elementos básicos de la IAP en Elena Sánchez Vigil, «Investigación-acción-participante», en TrabajoZero, *Dossier metodológico sobre coinvestigación militante*, Madrid, septiembre 2002, pp. 3-8. Para un análisis más exhaustivo del contexto en el que surge la IAP y de sus bases epistemológicas y metodológicas, que incluye algún ejemplo interesante, véase Luis R. Gabarrón y Libertad H. Landa, *Investigación participativa*, Cuadernos Metodológicos, nº 10, CIS, Madrid, 1994.

Investigación militante ayer y hoy

Encuesta, coinvestigación. Composición de clase, autovalorización. Lo personal es político. Partir de sí. Transversalidad. Micropolítica y economía de los deseos. Liberación de la expresión. Líneas de fuga. Investigación-acción. Todos estos conceptos-herramienta reaparecerán en las iniciativas actuales que buscan articular investigación y acción, teoría y praxis. También muchas de las inquietudes, temas y problemas que se plantearon en los filones históricos que hemos recorrido. Resuenan de un modo extraño y, sobre todo, en un contexto totalmente diferente: mientras que las experiencias que hemos visto nacen todas en un clima de enorme efervescencia social, ligadas a movimientos sociales de masas, el terreno en el que se insertan la mayoría de iniciativas actuales pareciera más móvil, más cambiante, más disperso y más atomizado. ¿Qué tienen en común unas y otras, aparte de una serie de expresiones que estas últimas toman de las primeras, de manera no siempre ortodoxa, convirtiéndose así en sus hijas ilegítimas?

Veamos. En primer lugar, una fuerte inspiración *materialista* que, contra todo idealismo y contra toda ideología, busca el encuentro entre la cosa y el nombre, entre la cosa común y el nombre común. Es decir: en lugar de remitirse a interpretaciones del mundo sacadas de libros o panfletos (casi siempre congeladas), contrasta estas interpretaciones con los elementos de la realidad concreta y, a partir de ahí, procede de lo concreto a lo abstracto, siempre para volver a lo concreto y a la posibilidad de su transformación. De ahí, la absoluta primacía otorgada en todas las experiencias a la acción, a las prácticas: ya no se trata de que llevemos mucho tiempo interpretando el mundo y haya llegado la hora de cambiarlo (Marx *dixit*), sino que la interpretación del mundo va siempre asociada a algún tipo de acción o práctica —la pregunta será, entonces, qué tipo de acción: si de conservación del *status quo* o de producción de nueva realidad.

Tanto la aprehensión de los elementos concretos como la intervención sobre ellos se produce a través de esa máquina sensible que es el cuerpo, superficie de inscripción de una subjetividad que vive y actúa en una realidad social determinada. Por eso, en segundo lugar, podemos decir que otro elemento común es la crítica de toda teoría *desencarnada*, que

pretenda (falsamente) enunciarse desde un lugar neutro desde el que todo se ve. No, señores: el pensamiento pasa necesariamente por el cuerpo y, por ello, es un pensamiento siempre situado, implicado, *de parte*. La pregunta es entonces *¿de qué parte* nos colocamos? O, lo que es lo mismo *¿con quién* pensamos? Con las luchas obreras, con las dinámicas de conflictividad y cooperación social, con las mujeres, con los locos, con los niños, con las comunidades locales, con los grupos subyugados, con las iniciativas de autoorganización...

La certeza de que toda producción de conocimiento nuevo afecta y modifica los cuerpos, la subjetividad, de aquellos que participan en el proceso constituiría un tercer elemento común. La coproducción de conocimiento crítico genera cuerpos rebeldes. El pensamiento sobre las prácticas de rebeldía da valor y potencia a esas mismas prácticas. El pensamiento colectivo genera práctica común. Por lo tanto, el proceso de producción de conocimiento no es separable del proceso de producción de subjetividad. Ni a la inversa. De poco sirve ir a contarle a la gente qué es lo que debe pensar, cómo debe interpretar su propia vida y el mundo, confiando en que esa transmisión de información de conciencia a conciencia sea capaz de producir algo, de liberar en algún sentido. Se trata de una operación demasiado superficial, que desprecia la potencia del encuentro entre singularidades diferentes y la fuerza de pensar y enunciar en común. De ahí el interés de articular formas colectivas de pensamiento e investigación: las prácticas de coinvestigación, autoconciencia y transversalidad van todas en este sentido.

Finalmente, como último elemento común podemos identificar la prioridad concedida a los objetivos y al proceso sobre cualquier tipo de método formalizado. El método, abstraído del contexto y de las preocupaciones de las que nace, se convierte en un corsé que impide la verdadera conexión entre experiencia y pensamiento, entre análisis y práctica de transformación, una especie de rejilla ideológica que atora los desplazamientos ante los nuevos problemas e inquietudes que el proceso va planteando a medida que avanza. Por encima de cualquier método, están las *operaciones reales* que el proceso de investigación militante es capaz de poner en marcha. La investigación militante es, en este sentido, siempre, un viaje abierto, que sabemos de dónde y cómo parte pero no adónde nos llevará.

Efectivamente, todos estos elementos comunes entre las experiencias del pasado y las iniciativas actuales se declinan en estas últimas de manera híbrida, balbuceante y nueva. Como decíamos, el contexto es otro. Muchas de las formas de investigación militante o investigación-acción de la actualidad se formulan, de hecho, en un esfuerzo por romper con la congelación de los conflictos reales y con la caída de las realidades rebeldes en lógicas resistencialistas, identitarias y grupusculares de la década de 1980 y gran parte de la década de 1990, en especial en la zona norte del globo. Y por romper tanto con el activismo voluntarista que marcó aquellos «años de invierno», como con su contrapunto, una visión desapasionada del conocimiento que lo separa de los contextos vitales, productivos, afectivos y de poder. Esto, junto con una realidad social atomizada, donde las comunidades fuertes parecen haberse desintegrado para siempre y las grandes movilizaciones aparecen y desaparecen sin dejar tras de sí rastros sólidos aparentes, concede, además, una enorme centralidad al problema del «pasaje al otro», de la relación con los otros, para poder alumbrar un pensamiento-acción común que no se quede en el pequeño nosotros del grupito o grupúsculo.

En este contexto nuevo, y más allá de las filiaciones con el pasado, es posible detectar tres líneas actuales de indagación entre la investigación y la militancia, con múltiples puntos de conexión y resonancia entre sí, pero también con problemas específicos a cada una. Probemos a exponerlas de manera sumaria (y sin duda reductiva), en un esfuerzo por dibujar una pequeña cartografía de la investigación militante hoy, a modo de cierre de este prólogo:[36]

1) Por un lado, encontramos una serie de experiencias de producción de conocimiento sobre/contra los mecanismos de dominación, que combinan la crítica del sistema de expertos, con la potenciación de saberes menores y la puesta en marcha de procesos colectivos de conocimiento, frente a la

36 Esta cartografía es la misma expuesta en Sánchez, Pérez, Malo y Fernández-Savater, «Ingredientes de una onda global», cit. Ha sido elaborado desde Madrid y eso determina enormemente su mirada. De ahí su carácter puramente tentativo, parcial y provisional.

tendencia dominante a su individualización y privatización (a través de mecanismos como la legislación de patentes y *copyright* o la necesidad de construirse una trayectoria curricular en nombre propio). En este marco, se inscribiría la construcción colectiva de cartografías a caballo de procesos de movilización,[37] pero también la combinación de saberes expertos y saberes menores que se produce en experiencias como la de Act-Up[38] y las iniciativas, más clásicas, pero no por ello menos importantes, de investigación para la denuncia impulsadas por grupos de activistas que intervienen en terrenos sometidos a una especial violencia estructural.[39] Las jornadas celebradas en Barcelona en enero de este año, bajo el título *Investigacciò. Jornades de Recerca Activista*, constituyeron un importante encuentro de este tipo de experiencias.[40]

2) Por otro lado, cabe identificar un conjunto de iniciativas que persiguen producir pensamiento desde las propias prácticas de transformación, desde su interioridad, para potenciar e impulsar esas mismas prácticas en un procedimiento virtuoso

---

37 Algunos ejemplos de este tipo de práctica los tenemos en los mapas del Bureau d'Etudes y la Université Tangente (utangente.free.fr) sobre las redes multinacionales, los del Grupo de Arte Callejero bonaerense (gacgrupo.tripod.com.ar) sobre las resistencias, aquél realizado sobre/contra el Fórum 2004 en Barcelona (www.sindominio.net/mapas) o la cartografía del estrecho (madiaq.indymedia.org/news/2004/05/7005.php) en la que se está trabajando en estos momentos entre indymedia estrecho (madiaq.indymedia.org) y la red dos orillas (redasociativa.org/dosorillas).

38 Organización de seropositivos, creada en Estados Unidos tras el estallido de la «crisis del SIDA» y con fuerte presencia también en Francia, donde se combina el saber médico con el saber de los propios seropositivos organizados y sus redes de amigos y familiares: para más información, véase www.actupny.org y www.actupparis.org. En el Estado español, podemos encontrar ejemplos en el mismo sentido en la experiencia del Laboratorio Urbano (donde saber arquitectónico-urbanístico, saber vecinal y saber okupa se alían para construir un urbanismo desde abajo, en contacto con la experiencia directa del habitar la ciudad: laboratoriourbano.tk) o el Grupo Fractalidades en Investigación Crítica (donde se combinan saber psico-sociológico, saberes migrantes y saberes activistas en trayectorias de investigación social: seneca.uab.es/fic).

39 Algunos ejemplos en el Estado español: Ecologistas en Acción (www.ecologistasenaccion.org) o el colectivo Al Jaima, que actúa en el área geopolítica del estrecho.

40 Véase www.investigaccio.org.

de la práctica a la teoría a la práctica, en ocasiones impulsado por el encuentro singular entre subjetividades no semejantes[41] y en otras ocasiones puesto en marcha a partir de la iniciativa de gentes que participan de la misma práctica que se pretende pensar.[42]

3) Por último, podríamos hablar de aquellas iniciativas que toman la investigación como palanca de interpelación, subjetivación y recomposición política, que utilizan los mecanismos de encuesta, entrevista y grupo de discusión como excusa para hablar con otros y hablarse entre sí, para desafiar las distancias de un espacio social hiperfragmentado y probar a decir la propia realidad, en busca de nociones comunes que la describan y formas de resistencia, cooperación y fuga que la agujereen, dando así materialidad metropolitana al «caminar preguntando» zapatista.[43]

---

41 Una experiencia de gran interés en este sentido es la del Colectivo Situaciones, con sus talleres en colaboración con diferentes realidades de contrapoder argentinas (véase «Algo más sobre la Militancia de Investigación. Notas al pie sobre procedimientos e (in)decisiones», en este mismo volumen y también www.situaciones.org). Cabe señalar también otras experiencias, a modo de ejemplo: los talleres de la University of the poor —www.universityofthepoor.org— en Estados Unidos o algunas de las iniciativas de encuesta y entrevista de la revista DeriveApprodi (véase el texto de Guido Borio, Francesca Pozzi y Gigi Roggero, compañeros de DeriveApprodi, «La coinvestigación como acción política», en este mismo volumen y también www.deriveapprodi.it).

42 Esto ha sucedido, de manera no sistemática y algo a matacaballo, en los propios Centros Sociales, tanto italianos como del Estado español.

43 En este marco, se sitúan las múltiples experiencias de *inchiesta* y *conricerca* que se dan en Italia, cuya pista puede seguirse en revistas como DeriveApprodi y Posse, así como las iniciativas del colectivo alemán Kolinko (con su trabajo de encuesta en el telemárketing: www.nadir.org/nadir/initiativ/kolinko/engl/e_index.htm) y, ya en el Estado español, las trayectorias incipientes de Precarias a la deriva (con su proceso de investigación-acción desde y contra la precarización de la vida: véase «De preguntas, ilusiones, enjambres y desiertos. Apuntes sobre investigación y militancia desde *Precarias a la deriva*», en este mismo volumen, y también www.sindominio.net/precarias.htm), del Colectivo Estrella (con sus entrevistas sobre la precariedad y sobre las movilizaciones contra la guerra: www.colectivoestrella.net) y de Entránsito (con su trabajo de encuesta y agitación con migrantes y precarios: madiaq.indymedia.org/news/2004/06/7778.php).

Los trazos gruesos y aún torpes de esta cartografía (que precisa ser sometida al ojo crítico de tantos y tantos militantes-investigadores) se dibujan sobre un papel de estraza muy concreto: el de una composición social rica, híbrida y *virtuosa* que, atravesada por una fuerte exigencia de transformación, busca reapropiarse de su capacidad de crear mundos. Con este objeto, inventa y afila herramientas con las que interrogarse e interrogar a otros, interrogar la realidad en la que está inscrita, aferrar su superficie y acaso sacudirla. La palabra, las imágenes y la práctica de la relación están entre sus principales materias primas.

Sobre este libro

La idea original de este libro nació hace varios años, en el seno del colectivo TrabajoZero, inscrito en el Centro Social Okupado El Laboratorio, del madrileño barrio de Lavapiés. Años más tarde, con TrabajoZero ya desaparecido, la editorial de Traficantes de Sueños abrió una puerta de viabilidad para retomar el proyecto. Desde el principio, fue concebido como un intento de interpelar algunas experiencias actuales de investigación militante o investigación-acción que trabajan en una o varias de las líneas descritas, invitarlas a reflexionar sobre su propia praxis, confrontarlas entre sí y, por último, abrirlas a un común mucho más amplio, a modo de caja de herramientas, para tantos otros sujetos que ya no cuentan con demasiadas certezas, pero que están dispuestos a iniciar un recorrido incierto de búsqueda de nociones comunes contra las pasiones tristes de la fragmentación, la precarización y el miedo.

Elegimos para ello aquellas iniciativas o trayectorias que teníamos más a mano y/o que, a nuestro juicio, presentaban los caracteres más firmes de inspiración crítica del saber, inserción epistemológica y subjetiva en movimientos de lucha y autoorganización social y rechazo consciente de las deformaciones académicas. Arrancamos con una carta dirigida a todas ellas, en la que les planteábamos preguntas específicas para cada una. No todo el mundo contestó a la carta. Hubo quien propuso participar a través de una entrevista, posteriormente editada y reformulada [es el caso del

Colectivo Sin Ticket de Bruselas y de la persona entrevistada en «Entre la calle, las aulas y otros lugares (Una conversación acerca del saber y de la investigación en/para la acción entre Madrid y Barcelona)] y también quien planteó mantener un intercambio epistolar previo (el Colectivo Situaciones). De la revista Posse, decidimos seleccionar y traducir dos excelentes artículos de Antonio Conti, publicados en el número que dedicaron a la encuesta metropolitana hace varios años. La última entrevista fue realizada en un principio con otros propósitos y, en el último momento, por su interés y concreción, resolvimos incluirla también. El conjunto se organiza en tres apartados: en el primero, se discute sobre el interés de utilizar la encuesta y la coinvestigación como herramientas de trabajo político y de transformación; en el segundo, tres experiencias actuales de investigación militante hablan sobre su propia trayectoria y sobre cómo piensan desde ahí la investigación militante; por último, en el tercer bloque, hemos reunido tres entrevistas/conversaciones con personas o grupos que han pasado por distintas experiencias de investigación militante o investigación-acción.

El proceso de confección del libro ha durado en total cerca de un año, entre preguntas e (in)decisiones, en horas robadas a los curros pagados, al trabajo de cuidado y a otros proyectos. Desde luego, no están todos los que son (todas las iniciativas interesantes de investigación militante). Pero este libro no tiene una voluntad representativa, sino expresiva. Queda a quienes lo leáis juzgar su interés y utilidad. Desde aquí, agradezco a todo el mundo que ha participado (conocidos y anónimos) la pasión, la paciencia y el humor.

Madrid, 3 de agosto de 2004

ENCUESTA Y COINVESTIGACIÓN COMO HERRAMIENTAS DE TRANSFORMACIÓN

1. *La encuesta hoy.*[1]

De la «coinvestigación obrerista» al «caminar preguntando» y más allá: la encuesta sobre las «formas de vida» en el «taller metropolitano del saber difuso»

Antonio Conti [revista Posse, Roma]

«En la actualidad, no hay más que un peligro en el mundo, desde el punto de vista de la defensa de nuestra sociedad: y es que los trabajadores lleguen a hablar entre sí de su condición sin intermediarios; todos los demás peligros son anejos, o bien se derivan directamente de la situación precaria en la que, bajo muchos aspectos, nos coloca este primer problema, silenciado o inconfeso»

Censor, *Informe verídico sobre las últimas posibilidades de salvar el capitalismo en Italia*, Milán, 1975.

Si alguien quisiese en la actualidad retomar acríticamente el instrumental del obrerismo italiano de la década de 1960 para volver a colocarlo *sic et sempliciter* en el centro de la atención política del presente, llevaría a cabo una operación muy poco obrerista, es decir, ideológica y vanguardista. Un *dietrologo*[2] mediocre diría *excusatio non petita, accusatio manifesta*. Pero se

---

1 Artículo publicado en el número de la revista Posse dedicado a la encuesta militante: *Posse* 2/3, Castelvecchi, Roma, enero 2001, pp. 12-21.

2 Calificativo italiano intraducible al castellano que se suele aplicar, en el lenguaje periodístico y político, a aquellos que se empeñan en buscar conspiraciones secretas, dirigidas por los servicios de inteligencia o por la policia, para explicar el origen de un suceso, borrando así el protagonismo de los agentes sociales y de sus dinámicas [*N. de la T.*]

equivocaría. Se equivocaría porque lo que hoy en día es evidente para todos es que aquel método de intervención es un traje de fina sastrería política, hecho a medida de un sujeto que ya no existe: el obrero masa. Y nadie podría vestir con él a ningún otro sujeto. No obstante, todos hemos sacado alguna vez del armario del abuelo trajes algo raídos, pero todavía utilizables, que se llevan ahora con un gusto y un estilo que no reproduce la moda de los tiempos pasados sino que adopta esa actitud irónica de *detournement* y de descontextualización que nada tiene de nostálgica. Está totalmente a la altura de estos tiempos posmodernos. Con este mismo espíritu, vamos a sacar del armario de la autonomía obrera el mono azul ya algo descolorido de la encuesta. Pero, ¿por qué justo esta «prenda»? La respuesta es sencilla: si aceptamos que el trabajo de encuesta, como trabajo lingüístico, como construcción de un lugar en el que hablarse, relatar y hacer circular las experiencias, es construcción inmediata de conciencia y organización comunista, tenemos una interpretación del mismo que lo convierte en un instrumento totalmente adecuado para intervenir en la contemporaneidad, en esa contemporaneidad en la que el trabajo lingüístico, relacional y comunicativo se ha vuelto tendencialmente hegemónico. Aquí surge la primera de las diferencias cualitativas fuertes que pueden hallarse con respecto a las experiencias precedentes de encuesta militante: el hecho de que, mientras que en la década de 1960, el trabajo lingüístico de la encuesta tenía un carácter inmediatamente antagonista porque operaba en un contexto productivo mudo, en el que hasta la charla en horario de trabajo constituía un acto que olía a sabotaje, es decir, en el que la propia toma de palabra producía ya una ruptura radical, en la actualidad esto mismo ya no se presenta como antagonista, sino que forma parte, como todas las debidas recomposiciones, del trabajo del Departamento de Gestión de Recursos Humanos.

Con cierto grado de provocación teórica, cabe sostener que el toyotismo no es más que la encuesta obrera cambiada de signo político, es decir, la adopción estratégica de la constitución de relaciones ético/afectivas dentro del momento productivo en sentido apologético, como valor añadido a la empresa, y *no* crítico. A este respecto, la actualidad de la encuesta no se plantea como fácil *escamotage* político, sino en el máximo nivel de problematicidad. En efecto, si bien el trabajo

de encuesta se coloca sobre el mismo terreno que el trabajo abstracto de gestión de recursos humanos, para abordar la cuestión del trabajo vivo, precario e inmaterial, no basta con introducir en éste un simple cambio de signo, una inversión especular, so pena del achatamiento de lo existente. Es preciso buscar la separación y la superación, la diferencia irreductible y antagonista. A este punto se llega en el momento mismo en que se le plantea a la encuesta otro problema, el del tiempo y el del lugar de la intervención. Si, desde este punto de vista, queremos identificar una diferencia sustancial con respecto a la intervención política del obrero masa, la encontraremos en la desaparición de ese lugar de tránsito entre la fábrica y la sociedad que representaban las verjas: un formidable embudo en el que era posible una intervención fuerte, en el que la capacidad de interceptar la subjetividad obrera era máxima.

Hoy en día, el primer problema que se le plantea a la encuesta es el del contacto con las subjetividades puestas a trabajar: dónde y cómo entrar en relación con ellas.

Una imagen: tres o cuatro personajes vestidos con una trenca descolorida intentan distribuir panfletos delante de un edificio sede de alguna oficina. La gente los esquiva, temerosa de que les pidan dinero, y, al final, el conserje del inmueble les echa a patadas o a base de insultos. Una imagen de este tipo podría ser un *gag* cabaretero, suscita hilaridad, hace reír. Y hace reír porque, como todos los *mots d'èsprit*, produce una disonancia, contiene por lo menos dos elementos que, aunque plausibles, chocan entre sí. Y estos dos elementos son, por un lado, las nuevas formas del trabajo y los tipos de sensibilidad de las subjetividades que están inscritas en ellas y, por otro, las viejas formas de intercambio político.

Con esto quiero decir que, hoy en día, probablemente ya no se dé *un* lugar de tránsito tan cargado de sentido como las verjas de la fábrica, símbolo del rito cotidiano de la puesta a trabajar, del pasaje entre sociedad y fábrica, sino que, como se sostiene desde más sitios, este tipo de lugar «límbico» ya no existe, simplemente porque la fábrica se ha extendido a toda la sociedad, se ha vuelto fábrica difusa, en red, o, por decirlo a la manera de Baudrillard, ha desaparecido porque está en todas partes. No se da, por consiguiente, lugar de tránsito, porque ya no hay tránsito, y el tiempo de trabajo tiende a coincidir con el tiempo de vida.

Se produce entonces una situación en la que, de hecho, se podría intervenir en todas partes y, por lo tanto, en ninguna. Porque, allí donde falta un lugar específico, cargado de un significado socialmente compartido, en el que la intervención se pueda dar inmediatamente como política, lo político se hace abstracto, no consigue aferrar lo real, da vueltas en el vacío.

Para encontrar un lugar semejante, es preciso recurrir a una argucia de lo político, y postularlo previamente. Porque sólo se puede plantear la cuestión de una intervención política a la altura de los tiempos a partir de la identificación del topos de su despliegue concreto, y no a partir de un genérico «caminar preguntando» sin meta ni huella, sin haber pensado un dispositivo de puesta en relación y de producción de subjetividad, sin haber meditado sobre dónde y cómo se puede producir una nueva potencia, una nueva riqueza de subjetividades antagonistas.

La teoría crítica ya ha pensado sobre esto, proporcionándonos una noción que hay que poner a funcionar políticamente: la que recibe el nombre de *cuenca de la intelectualidad de masa, de la inteligencia social, de la cooperación social*. Con esto, la teoría crítica nos dice que existe un lugar que no coincide con el de la producción, pero que constituye el depósito de saberes y relaciones del que bebe la propia producción. No se trata, no obstante, de esa colección de individuos que en la acepción marxiana recibe el nombre de «ejército industrial de reserva». Tal categoría está obsoleta, porque considera este conjunto de individuos como una entidad inactiva, pura potencia de producción, en ningún caso partícipe de los procesos productivos. La interpretación que se da desde aquí de tal entidad colectiva es diametralmente opuesta a la categoría de ejército industrial de reserva. Lejos de considerar la «vida no retribuida» como el «largo banquillo» del equipo principal de los empleados, categorías como las de inteligencia social, intelectualidad de masa y cooperación social (los términos connotan distintos matices teóricos, pero denotan el mismo referente concreto) consideran, interpretan y registran todo el conjunto de las relaciones sociales que desbordan la concepción clásica de trabajo como cooperación social espontánea, como subjetividad ya puesta a trabajar, como *taller metropolitano de los saberes sociales difusos*.

Para definir mejor la categoría de *cooperación social*, diremos que en ella confluyen esencialmente estas funciones:

❑ *Circulación* de informaciones, con la que la metrópoli se convierte en un gigantesco archivo social de saberes difusos.

❑ *Construcción* de relaciones: esa ampliación geométrica de la «cadena del ser» que es la habilidad totalmente biopolítica para extender la propia red de conocidos, en la cual se entremezclan políticas de la amistad y políticas de la «colocación» laboral, afectos e intereses, sin solución de continuidad.

❑ *Mutualismo* de base: la disposición de las comunidades metropolitanas a ayudarse recíprocamente, intercambiándose bienes y servicios bajo la modalidad del don, reconociendo en los otros las propias dificultades.

Tal y como se puede intuir, la categoría de cooperación social *no sólo* vive *antes* del trabajo, *sino también dentro y más allá de* él. Vive *antes* porque se configura como contexto concreto localizado territorialmente, como cuenca en la que se constituye la continuidad del lazo social, cuando la fragmentación del trabajo «entendido de forma clásica» ya no la puede garantizar, no la consigue mantener, perdiendo a los sujetos en la precariedad y en la intermitencia de la «vida retribuida»; vive *dentro* del momento productivo porque también sedimenta en él saberes y relaciones que encontrarán salida en la cooperación, o porque, a la inversa, en la producción se explotan esos saberes y esas relaciones que se han constituido en la cooperación social. Y, por último, vive *más allá* del trabajo tal y como lo conocemos hoy en tanto que lugar que promete luchas y vive en clave de comunismo.

Ahora podemos retomar, pues, la trama del argumento que estábamos desarrollando y asumir *la cuenca de cooperación social* como lugar privilegiado de constitución de lo político en la metrópoli postfordista. Porque hoy en día es en esta cuenca, en este colector de saberes y afectos, donde conseguimos encontrar un momento constante de constitución de la subjetividad. No encontraremos esta subjetividad en los fragmentos de trabajo precario, flexible, temporal, sino en las *formas de vida* que, a partir de esta fragmentación, consiguen producir una constelación, una trayectoria ontológica dotada de sentido. Lo que comprende, lo que está a caballo, lo que constituye la base de los fragmentos de prestación laboral, es la cooperación

social. *Es ahí donde está hoy en día lo político. Es ahí donde hacer encuesta cobra sentido*, como toma de conciencia de la propia potencia y fuerza de cooperación por parte de las nuevas subjetividades, como posibilidad de que esta fuerza y de que esta potencia pueda darse políticamente como antagonista. Por lo tanto, decir que el lugar de constitución de lo político en la metrópoli postfordista es la cuenca de cooperación social significa decir que es de ahí de donde hay que partir para encontrar el cabo de la madeja de los procesos de precarización, si no se quiere sólo comprender tales procesos, sino también intervenir políticamente allí donde se da la posibilidad de una subjetividad antagonista constituyente.

Simplificando: analizar una forma empresarial cualquiera con un alto grado de precarización nos dirá algo sobre un proceso abstracto que emplea de vez en cuando a distintos sujetos, por ejemplo en ciclos semestrales o anuales, y nos restituirá de algún modo una estructura sin sujetos o, por lo menos, sin una forma de subjetividad que logre anclarse y, por consiguiente, la crítica que cabrá efectuar podrá ser todo lo radical que se quiera, pero seguirá siendo siempre abstracta, estará vacía de vida y de riqueza subjetiva, será politicista y no (bio)política. Lo interesante es justo la operación *inversa*: partir de una cuenca de cooperación y ver desde ahí cuáles son los niveles de la cooperación misma, o las salidas laborales y retributivas que se forman a partir de tal cooperación, o bien cómo la empresa desarrolla el control, la gestión y la puesta a trabajar de los sujetos de una cuenca de cooperación particular, o si tales sujetos consiguen gestionar autónomamente su propia colocación en el proceso productivo, y qué fricciones, qué conflictos, viene a delinear todo este proceso. Observar, por ejemplo, las modalidades bajo las cuales un departamento de personal cualquiera de una empresa que se encuentra en un proceso de reestructuración suficientemente avanzado realiza sus propias selecciones de personal no dejará de revelar cómo estas selecciones tienen en cuenta los niveles de cooperación de los que los sujetos aislados se hacen agentes, de acuerdo con la nueva regla que cabría sintetizar en el enunciado «asalariar a uno para contratar a muchos», dando así cuenta de cómo, a través de la singularidad, un segmento productivo puede subsumir saberes y aptitudes extendidas y construidas socialmente.

Partir del punto de vista de la cooperación social y de sus relaciones con la «vida retribuida», con el mundo de las empresas, significa, por consiguiente, partir de la categoría marxiana del trabajo vivo, cruzándola con la categoría del trabajo abstracto, que no es sino la puesta en red y la valorización capitalista de este trabajo vivo, que inerva, de forma ambivalente, tanto la cooperación social como el momento productivo en sentido estricto, en esa prolongación y restricción continua del concepto y de la praxis del trabajo.

La ventaja de este enfoque debería traducirse entonces en dos planos: el *analítico* o teórico, y el *político*, sin solución de continuidad. La ventaja analítica que supone adoptar la categoría de la cooperación social es que ésta da buena cuenta de la complejización de la pareja dialéctica capital/trabajo, resolviendo una de las antinomias que se encuentran a menudo en la bibliografía, la que existe entre trabajo y no trabajo. En el plano político, la ventaja estriba en el hecho de partir de un nivel cargado de subjetividad, de considerar el proceso de formación de la subjetividad como un proceso lleno de sujetos vivos, en el que éstos se insertan de manera estable: analizar sólo las empresas no puede llevarnos más que a encontrar sujetos intermitentes, siempre en movimiento entre los distintos puestos de trabajo que beben de la misma cuenca productiva de cooperación social. Y es precisamente en el método de la encuesta donde este enfoque revela plenamente tal ventaja.

Como demostración parcial de esto cabe citar la modalidad de encuentro con los distintos sujetos de las realidades laborales con los que hemos llevado a cabo la encuesta hasta hoy: no hemos hecho otra cosa que contactar con compañeros y compañeras y excavar en su cuenca relacional, dirigiéndonos, por consiguiente (era lo más fácil e inmediato de hacer), a esa cuenca de cooperación social totalmente particular de quien está comprometido de un modo u otro en un ámbito de trabajo político, ya sea como militante o como simpatizante, para llegar, a partir de este *medio*, de este lugar de relaciones, a los lugares de trabajo, cuyas formas de funcionamiento hemos pedido que nos cuenten. La encuesta, por lo tanto, empieza a trabajar en el momento en el que pasa por la cooperación social, para llegar, a partir de ella, a los sujetos de la «vida retribuida», y sólo así consigue encontrar sujetos plenos, de carne y hueso, en su integridad de personas

involucradas en un proceso global, intermitente entre trabajo «para la empresa» y trabajo en la cooperación social, entre vida retribuida y vida no retribuida.

Producción de subjetividad a través del lenguaje

Hay una cuestión que ha quedado esencialmente abierta en el transcurso de esta exposición: la del grado de problematicidad del trabajo lingüístico dentro de la transformación de la forma del trabajo, que ha dado lugar a una verdadera hegemonía de la acción comunicativa como fuerza productiva. Una cuestión que adopta más o menos la siguiente forma: ¿cómo construir un tipo de intervención política sobre esta matriz lingüística de las formas de trabajo que sea constitutiva de una nueva subjetividad radical antagonista sin quedar enmarañados en los procesos de subsunción real que tienden a volver a reenglobar todo el trabajo lingüístico, el intercambio social de mensajes, dentro del proceso productivo?

Dan ganas de contestar así, directamente: sacando, *sustrayendo*, el intercambio social de mensajes, de saberes, de afectos, del proceso productivo, de su valorización capitalista sistemática, de una explotación, de una desposesión, tan inmaterial como terriblemente concreta, cuya naturaleza intuimos pero todavía no comprendemos plenamente.

¿Qué quiere decir todo esto? Sin duda, aquí no entendemos la sustracción como desaparición del proceso productivo. La entendemos, de modo antiguo y fuerte, como *rechazo*, como constitución de un *contrapoder* dentro del proceso, como *construcción de relaciones de fuerza*. Si aceptamos como un hecho que el trabajo del empresario es abstracto, puro mando parasitario sobre la innovación socialmente producida, que el empresario se ha vuelto político y que no hace otra cosa que ensamblar «porciones» de cooperación social, no podemos sino considerar como éste, en un momento histórico de crisis y de derrota del movimiento real de transformación, ha sabido jugar bien sus cartas, produciendo esos niveles de precarización *tout court* que hoy todos nosotros experimentamos. Y, cuando hablamos de precarización, no podemos sino expresarla, comprenderla, nombrarla con toda la

crueldad etimológica de la propia palabra. Precario, del latín *precarius*, derivado a su vez de *prex, precis* (súplica), significa «obtenido a través de la súplica». Sólo después el término ha adquirido el significado genérico de «inestabilidad». Pero, aclaro, no se trata de una inestabilidad feliz, quizá elegida, sino de esa inestabilidad particular dictada por una relación de fuerzas sumamente desfavorable, en la que el trabajo se ha vuelto un bien escaso y al trabajador no le queda más opción que suplicar al capital. Y es precisamente a partir de esta relación de fuerzas «sumamente desfavorable» que se plantea la intervención política y donde el trabajo de encuesta aparece como una urgencia de la práctica militante.

También el *empresario*, como ya hemos observado de pasada, hace encuesta. Habla, pregunta, interroga, se propone y se hace notar, busca a los sujetos que considera más adecuados para su proyecto productivo y explota su potencia de cooperación, poniéndolos juntos. *Es decir, pone su función empresarial sobre un terreno directamente político, es decir, de producción de lazo social, orientado a la creación de plusvalía*. Se convierte de algún modo en el guardián de la constitución de la subjetividad que se sedimenta en torno al proyecto empresarial. A la luz de esta nueva cualidad suya, el control permanente de la fuerza de trabajo, la decisión de colocar a ese sujeto en ese punto determinado de la producción, así como la consolidación, la sedimentación de la cooperación que tal proceso ha podido conseguir, ese nivel suficiente que permite reconfigurarla de cara al siguiente proyecto o ciclo productivo, son los nuevos imperativos de la *empresarialidad* y los que la califican como *política*, los que la colocan sobre el terreno de la política. Ahora bien, se oye decir desde varios lugares que, para dar vida a un nuevo ciclo de luchas, hay que colocarse sobre el terreno ya «arado» por el empresario con su bonito arado biopolítico e invertir los términos de la política «agrícola» en sentido antagonista. Sin duda, nada que objetar, pero cuando se habla de inversión, de *detournement*, de cambio de signo, hay que decir algo más, hace falta ser un poco más precisos, o de otro modo se corre el riesgo de no estar diciendo absolutamente nada. Ante todo, como ya hemos dicho, antes de «invertir» nada, hay que situarse en el terreno en el que es preciso realizar la «inversión». Esto significa, entonces, de acuerdo con esta interpretación, desarrollar un trabajo político en un ámbito, el de las transformaciones

que atraviesan el paradigma productivo, sacudido fundamentalmente por dos procesos: por un lado, el de la *precarización de la relación laboral*, lo cual significa en esencia una relación de fuerzas desfavorable para el trabajo vivo, para el precario, atrapado como está por el cepo, etimológico desde un punto de vista y terriblemente concreto desde otro, de la súplica y la inestabilidad; por otro, el de la *aparición de una nueva cualidad*, tendencialmente hegemónica, *del trabajo mismo*, que experimenta un auténtico *giro lingüístico*, adoptando para sí esas características de relacionalidad y comunicación, de afectividad e interacción, que el lenguaje constituye y que tradicionalmente se encontraban en una situación de separación con respecto a éste —por una parte el trabajo, por otra el lenguaje, la esfera de la producción y la esfera pública, la acción instrumental y la acción comunicativa. Estos dos procesos tienen tal carácter que, afrontados por separado, apenas ofrecen atractivo para una mirada subversiva: a veces, hay que ser estrábico y bizcar los ojos.

Trabajar sólo sobre la condición de inestabilidad, buscando construir relaciones de fuerza que puedan garantizar al trabajo vivo la superación de la «súplica», se parece mucho al intento de mover una palanca sin fulcro, sin punto de apoyo: el chantaje del salario, la gestión de la relación de trabajo de forma individual, el miedo del precario a perder su fuente de ingresos, constituyen todos elementos que impiden hacer de la fuerza de trabajo precaria una palanca, dejando todo tal y como está. A la inversa, trabajar sólo sobre el elemento de cooperación lingüística, entendiendo con ello el fundamento y el propio instrumento de la cooperación, su forma radical y general, corre el peligro de construir un fulcro sin palanca, es decir, de centrar absolutamente el problema sobre el terreno que dirige la innovación y la tendencia de la forma del trabajo, sin darle sin embargo un aliento políticamente profundo y, quizá en un exceso de teoría, sin una proyectualidad política que consiga hacerse inmediatamente utilizable en las luchas, acabando con gran probabilidad por promover la autoempresarialidad y por desempolvar a Proudhon.

Bizcar los ojos significa entonces asumir la cooperación lingüístico-comunicativa al mismo tiempo que la búsqueda de constitución de nuevas relaciones de fuerza en una trayectoria de encuesta que, llegados a este punto, no puede sino presentarse como producción de subjetividad a través del lenguaje. Y con esto podemos intentar dar una respuesta

al problema que abría este epígrafe: ¿cómo garantizar una politicidad radical y emancipadora en el trabajo lingüístico-comunicativo de la encuesta cuando precisamente esta frontera lingüística constituye el nuevo terreno de expansión y expresión del poder de mando del capital?

La palanca del *precariado-multitud* puede actuar sobre el fulcro de la cooperación lingüístico-comunicativa, construyendo una máquina generadora de subjetividad en el momento mismo en que arranca esta misma máquina de las manos del empresario. En otras palabras, lo que hay que construir *es el sentido de una subjetividad común del precariado*, que quite de la custodia empresarial su propia matriz, a fin de superar, en el seno de esta máquina productora de subjetividad de la que la encuesta debería ser motor de arranque, las pasiones tristes que compelen a la fuerza de trabajo precaria a una relación de fuerzas desfavorable: la súplica, la inestabilidad y el miedo. Producción de subjetividad a través del lenguaje, entonces, como posibilidad de construir una base común del precariado que consiga dotarlo de una imagen política plenamente inmersa en la lógica de hacer visible, expresable, su composición técnica.

2. *La encuesta como método político.*[1]

El objetivo de la encuesta no es la interpretación del mundo, sino la organización de su transformación: ambas cosas van siempre unidas

Antonio Conti [revista Posse, Roma]

DURANTE TODO EL TIEMPO EN EL QUE HEMOS PENSADO, planeado, organizado y hecho trabajo de encuesta, un espectro ha seguido cerniéndose sobre ésta: el de su aspecto político.

Un malentendido fundamental, que ha consistido en pensar que de lo que se trataba era de abrir una trayectoria puramente cognoscitiva sobre las nuevas formas de trabajo «atípico», flexible y precarizado en la metrópoli postfordista, ha hecho que los sujetos que se encontraban en el camino de la encuesta no dejasen precisamente de plantear el problema de su traducción política, ya que ésta no venía dada, y la encuesta no aparecía de manera inmediata a ojos de los compañeros como método de la política.

En efecto, en este pasaje estriba toda la dificultad que se le presenta hoy en día al trabajo de encuesta, de *coinvestigación militante*. Porque la constitución de la encuesta como método político es su característica irrenunciable, esencia y vocación específica, pero, al mismo tiempo, no se acaba de aferrar toda esta riqueza y el trabajo de encuesta militante parece entenderse únicamente como uso antagonista de la investigación sociológica, como trabajo de investigación desde abajo que importa a un terreno político instrumentos que no son políticos, con todo el riesgo de impoliticidad que de ello se deriva. Lo que aquí se quiere afirmar es que tales

---

[1] Artículo publicado en el número de la revista Posse dedicado a la encuesta militante: *Posse* 2/3, Castelvecchi, Roma, enero 2001, pp. 23-30.

instrumentos pertenecen por derecho propio a la dotación de herramientas del movimiento real de transformación, aunque durante mucho tiempo hayan permanecido inutilizables, oxidadas y olvidadas por muchos. Al aprestarnos a poner en su sitio estos instrumentos, preparándolos para un uso nuevo, quizá podamos recordar para qué servían y cómo se utilizaban, porque se encontraban justo ahí, en nuestra caja de herramientas, sin resolver este pasaje con una mera apelación *ex cathedra* a la historia de la encuesta obrera, sino verificando qué deterioro han experimentado estos instrumentos desde los albores del movimiento obrero hasta las décadas de 1960 y 1970 y cuán útiles resultaron entonces, como garantía de su utilidad en el presente, haciendo una historia viva, aunque breve, de los mismos, para acaso hallar nuevos modos de utilizarlos y un sentido a la altura de los tiempos.

Cierto es que esa experiencia, de Marx a los *Quaderni Rossi*, no se nos oculta, que tiene algo que decirnos y que constituye un punto de referencia fundamental. Pero se sabe que la repetición literal de la experiencia pasada no conduce a nada: es preciso entender su esencia, descifrar su método para después reactualizarlo, violentarlo y trastocarlo si es preciso, para hacerlo útil de cara a la situación presente. Por lo tanto, partamos de la fase acaso más madura de la encuesta obrera y veamos que tienen que decirnos los *Quaderni Rossi*. Filología, por favor…

> ¿Qué hicieron estos compañeros? En Ivrea, reinaba entre los compañeros, pero también entre los obreros, una profunda desconfianza hacia la sociología: muchos activistas sabían lo que era, la habían probado: […] nos decían, «la hemos experimentado en carne propia», en los nuevos ritmos del trabajo. Además, […] la gente no estaba dispuesta a mover un dedo por una cosa que, como tantas otras, acabase en un libro o en un artículo. Todos plantearon este problema al final de los encuentros preliminares: si realmente se hiciese algo para organizar política y concretamente a los obreros, inscritos o no en la fábrica, para sacar las luchas del círculo vicioso, habría un apoyo pleno; pero si no se hiciese o escribiese más que palabrería, era posible que la cosa acabase mal. […] Ante este objetivo, […] un límite fuerte residía precisamente en la situación de estancamiento, de poco impulso y de bajo nivel de lucha que caracterizaba justamente la

situación de la gran empresa y que todavía constituía el problema clave de la situación general. El estancamiento significa (lo veremos con detenimiento) máxima atomización, quiere decir desconfianza y pasividad máxima del trabajador, significa autolimitación, cierre en el propio oficio, aceptación de las versiones oficiales. Significa condescendencia hacia los mitos empresariales con los que la empresa trata de mistificar las relaciones. Significa aislamiento individual, inmediatismo, privatización, etc. Esto reducía al mínimo las posibilidades de desarrollo de un trabajo de base. Pero suponía asimismo una dificultad extrema de inserción, que agravaba y hacía enorme la dificultad de atacar el otro lado del problema y reducía la relación con el trabajador bien al desahogo, bien a la entrevista mecánica en la que el obrero proporciona datos y se queda como está.

Por consiguiente, se partió de un momento preliminar de investigación, de una detección de problemas, en una relación necesariamente externa y de entrevista, sólo con objeto de tener un mínimo de puntos en torno a los cuales orientar la discusión en las conversaciones con los otros. Así se avanzaba hacia la profundización de los problemas a través de la confrontación y la circulación de las experiencias de forma crítica, etc. El primer objetivo consistía en hacer caer la corteza dura de los mitos oficiales y de los lugares comunes con los que el obrero aislado e impotente ante un patrón muy organizado racionalizaba la propia condición desesperada para volverla aceptable a sus propios ojos. Era preciso disponer de toda una serie de elementos reales para colocar al obrero en una postura racional, es decir, crítica hacia su situación y, sólo a partir de este punto, ayudarlo en el análisis crítico de la misma en búsqueda de una vía de salida: el análisis del sistema, de sus contradicciones y del modo bajo el que cabía organizarse en esa situación general para llegar a una solución definitiva de las relaciones reales de explotación, etc. Y siempre se discutían, en las conversaciones ulteriores, las situaciones expuestas por los otros y las soluciones indicadas por ellos. [...] En paralelo a un trabajo extensivo —de desarrollo cuantitativo de los contactos como mancha de aceite, implicando a los jóvenes para que trabajasen directamente, etc., intentando extender la discusión al mayor número de personas, etc.—, se producía un desarrollo intensivo. Porque, al mismo tiempo que, en la fábrica, el fermento

> crecía entre los jóvenes y las luchas locales se multiplicaban, la discusión se llevaba a problemas cada vez más de fondo: algo sólo posible si se volvía a donde estaba el mismo obrero para avanzar en la discusión, siguiendo el hilo objetivo de politización de la temática, no para «terminar una entrevista o una encuesta», sino para establecer una relación continuada, para crear lazos estables sobre los problemas surgidos, para crear precisamente esa organización política de los obreros en la fábrica que el propio tipo de problemas, en el ámbito de las relaciones productivas, exigía en un plano alternativo, instrínsecamente revolucionario.[2]

Primer punto

La desconfianza. En cierto sentido parecida a la que descubrimos en la actualidad, la vemos en funcionamiento en los albores de un ciclo de luchas que se cerró hace ya casi veinte años. La desconfianza que descubrimos hoy no es, pues, una falta de confianza subjetiva, personal: la analogía es demasiado fuerte para que la liquidemos como una mera coincidencia. Hay que asumir entonces la desconfianza en el trabajo de encuesta de manera problemática, como una especie de vigilancia militante hacia sus posibles degeneraciones. Degeneraciones que parecen ser de dos tipos: el primero tiene que ver con haber experimentado en «carne propia» los dictados de las ciencias sociales en los «nuevos ritmos de trabajo»; el segundo atañe a la posibilidad de producir «palabrería», «algo que acabe en un libro o en un artículo», es decir, la degeneración tecnicista e intelectualista de producir saberes desligados de una trayectoria política de autoorganización, de autonomía obrera.

La primera degeneración no es la que nos concierne aquí, no es nuestro riesgo ni el espectro de fracaso de la encuesta militante: no es más que la desconfianza hacia las ciencias sociales que han sido y son instrumento y codificación de saberes adecuados para la reestructuración productiva y para la reproducción del poder de mando capitalista.

---

2 Romano Alquati, *Composizione organica del capitale e forza-lavoro alla Olivetti*, Milán, 1962

El que nos afecta es el segundo tipo de degeneración y constituye un riesgo a cuyo encuentro se sale sin bote salvavidas; y esto se debe a que el trabajo de encuesta y de coinvestigación militante supone plantear el problema de la organización política de base y supone, también, construir los escenarios y la conciencia para las luchas sociales, así como su dirección concreta, que es algo que sale de las charlas y de las palabras, ya sean escritas o dichas, pero que vive en la riqueza subjetiva de la *multitudo* del trabajo vivo y, sobre todo, en la apuesta por que esta multitud pueda constituirse políticamente. Tal apuesta es precisamente la de la encuesta militante, y su éxito no se mide en función de la meticulosidad de los datos obtenidos, de la precisión de su reconstrucción de la estructura de producción, ni de la sofisticación de sus propuestas políticas, sino de su *producción de cooperación social crítica y antagonista*, de la amplitud de su red política — la encuesta, por definición, no puede ser obra de pocos, sino de muchos: horizontal, capilar, extendida.

Segundo punto:

Superada la desconfianza, la encuesta obrera parte con un «momento preliminar de investigación, sólo con objeto de tener un mínimo de puntos en torno a los cuales orientar la discusión con otros». Éste es el momento de la investigación de campo, en el que nos centramos en la exploración del segmento productivo del que nos vamos a ocupar, no para agotar el trabajo en esta fase, sino para tener material de discusión.

Está claro que aquí no se produce una interacción políticamente fecunda entre militantes políticos y trabajadores si los primeros no conocen el proceso productivo del que pretenden ocuparse. También esta fase, aunque más inclinada hacia el momento cognoscitivo, está caracterizada por una intervención política, cuyo «primer objetivo consiste en hacer caer la corteza dura de los mitos oficiales y de los lugares comunes con los que el obrero aislado e impotente racionaliza la propia condición desesperada para volverla aceptable a sus propios ojos». Se trata, en esta fase preliminar, de producir las condiciones para que la situación laboral se someta a crítica y aparezca, por consiguiente, como una condición

transformable, por una organización de base y por sus luchas. Para hacer esto, hace falta sacar a cada individuo del aislamiento de su propia experiencia, privilegiando, por lo tanto, la confrontación y la circulación de las experiencias.

Tercer punto

De que se dé una fase más allá de hacer circular las experiencias y de alentar una racionalidad crítica con respecto al proceso productivo, depende la fuerza y la potencia de la encuesta. Y la impresión que más de una vez tenemos en la actualidad es que los sujetos con los que nos encontramos no perciben ni imaginan en absoluto esta fase ulterior. Como si el trabajo de encuesta fuese un trabajo que se hiciese antes de la política, un instrumento cognoscitivo, y la política viniese después, del mismo modo en el que una mercancía se coloca en un segmento particular de consumo, con una estrategia comunicativa específica, tras un estudio de mercado. El problema que sale aquí a la luz es el de la vanguardia. Pero de esto hablaremos en otro lugar. Veamos, en cambio, en qué consiste esta fase ulterior de la encuesta obrera, es decir, su forma completa. Se trata de un «trabajo extensivo» que se acompaña de un «desarrollo intensivo»: «desarrollar los contactos como mancha de aceite, implicando a los jóvenes para que trabajen directamente en la encuesta» significa promover el primer pasaje en el que la encuesta empieza de verdad a funcionar, aquél en el que se convierte en *autoencuesta*. Es el momento en el que *ya no hay distinción entre el militante que promueve la encuesta y la subjetividad del trabajo vivo*, el momento en el que la cooperación social autogestionada del trabajo vivo produce conciencia de clase.

El «desarrollo intensivo» nace precisamente del dispositivo de detonación producido por el círculo virtuoso de la encuesta: inducir ante todo racionalidad crítica en el plano individual, extender los contactos como mancha de aceite para promover tal racionalidad a escala colectiva y, una vez que ésta se ha sedimentado en la encuesta, no podrá sino desprenderse de ella la organización política dentro de la fábrica y nuevas luchas de los trabajadores. Por lo tanto, la encuesta

vive en las luchas obreras y en la organización política de fábrica. Ahí encuentra su consumación y su razón de ser.

> Un método fuerte de intervención, el de la encuesta obrera, que ha encontrado en la reflexión y en la actividad práctica militante de los *Quaderni Rossi* una sistematización precisa y rigurosa, un momento de madurez tan elevada que no puede ser una mera invención de estos compañeros, sino que seguramente hace alarde de una historia propia y, con toda seguridad, de orígenes ilustres. De hecho, el número de los *Quaderni Rossi* dedicado a la encuesta, en el que aparecen muchas de las intervenciones realizadas en el seminario para la formulación de la encuesta obrera que tuvo lugar en Turín del 12 al 14 de septiembre de 1964, se abre con un artículo sobre la encuesta elaborada por Marx para la *Revue Socialiste* en 1880. Se trata de un cuestionario de 90 preguntas dirigido a los obreros franceses, del que se hicieron circular cerca de veinticinco mil copias, nacido de la exigencia cognoscitiva del movimiento obrero francés sobre las condiciones reales de explotación, sobre la extensión de la conciencia entre los obreros y sobre su grado de organización. Marx, a la hora de elaborar el cuestionario, aunque sin duda se hace cargo del elemento cognoscitivo al que debía dar respuesta, introduce una serie de preguntas que no cabe atribuir a éste, sino que resultan extrañamente tendenciosas, como «*…describa todos los aspectos del proceso de trabajo en el que Vd. colabora, no sólo en el sentido técnico, sino también en relación con el agotamiento muscular y nervioso que exige dicho trabajo, y con las consecuencias o repercusiones que produce en la salud del trabajador*». Y, más adelante: «*¿Son limpiadas las máquinas por un grupo especial de trabajadores que se dedican a dicha tarea, o se ocupan de su limpieza los mismos obreros que trabajan con ellas, sin compensación, y durante su jornada normal de trabajo?*»; «*¿Cuánto tiempo pierde Vd. diariamente en el camino a su lugar de trabajo y en el regreso a su casa?*». O esta otra, preciosa: «*Tanto si le pagan a Vd. por tiempo o por pieza, ¿en qué plazo de tiempo recibe Vd. su salario? En otras palabras, ¿cuál es la duración del crédito que usted le concede a su patrón antes de recibir el pago por el trabajo ya efectuado?*». Y, para acabar con las citas, un par de preguntas aparentemente inocuas: «*¿Conoce Vd. casos en que el Gobierno haya abusado de las fuerzas armadas y las haya puesto a disposición de los empresarios, y*

> *en contra de los trabajadores?»; «¿Tiene Vd. Conocimiento de que el mismo Gobierno haya intervenido para proteger a los obreros contra las extorsiones de los patrones y contra sus coaliciones ilegales?»*[3]

Este tipo de preguntas, junto al planteamiento mismo del formulario, responde a una exigencia inmediatamente política que el bueno del viejo Marx introduce dentro de un dispositivo de supervisión de tipo cognoscitivo y da así sustancialmente la vuelta al cuestionario, haciendo que éste adopte un papel más parecido al panfleto de agitación que a la pura y simple investigación sociológica. La introducción de juicios de valor políticos específicos camuflados de preguntas, como las arriba citadas, dentro de un cuestionario estructurado en cuatro partes homogéneas, sobre el ambiente de trabajo, los tiempos, el salario y la organización obrera, apunta hacia ese desarrollo intelectual de la clase obrera, hacia una emancipación que debe «ser obra de los obreros mismos» (Marx), plegando a tal fin el instrumento científico, sociológico, que se convierte de este modo en instrumento y método de la política. La mera lectura del cuestionario, que hace que el obrero se enfrente con la realidad que vive cotidianamente bajo una luz nueva, le lleva a tomar conciencia de la propia condición de explotado y a percibir esta condición como históricamente determinada, fuera de esa inmutabilidad natural a la que parece abocado y dentro de la posibilidad de cambio y de emancipación comunista que la historia ofrece.

El cuestionario de Marx proporciona *una concepción de la investigación científica de acuerdo a la cual ésta no conoce la neutralidad*: o es ciencia asertiva bajo el mando del capital, o, y éste es el caso, se presenta directa e inmediatamente como ciencia de la lucha de clases. Viene a confirmar esta concepción la suerte de los veinticinco mil cuestionarios distribuidos por la *Revue Socialiste*, cuya eficacia política no se ve mermada porque sólo una centena de ellos volviera rellenado a la dirección de la revista. Desde el punto de vista de la sociología burguesa, se habría tratado de un fracaso, pero, desde el punto de vista del movimiento obrero, este hecho no

---

3 Y. Karsunke, G. Wallraff y K. Marx, *Encuesta a los trabajadores*, cit., pp. 22, 26, 28 y 33-34.

importa en absoluto. La concepción de una investigación inmediatamente política es con toda seguridad el elemento más importante que el cuestionario de Marx transmite a la elaboración de la encuesta obrera por parte de los *Quaderni Rossi*, y constituye un punto que hay que retener constantemente, porque es fácil de olvidar. Reforcemos la memoria colectiva con las palabras de Raniero Panzieri, pronunciadas en el seminario turinés sobre la encuesta obrera: «Creo que es fácil defender que una visión de la sociología como ciencia política constituye un aspecto fundamental del marxismo; si tuviera que dar una definición general del marxismo, diría que es precisamente la siguiente: una sociología concebida como ciencia política, como ciencia de la revolución».

Antes de terminar este *excursus* en la arqueología contemporánea del movimiento obrero, tratemos de sintetizar el método en el que se apoya el dispositivo político de la encuesta. Hemos distinguido tres fases del mismo:

- ❑ La propuesta del trabajo de encuesta, cuyo objetivo es *vencer la desconfianza* y conquistar la confianza de las subjetividades obreras sobre la validez efectiva de la propuesta.
- ❑ Una fase preliminar en la que se lleva a cabo una *investigación de campo* a la vez que se despliega una *estrategia comunicativa* adecuada para destilar las dudas y la crítica sobre la condición laboral y hacer circular las distintas experiencias.
- ❑ Una fase final en la que los propios obreros pasan a realizar la encuesta (*autoencuesta*), que se sedimenta en la organización de fábrica y en las luchas que ésta es capaz de sostener.

Todo esto para decir que, después de la puesta a punto y de haber pasado un poco de antioxidante por el instrumento político de la encuesta, podemos por fin sacarlo del almacén en el que se guardan las herramientas que ya no responden a nuestras necesidades y que conservamos en parte por afecto y en parte porque nunca se sabe si volverán a servirnos, y meterlo en esa caja, pequeña y ligera, que llevamos a la espalda todos los días, no sin antes hacer una reflexión ulterior, que ilustre como tal instrumento puede revelarse útil y

precioso en tiempos en los que el trabajo, cada vez más hecho de códigos y lenguaje, de saberes y de afectos, ha traspasado los muros de las fábricas.

La consideración que nos interesa hacer aquí es que en todas las fases de la encuesta, ésta se presenta como trabajo lingüístico, como praxis comunicativa, como continuo establecimiento de relaciones que vuelven constantemente a desplazarse a planos más «elevados», es decir, cada vez más colectivos y antagonistas. Esto sirve para demostrar una cuestión en modo alguno secundaria: que la encuesta es un método que no está centrado en el conocimiento objetivo, sino en la construcción de relación —un método absolutamente subjetivo, por lo tanto, de constitución de autonomía obrera, en el que la atención se dirige por completo al proceso de construcción social de la conciencia crítica del trabajo vivo. No se trata de transmitir a la subjetividad obrera un esquema fijo, objetivo, de crítica y transformación del sistema productivo, de manera prescriptiva, ideológica, monodireccional, sino de originar un círculo virtuoso de comunicación, de trabajo lingüístico, en el que tal crítica se pueda constituir de forma concreta a partir de la percepción subjetiva de las condiciones materiales en las que vive la subjetividad obrera, autónomamente.

Pero, ¿qué se entiende aquí por *trabajo lingüístico*? ¿Y qué quiere decir considerar la encuesta como trabajo lingüístico? Ante todo, establecerla como *trayectoria*, como proceso que coge una cosa para transformarla en otra distinta. Decir trabajo (Aristóteles) significa distinguir éste de la actividad, la cual es, por definición, un fin en sí misma, y afirmar su carácter extrínseco, su fin en el producto. Decir trabajo lingüístico (Rossi-Landi) significa afirmar el carácter extrínseco del lenguaje mismo, del intercambio social de mensajes, y considerar el carácter específico de su producto como condición y modo de la acción en común de los hombres, como comunicación en la plena acepción del término. Y, entonces, *decir que el trabajo de encuesta es un trabajo lingüístico significa llevar el trabajo vivo, obrero, a este terreno de construcción de la acción en común, disponerlo en este ámbito de la transformación social, en el plano político de la autoorganización del antagonismo.* Todo esto parece perfectamente olvidado cuando se considera la encuesta como una mera actividad cognoscitiva: no se trata aquí de conocer algo, de mejorar el saber de alguien sobre las condiciones materiales de un modo de producción

particular, sino de producir, colectiva y socialmente, las condiciones de una acción antagonista en común. *El objetivo de la encuesta no es la interpretación del mundo, sino la organización de su transformación*.

3. *La coinvestigación como acción política*

Guido Borio, Francesca Pozzi y Gigi Roggero
[revista DeriveApprodi, Roma-Milán]

«El conocimiento no es más que conocimiento. Pero el *control del conocimiento* —eso es la política». Esta fulminante y temeraria consideración de Bruce Sterling en *Distracción*[1] podría utilizarse con buenos resultados para sintetizar la práctica de la *coinvestigación*. En tanto que actividad de transformación de lo existente, lugar de formación y de cooperación diferente, la coinvestigación es al mismo tiempo —constitutivamente *al mismo tiempo*— producción de un conocimiento distinto, experimentación de prácticas organizativas y espacio de resubjetivación. Por decirlo en pocas palabras: tanta *investigación* sin *co-* es narración sociológica con medios precarios; tanta *co-* sin *investigación* lleva a una producción ideológica estéril.

En las experiencias de encuesta de los últimos años en la provincia italiana, la función evocadora de la palabra ha prevalecido con frecuencia sobre su práctica real. La encuesta se ha utilizado en ocasiones como atajo de autolegitimación con respecto a las dificultades de la acción política. En la actualidad, tal vez hayamos entrado en una fase distinta. La irrupción de los nuevos movimientos en un escenario global que se creía pacificado ha barajado las cartas de manera prolífica. De este modo, como sucede siempre, el impulso subjetivo de las luchas ha puesto en tela de juicio no sólo el estado de cosas existente, sino también las tranquilizadoras identidades preconstituidas de quienes lo cuestionan. En este espacio nuevo, resurge esa *inclinación hacia la investigación* sin la cual

---

1 Bruce Sterling, *Distracción*, Madrid, Fábrica de las ideas.

el militante político no es sino un megáfono ideológico separado de las dinámicas reales o una figura fría y conservadora del propio papel o de lo que existe, ya sea un partido o una organización alternativa.

Por consiguiente, ¿cuándo se hace investigación? Se hace investigación cuando no se tienen certezas, cuando no se sabe qué es aquello que pasa a ser objeto de conocimiento ni cómo intervenir en él. Esta disposición suele verse obstaculizada por una cierta tendencia a refugiarse en identidades estáticas y congeladas, actitud particularmente extendida entre las subjetividades políticas formadas en el (quizá aparente) «largo invierno» italiano de la década de 1980 y de principios de la década de 1990, en el estancamiento de los conflictos sociales abiertos. La necesidad de cercar la propia resistencia ha prevalecido entonces sobre la difícil construcción de hipótesis y de trayectorias nuevas. Frente a esto, la coinvestigación siempre es crítica y problematización, no permite acomodarse en certezas momificadas, dadas y pensadas de una vez por todas: las certezas hay que conquistarlas sobre el terreno, para volver a ponerlas continuamente en discusión y formular nuevas hipótesis. Desde un punto de vista parecido, habría que afrontar también la resbaladiza cuestión de la identidad, eso que sirve para reconocerse y para que se nos reconozca: la identidad es necesaria, pero no puede sobrevivir invariable a los procesos que la han alimentado, so pena de convertirse en un freno y en un lastre. Hay que construir una identidad-proceso, capaz de situarse *dentro* de las dinámicas de conflicto y *contra* la propia hipóstasis.

En estas páginas, es justo advertirlo, no es nuestra intención hablar de encuesta e investigación desde el punto de vista de un cientifismo académico: nuestro punto de vista, la lente a través de la cual miramos la realidad, es *política* e irreductiblemente *de parte*. De esa parte que se ve expropiada de las propias capacidades y posibilidades de cooperación autónoma; de esa parte ambivalente que, a través del trabajo, se ve embridada en los mecanismos de valorización capitalista, pero puede convertirse en fuerza para sí misma. Por otro lado, no nos interesa limitarnos a disertaciones teóricas abstractas sobre la coinvestigación. O ésta se entiende como instrumento concreto de una acción política nueva y diferente, que crece desde dentro y no fuera de los procesos de movimiento, o es una categoría vacía.

Entonces, o la coinvestigación vive en la experimentación de trayectorias de transformación que sepan conjugar virtuosamente teoría y práctica, o corre el riesgo de caer en la especialización disciplinar, faltando a sus intenciones declaradas de transformación. Coinvestigación significa *práctica teórica*, reinvención de las formas de la militancia. Estas páginas, por lo tanto, pretenden ser una contribución propositiva a la construcción de experiencias de coinvestigación que no partan de presupuestos unitarios embrolladores, sino que sepan encontrar en la experimentación en contextos diferentes los elementos comunes de confrontación y cooperación. Si este breve ensayo consigue ofrecer a militantes concretos o a ámbitos colectivos de intervención algunos elementos de reflexión, instrumentos de manejo y perfeccionamiento ágil o simplemente alguna buena pregunta; si, en definitiva, se convierte en teoría *para* y *en la* praxis de quien sueña y lucha por «otro mundo posible», entonces habrá cumplido ya un primer e importante objetivo.

Encuesta y coinvestigación

Analicemos más de cerca qué es la coinvestigación, qué caracteres peculiares presenta, en qué reside su politicidad. Ante todo, hay que distinguir entre el método de la coinvestigación y el método de cooperación de la actividad de coinvestigación. En otros términos, distinguir entre construcción de instrumentos técnicos y experimentación de organización política. La coinvestigación, a diferencia de la encuesta tradicional, también de la obrera, no confía a organismos externos y especializados la producción de conocimiento. La elaboración de la estrategia política de las propias trayectorias es *interna*, no externa, al ámbito de cooperación de los coinvestigadores. El control del conocimiento es la política. Por otra parte, es preciso plantearse la cuestión de la contrautilización de los medios capitalistas, incluidos, entre otros, los instrumentos movilizados por las ciencias sociales, para potenciar la propia acción. El problema, no obstante, no consiste en su mera utilización para fines distintos de los sistémicos, porque los medios no son neutros: hay que someterlos al mismo tiempo a discusión, combinarlos de maneras

peculiares, curvarlos, invertirlos, transformarlos. Por lo tanto, se trata de elaborar y poner a prueba metodologías experimentales, flexibles, que puedan constituir modelos abiertos ponerse en circulación y confrontarse con experiencias distintas. Todo ello partiendo de la tesis de que la política no puede de ningún modo quedar reducida a los parámetros de la ciencia galileana, en la medida en que no se basa en hechos sino en *acontecimientos*, los cuales, por naturaleza, son hechos únicos e irrepetibles. Por consiguiente, contrautilización también de la ciencia para potenciar una acción no científica; combinación de identificación de la tendencia, acción en la imprevisibilidad y contingencia del acontecimiento.

A partir de aquí, podemos decir que encuesta y coinvestigación no son lo mismo: entre ambas categorías y prácticas existen por lo menos tres grandes diferencias. Ante todo, la encuesta es extemporánea, es decir, dura un lapso de tiempo determinado y después se acaba; la coinvestigación, por el contrario, se configura como una procesualidad abierta, un devenir en espiral que sedimenta nuevos estratos de conocimiento y de prácticas, de los que volver a partir para construir a su vez otros nuevos. En segundo lugar, mientras la encuesta se coloca en una dimensión principalmente cognoscitiva, la coinvestigación es actividad concreta de transformación de lo existente. Por último, como ya habíamos recalcado, mientras la encuesta presupone una separación entre la producción de conocimiento y la elaboración de la trayectoria política, la coinvestigación se propone una circularidad (pero no una confusión) entre los dos momentos. Es decir, conocimiento y acción política son dimensiones distintas entre sí, pero no separadas. Con frecuencia, más que por sus resultados, la coinvestigación es importante en tanto que espacio de autoformación política de los militantes. A su vez, la coinvestigación proporciona sistematicidad y eficacia a la acción política.

Por otro lado, encuesta y coinvestigación no se contraponen por completo. Por el contrario, la encuesta constituye una fase específica de la coinvestigación. Por ejemplo, se pueden distribuir cuestionarios para comprender mejor cómo está compuesta una realidad particular que se quiere investigar y en la que se intenta intervenir; esto será de utilidad, por una parte, para entrar en contacto de manera exploratoria con el ámbito escogido y, por otra, para construir y seleccionar una

red de relaciones y contactos que se conviertan en una base de partida y de avance para la propia acción política y coinvestigadora.

Construir y experimentar modelos de coinvestigación abiertos y flexibles

A partir de lo que hemos venido argumentando hasta aquí, resultará evidente que la práctica de la coinvestigación evita las pretensiones de modelos unificadores, que apelan a una objetividad científica mítica. En cambio, es importante la confrontación metodológica: partir de hipótesis bien definidas que se puedan poner en discusión y de un esbozo de proyecto que se someta a verificación en la propia práctica, para modificarlo y enriquecerlo a medida que avanzamos. ¡Una especie de verdadero «*learning-by-doing*» [aprender haciendo], depurado por la ideología del capitalismo posmoderno!

Esquematizando de manera reductiva, la primera fase de una trayectoria de coinvestigación (que, en cuanto proceso, como hemos visto, es mucho más complejo y está más estratificado y articulado) se puede subdividir metodológicamente en tres partes:

a) Formulación de las hipótesis iniciales y elección de la composición discriminante en la que se empezará a intervenir.

b) Contactos con los sujetos preseleccionados, entrevistas, nuevos sujetos que contactar y nuevas entrevistas.

c) Verificación colectiva de las hipótesis, crítica y enriquecimiento de las mismas, elaboración de los resultados y producción de nuevo conocimiento en la experimentación de nuevas prácticas de cooperación política coinvestigadora.

Los instrumentos elegidos (cuestionario, entrevistas dirigidas, videoentrevistas, etc.) varían en función de las exigencias específicas y también cabe utilizar varios instrumentos al mismo tiempo. Lo importante es tener siempre bien pre-

sentes y no perder de vista las hipótesis, las intenciones y las finalidades de la propia trayectoria. Las hipótesis, articuladas verticalmente en función de planos de realidad, conectan la investigación a la teoría, siempre en reelaboración crítica. A este respecto, puede resultar de utilidad, para el grupo que lleva adelante la coinvestigación, describir todos los pasajes: empezando por un documento de presentación del propio proyecto y de las hipótesis de las que parte, hasta el guión de las entrevistas, el desarrollo concreto de la trayectoria, las discusiones internas y los eventuales momentos públicos y de difusión de las propias elaboraciones colectivas.

Si se ponen en comunicación, se las hace interaccionar y se las inserta en un circuito de confrontaciones, las distintas experiencias pueden dar vida, incluso desde el punto de vista metodológico, a modelizaciones experimentales que poner en circulación y, al mismo tiempo, pueden producir de manera autónoma nuevos lenguajes. En suma, la coinvestigación, en tanto que producción inacabable de conocimiento distinto, ¡constituye realmente una práctica *open source*, no patentable y contraria a todo *copyright*!

Coinvestigar dentro del movimiento nuevas trayectorias de transformación

Desde hace tiempo, son evidentes —por lo menos en el contexto italiano— las amplias dificultades que encuentran las realidades organizadas para comprender las potencialidades del movimiento y, con frecuencia, incluso los momentos de emersión. Si, por una parte, el movimiento ha demostrado con creces que no puede reducirse a la suma de sus componentes organizadas, que se ven puntualmente sobrepasadas y atravesadas, por otra parte, cada vez con mayor frecuencia, los militantes tienen que vérselas con una dificultad generalizada para leer la composición real y las peculiaridades de éste. Todo ello constituye al mismo tiempo una gran riqueza y un problema manifiesto. La pluralidad de prácticas y de sujetos activos, de hecho, ha hecho saltar rejillas interpretativas inadecuadas, *practicando* —en la materialidad de los procesos y no en el seno de las ideologías— una crítica radical de la representación política. Esto no ha conducido todavía a

la *producción de representación política autónoma*, en tanto que elaboración proyectual, sedimentación de relaciones de fuerza, apertura de procesos de experimentación de formas organizativas —flexibles y transitorias— que vayan más allá de las formas puestas definitivamente en crisis. He aquí el problema, un problema que (por fortuna) no cabe resolver a través de una mera sucesión en la representación política. Se trata de una cuestión abierta y, en este contexto, las prisas «de escritorio» no son buena compañía.

Para simplificar: ¿dónde están empleados, qué hacen y qué piensan los centenares de miles de personas que, por lo menos desde 1999, llenan las calles globales, de Seattle a Génova, de la ciudad de Québec a Johannesburgo, de Melbourne a Florencia, hasta los 110 millones de las movilizaciones contra la guerra del 15 de febrero de 2003 y los casi otros tantos de un año después, desmintiendo puntualmente con los hechos a quienes cada dos por tres se precipitan a celebrar el «funeral del movimiento»? ¿Qué subjetividades afloran, en el plano colectivo y en el singular, y en el entrelazamiento entre procesos colectivos y singularidad? Ante estas preguntas, la coinvestigación se hace vital y necesaria.

En primer lugar, por lo tanto, hay que elegir dónde coinvestigar. En su trayectoria discriminante, la coinvestigación no se mueve tanto, o por lo menos no sólo, con los que —por decirlo con *Matrix*— parecen haber ingerido la píldora roja (es decir, los sujetos ya politizados) o la píldora azul (los homologados felices y contentos, consumidos en los engranajes de la transmisión de obediencia y consenso). Nos interesa la *zona gris* que está en medio, de fronteras muy lábiles y en continuo movimiento: quien no acepta sin ser (considerado) políticamente activo, quien está ávido de otra cosa sin socializar (todavía) los propios deseos de transformación. Se trata de la zona de la potencia, del espacio de lo posible, del lugar de la ambivalencia fuerte, del combustible del movimiento.

La propia acción coinvestigadora deberá radicarse en la mayor medida posible en la *ambivalencia* de los procesos, sabiendo aferrar su genealogía bilateral: saber leer, pues, *no sólo* el lado del mando capitalista, sino *también* la marca del conflicto y del rechazo, de la alteridad de los comportamientos, de la construcción aquí y ahora de formas de cooperación diferentes. La marca profunda de lo negativo por el lado del capital, la cara de la transformación por nuestra parte. Partir

de un proyecto y de hipótesis, someterlas a verificación, modificarlas y aplicarlas, construir planos más avanzados de conocimiento y de fuerza. Sintetizando: coinvestigar qué fuerzas, de parte, para qué transformación, con qué organización. Dentro de un movimiento global que —en la crisis definitiva de los mecanismos de la representación y de las interpretaciones cíclicas, en la reconfiguración de las coordenadas espacio-temporales en las que se mueve, en la excedencia de conflicto con respecto a sus componentes organizadas— cabe definir como *espacio de politización abierto y complejo.*[2]

Poner en red las experimentaciones

Ya se han puesto en marcha pequeños experimentos de encuesta, hay distintas hipótesis prometedoras en cantera. Circula por ahí una necesidad generalizada de construir formas de comunicación y de confrontación, una exigencia fuerte de ponerse en red. Los ámbitos y nodos predominantes en los que se experimenta distinguen ya, *in nuce*, algunos baricentros posibles: escuela y universidad, por lo tanto, formación; migrantes y trabajo migrante; comunicación; precariado, nuevas formas de empleo y, en términos más generales, de trabajo. Entre los distintos recorridos, hay diferencias de localización, de ámbito y de perspectivas. No obstante, contrarios a nefastos iconos unitarios, debemos plantearnos el problema de coinvestigar no sólo la multiplicidad en lo común, sino también lo *común en lo múltiple*, si no queremos correr el riesgo de ir a remolque de esos apologetas del «pensamiento débil» que, no pudiendo dominar la complejidad, la trocean en mil fragmentos, reivindicando la propiedad de uno específico. La parcialidad y la crítica del universalismo del que partimos, de hecho, no tienen nada que ver con el multiculturalismo democrático, exaltación instrumental de las diversidades (entre iguales...) dirigida a justificar la hegemonía cultural y política de la burguesía occidental. Tal y como observa con agudeza Christian Marazzi, «haber dado por conquistada la exaltación de las diferencias al plural ha alumbrado y generado en realidad auténticos monstruos. El

2 Cfr. *Lugares comunes*, en *Contrapoder*, nº 8, verano/otoño de 2004.

hecho de que un Fortuijn sea sujeto de las diferencias múltiples, y haya pagado por ello, desarrollando una posición de rechazo de lo diferente, de rechazo de la cultura islámica (en la línea de Huntington, reivindicado por éste en más de una ocasión), nos parece que demuestra lo ambigua que resulta la cuestión de lo múltiple y de las diferencias múltiples, cuando éstas no se refieren a su vez al problema de fondo, que es el problema de la diferencia: diferencia sin duda de género, pero también diferencia entre capital y trabajo, diferencia que materializa el conflicto dentro y contra el capital».[3] El nudo problemático se encuentra en la construcción de una acción sincrética que, partiendo de las propias pluralidades irreductibles e inalienables, dé forma y sustancia al objetivo común de transformación.

Cabe hacer un razonamiento análogo para la categoría de *multitud*. Muchas dudas suscitan las teorías que la interpretan como sujeto ya dado, o bien como calco sociológico satisfecho de la fragmentación social, o incluso como triunfo de una sociedad civil mítica e indistinta. La categoría de multitud resulta, en cambio, extremadamente fecunda cuando se configura como espacio de consideración de la relación dinámica entre singularidad y colectivo,[4] como lugar plural de subjetivación potencial. El acento se pone aquí en la parcialidad irreductible, en la crítica material del universalismo puesta en marcha por comportamientos sociales singulares y colectivos (por ejemplo, por el «derecho de fuga» practicado por los migrantes).

Ensombrecidas por la capa asfixiante del concepto de «pensamiento único», las décadas de 1980 y 1990 han estado surcadas por la ambivalencia de los comportamientos de eso que en la actualidad llamamos multitud, entre cinismo y construcción de nueva socialidad, entre individualismo y valorización de las singularidades. En los comportamientos de rechazo y resistencia incluso no directamente políticos, se establecían muchos canales de comunicación, se sedimentaban nuevas prácticas,

---

3 Christian Marazzi, Intervención en el seminario «L'operaismo a convengo», Roma, 1-2 de junio de 2002.

4 Resulta muy valioso en este sentido el planteamiento que ofrecen S. Mezzadra y M. Ricciardi en «Individuo e política: uno spartito marxiano», en *DeriveApprodi*, Roma, primavera de 2002, nº 21.

se excavaban galerías subterráneas a través de las cuales pasaba una tensión transformadora confusa, plural y fuerte hacia otro mundo, quizá todavía no imaginado como posible, pero sin duda percibido como necesario. Estas retículas de pequeños topos pasaban, desde luego, por las realidades de movimiento organizadas, pero también sedimentaban sus canales de comunicación en las cooperativas sociales o en el consumo crítico, en la militancia sindical, en el compromiso con la defensa del medioambiente o en las mejores experiencias de voluntariado: o en todos o en ninguno de estos ámbitos, simplemente utilizados por millares de individuos para hacer un trecho del camino en común adquiriendo experiencias y competencias y superándolas continuamente.

La apuesta que nos encontramos lanzando en estos momentos radica en la redefinición y, en algunos aspectos, la reinvención de la práctica de coinvestigación. Uno de los problemas más palmarios se refiere a la espacialidad de las formas de trabajo. Mientras que, en las décadas de 1950 y 1960, las naves industriales concentraban y espacializaban con una temporalidad bien definida a los obreros, por entonces sujeto de clase que impulsaba las luchas, ahora la situación es profundamente distinta. Por una parte, no hay ninguna figura social central y con probabilidad ya no se dará nada parecido. Por otra parte, a primera vista, ya no hay espacios circunscritos en los que se junten grandes cantidades de sujetos puestos a trabajar. Pero, en estos momentos, también podemos invertir el problema de la espacialidad: es decir, coinvestigar en la dispersión espacial y, al mismo tiempo, construir espacios (móviles, transitorios y también virtuales) en los que los sujetos dispersos se reconozcan. Por ejemplo, una colección dentro de una editorial que publique materiales de encuesta, una radio, un periódico, un espacio telemático o una televisión independiente pueden ser instrumentos de espacialización política de sujetos disgregados, a través de los cuales emprender y reforzar procesos de coinvestigación. Lo importante es conseguir utilizar la pluralidad de medios, atravesándolos críticamente y transformándolos, sin pensar que uno en particular pueda ser de por sí portador de la nueva forma de acción política o, de manera inmediata, de la liberación.

Para hacer esto, es preciso situar el propio ángulo visual a partir de la ambivalencia de los procesos: invertir la perspectiva puede abrir el camino a claves interpretativas que se

coloquen en posición de alteridad con respecto a lo existente. Por ejemplo, en las décadas de 1950 y 1960 en Italia, la izquierda pintaba a los obreros-masa que emigraban desde el sur hacia la ciudad-fábrica de Turín como masas de desheredados empujados por la miseria. En realidad, tal y como pusieron en evidencia los coinvestigadores de las revistas *Quaderni Rossi* y *Classe Operaia*, se trataba de jóvenes con un nivel de escolarización media, portadores de culturas combativas que se habían formado en las luchas de las campañas meridionales, empujados no sólo por las condiciones de pobreza sino también por la búsqueda de una vida mejor y de otro mundo, representado ambiguamente por la sirena del comunismo de masas naciente. Se trata de la misma atención hacia las exigencias subjetivas que Sandro Mezzadra pone en evidencia cuando habla del «derecho de fuga» de los migrantes[5]: desde luego, no para negar las condiciones de sufrimiento que los empujan, sino para identificar los comportamientos de no aceptación que exceden continuamente el sediciente orden global. Se saca a la luz, así, la crítica material ejercida por los migrantes con respecto a las fronteras establecidas y a la división internacional del trabajo, sin nostalgia alguna por aquello que se deja a las espaldas, a partir de los angostos confines del Estado-nación. Una vez más, piénsese en la interpretación de la flexibilidad de los trabajadores: con toda seguridad, ésta se ha convertido hoy en día en un instrumento de precarización de las condiciones de vida; pero, por otra parte, ¿cómo no ver en ella la marca profunda del rechazo del trabajo, de las luchas obreras por escapar de la cadena (de montaje) de la dependencia? Si se olvida una cara, la del conflicto y las exigencias subjetivas, se acaba llorando sin cesar por la «maldad» capitalista que ataca unilateralmente a un proletariado «mártir» inerme y desencarnado. Si se olvida la otra cara, la del dominio, podemos encontrarnos intercambiando con entusiasmo procesos de innovación sistémica para la liberación producida.

En otros términos, se podría decir que cada vez que los sujetos particulares hacen funcionar autónomamente las

---

5 Sandro Mezzadra, *Diritto di fuga*, Ombre Corte, Verona, 2002. (Próximamente editado en castellano por las editoriales Tinta Limón y Traficantes de Sueños.)

consignas de la constelación conceptual de lo que se define como postfordismo —flexibilidad, movilidad, centralidad de la innovación, imprevisibilidad, adaptabilidad, fragmentariedad, no serialidad, singularización—, ponen en crisis los mecanismos de valorización capitalista. Cuando estas categorías dejan de ser recursos soportables para las exigencias del mercado de trabajo, el problema pasa a ser el del control de la excedencia subjetiva, de los comportamientos de la multitud que convierten la flexibilidad del trabajo en flexibilidad del conflicto y de la cooperación libre.

Philip K. Dick, al analizar la clara diferencia entre su *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*[6] y la versión cinematográfica de esta novela, *Blade Runner*, hacía notar que el libro y la película no se obstaculizaban entre sí, sino que se reforzaban recíprocamente. Porque, decía Dick, la diferencia reside en el hecho de que un libro habla, mientras que una película se mueve; un libro tiene que ver con las palabras, una película con los acontecimientos. Aquí reside la cuestión: recombinar dinámicamente la potencia de las palabras con la fuerza del acontecimiento, la película de una transformación sin fin con el libro de otro mundo por inventar, más allá del capitalismo. Encarnar la práctica teórica en trayectorias reales. Lo cual quiere decir: descolonización de la subjetividad colectiva y singular, desmercantilización de los lazos y de las relaciones, destrabajización de la acción humana. Organizar las energías para transformarlas en una estrategia móvil y plural: he aquí la interesante apuesta que el movimiento global puede asumir, si quiere pasar de la *zona roja* de las contracumbres a la *zona gris* activable potencialmente en trayectorias de arraigo combativo flexible, transformación capilar y sedimentación de la proyectualidad. Otro mundo no es posible en un mundo lejano, vive ya —acaso confusamente— en los pliegues ambivalentes del presente, en la multiplicidad de tensiones conflictuales y de fragmentos de cooperación autónoma de la multitud: se trata de darles la fuerza para liberarse de la cara capitalista. No partamos con la pretensión de dar respuestas: ya sería mucho empezar a plantear y a plantearse preguntas que abran perspectivas. Eso es la coinvestigación.

---

6 Philip K. Dick, *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas*, Edhasa, Madrid.

TRAYECTORIAS DE INVESTIGACIÓN MILITANTE

4. *De preguntas, ilusiones, enjambres y desiertos. Apuntes sobre investigación y militancia desde Precarias a la deriva*

[Madrid]

Este texto es un *zoom* sobre un recorrido concreto de investigación militante (sobre sus herramientas, sus motores, sus aristas) que hasta ahora se llama *Precarias a la deriva*. Un *zoom* que tal vez diga algo sobre investigación, algo sobre militancia y algo sobre el caminar virtuoso de una a otra y vuelta. La mayoría de las cuestiones expuestas están inspiradas en intercambios con otros autores de este libro (en especial con el Colectivo Situaciones y con un compañero de Barcelona), en lo hablado en el taller «Investigación militante, producción de pensamiento y transformación social»[1] y en distintos momentos de discusión, formales e informales, entre las propias mujeres de *Precarias a la deriva*. De hecho, tan empapadas estamos de estos cruces, que ya no estamos seguras de qué hemos robado a quién. En todo caso, de lo que sí estamos seguras es del punto hasta el cual nuestra escritura y nuestro pensamiento se han vivificado gracias a toda esta serie de encuentros.

---

1 Se trata de un taller celebrado en la casa okupada de mujeres la Escalera Karakola el 29 de marzo de 2004 dentro del marco de una serie itinerante de talleres y encuentros entre el Colectivo Situaciones y realidades autoorganizadas madrileñas. El taller contó con la participación de integrantes de la revista Contrapoder y Precarias a la deriva y de un compañero de Situaciones, además de otras gentes amigas, conocidas y anónimas a quienes desde aquí damos las gracias.

Caminar preguntando

Dicen los compañeros del Colectivo Situaciones: «quien busca es porque ya ha encontrado». Nosotras habíamos encontrado una pregunta: *¿Cuál es tu huelga?* Más allá de las interpretaciones del mundo de cada una, esa pregunta organizó nuestra trayectoria común. Esa pregunta dio origen a *Precarias a la deriva*. Cierto: no veníamos desnudas. Lecturas y experiencias políticas (obreristas, feministas, *okupas*, antirracistas…) habían labrado el cuerpo de muchas de nosotras. También toda una serie de insatisfacciones: hacia formas de agregación basadas en la identidad (política o clánica) o en la ideología, hacía una acción política que eludía con consignas tomarse en serio los interrogantes que nuestros cotidianos fragmentados planteaban, hacia formas de intervención pública cuya testimonialidad era cada vez más difícil de esconder, hacia dispositivos de conocimiento desencarnados y circulares y, por ello, absolutamente inofensivos. Sin embargo, no fue a partir de estas insatisfacciones compartidas que echamos a andar. Estas insatisfacciones también estaban en el origen de muchas otras tentativas de investigación militante que, no obstante, no consiguieron ir más allá de los prolegómenos. La diferencia estaba en la fuerza de una pregunta (¿cuál es tu huelga?) que, lanzada en el momento preciso (la huelga general del 20 de junio del 2002) a través de un dispositivo concreto (el piquete-encuesta), no sólo compuso a un conjunto heterogéneo de mujeres, sino que las colocó inmediatamente al borde de sí mismas.

Nos explicaremos. Una huelga siempre llama a resituar la identidad del trabajador en el centro. Sin embargo, para las que tenemos la identidad de trabajador trastocada —las cuidadoras, las trabajadoras del sexo, las asistentas sociales, las *free-lance* precarizadas (de la traducción, del diseño, del periodismo, de la investigación), las profesoras, las limpiadoras, las estudiantes trabajadoras-del-Telepizza, las vagabundas y deambulantes por un mercado laboral cada vez más pauperizado— la huelga no deja de ser una intriga. Siempre podemos imitar lo que hacen los Trabajadores con mayúsculas, obviando que desde nuestra posición «atípica» (aunque cada vez más mayoritaria) en la economía-red, cruzar los brazos durante unas horas (aunque sean 24) no significa necesariamente parar el mundo, detener la producción.

Pero también podemos tomarnos en serio la práctica de la huelga y asumirla como desafío. Podemos preguntar «¿cuál es tu huelga?».

En esta pregunta, se condensan tres movimientos. Uno primero de *enunciación*: la enunciación de un problema, al mismo tiempo filosófico y práctico, absolutamente actual — el de las formas de interrupción material de la reproducción del orden a partir de la propia posición en los circuitos de la ciudad-empresa desregulada, precarizada y flexiblizada, el de cómo convertir una condición en fuerza de ataque y potencia de transformación: ¿cómo desestabilizar el orden en el que estoy inscrita y que cada día alimento a partir de un gesto de interrupción, de sustracción? ¿Qué tipo de gesto puede ser ése? ¿Cabe hacerlo colectivo y público? A continuación, un segundo movimiento de *situación*: la pregunta «cuál es tu huelga» invita a *partir de sí*, del propio cotidiano, en la encrucijada entre condiciones de vida y forma de vida, entre situación socioeconómica y subjetividad, retomando con ello aquella vieja práctica feminista que se negaba a separar personal y político, macro y micro, teoría y praxis e invitaba a *politizar la existencia*, a hacer del propio día a día un terreno de batalla.[2] Por último, un tercer movimiento de *interpelación*: sí, se trata de *partir de sí*, pero precisamente para *salir de sí* (de un yo encajonado dentro de sus angostas fronteras por la atomización social, instigado a hacer de sí mismo un proyecto por la ideología profesionalista, fracturado por las exigencias de flexibilidad y presencia múltiple); esto es: zarandear las distancias que un espacio social hiperfragmentado, hipersegmentado e hipercompetitivo multiplica por doquier, y probar a preguntar y pregunta*rse*, para ver qué pasa, cómo la interpelación afecta el yo y el tú, si en el intersticio surge algo que resuene en ambos y más allá.

De este modo, nos colocamos en el terreno movedizo de un *nosotras dislocado*. No somos *exteriores* a ese campo social atravesado por la precarización de la existencia al que lanzamos la pregunta: la pregunta nos implica directa y personalmente.

---

2 Siendo todas mujeres, nuestro partir de sí era necesariamente sexuado: esto es, se tomaba especialmente en serio la *diferencia femenina*, atravesada a su vez por otras diferencias (de raza, sexualidad, clase, edad, estado físico...).

Pero tampoco somos absolutamente *interiores*, en el sentido de que nuestra voz pueda *representar* la voz de todas aquellas a quienes interpelamos. Estamos dentro y fuera, en el quicio, dislocadas ¿hay acaso otra forma *actual* de situarse en un terreno tan marcado por la fragmentación y la dispersión como las ciudades-empresa del centro de la economía-mundo, de emplazarse en un espacio-tiempo tan infinitamente diversificado, donde la agregación no es un dato del que se parte, sino un arduo reto, hay acaso, decíamos, un modo de ubicarse ahí que no esté agujereado por esa tensión de quienes se saben solas y a la vez sacudidas por el deseo de un común todavía por inventar (y por lo tanto, al acecho, tendidas hacia un afuera incierto)?

Es así como nace nuestra trayectoria de investigación militante. Porque *Precarias a la deriva* es nada más (y nada menos) que eso: ni un grupo, ni un espacio, sino una frágil trayectoria que, además, debe hacerse *cada vez*: el siguiente paso no está nunca asegurado más que por una testaruda insistencia *militante*. Pero aquí *militancia* cobra un sentido completamente nuevo. Volveremos más adelante sobre esto. De momento, digamos sólo que, en la medida en que *Precarias a la deriva* no es más que una trayectoria, el único modo de explicar en qué consiste es genealógico. Retomemos, pues, su recorrido. A la pregunta de «cuál es tu huelga», se añaden pronto otras («cuál es tu precariedad», «cuál es tu guerra») y una serie de procedimientos.

Primer procedimiento: la *deriva*. En lugar de sentarnos a hablar de manera estática, elegimos movernos, recorrer los circuitos de la precarización urbana como tantas veces nos toca hacer en nuestro cotidiano, pero esta vez no hacerlo en solitario, sino juntas, contándonos unas a otras la materialidad de nuestras precariedades, rastreando sus marcas en el espacio metropolitano, encontrando e interpelando a otros cualquiera. La deriva, cuando es deriva, cuando permite aferrar la ciudad como territorio común que recorremos juntas, literalmente caminando y preguntando(se), esto es, cuando funciona (algo que nunca está asegurado por una «técnica», sino que debe pensarse y experimentarse en la praxis), permite romper la distancia entre el yo y el tú, el nosotros y el ellos, el investigador y el investigado, el militante y «la gente», que tan fácilmente aparece en la forma-entrevista y en otras técnicas de la sociología cualitativa o en la forma

comunicativa por excelencia de la militancia clásica: el *agit&prop*. La deriva, cuando es deriva, con sus elementos de movilidad, de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos, de trasposición subjetiva, de atravesamiento de toda una serie de cortes (sociales, espaciales, temporales) que ordenan nuestros cotidianos (como el que separa empleo y vida, o un barrio de otro, o la temporalidad conexionista de una trabajadora de la comunicación y la de una doméstica interna y cuidadora transnacional), produce una suerte de extrañamiento que permite un desenganche de las formas de percepción y de intercambio rutinizadas: nos permite así mirar y mirarnos con nuevos ojos, contar y contarnos con palabras nuevas, que retuercen lo real normalizado del todo-está-fatal y del sálvese-quien-pueda. Es precisamente ahí, en ese espacio-tiempo inaugurado por el procedimiento-deriva, donde, en ocasiones, se da un acontecimiento de percepción colectiva que abre las subjetividades y el campo de lo posible más allá del posibilismo.

Segundo procedimiento: la *grabación* y la *narración*. Desde el principio, acompañamos la deriva con el registro audiovisual de lo hecho, visto y contado y con el relato: la idea no era tanto reflejar una trayectoria con una voluntad *informativa* (os contaremos lo que pasó tal y como pasó), sino trabajar colectivamente sobre la percepción con una voluntad *propedéutico-comunicativa* —elaborar y reelaborar y poner en circulación (a través de la publicación *web*, de la edición de un libro y un vídeo, de las presentaciones públicas de estos materiales) ese singular «nombrarse», ese «contarse» desde nuestro cotidiano precarizado, nacido de la experiencia particular de la deriva para que, por efectos de resonancia y densificación, se convirtiera en un «nombrarnos» (parcial, *de parte*) capaz de incluir a muchas (y muchos). En este sentido, escribíamos desde el principio que nuestra intención era «tomarnos en serio la cuestión de la comunicación, no sólo como herramienta de difusión, sino también como nuevo lugar, competencia y materia prima de la política».[3] Pero cuando hablamos de comunicación, no aludimos a esa esfera

---

3 Precarias a la deriva, «Primeros balbuceos del laboratorio de trabajadoras», *A la deriva (por los circuitos de la precariedad femenina)*, Traficantes de sueños, Madrid, 2004, p. 25.

comunicativa desencarnada en la que se mueven circularmente signos y consignas dispuestos a ser consumidos, deglutidos e intercambiados. Nos interesa una comunicación que es enunciación a ras de suelo, desde un lugar particular, inseparable de las formas de vida de las que nace, productora de subjetividad e imaginario; nos interesa una comunicación capaz no tanto de generar adhesiones como de sacudir y de producir resonancias inesperadas en otros que también buscan y se preguntan; nos interesa una comunicación que es composición de diferentes y, por ello, producción de un nuevo real al borde de lo real existente.

Tercer procedimiento: el *taller* y la *asamblea*. Cada tanto, después (y sólo después) de una serie de inmersiones salvajes en los complejos circuitos metropolitanos, a partir de la reelaboración de lo grabado y narrado, era importante reunirse y, con sosiego, probar a ordenar y discriminar, a detectar problemas comunes, a identificar puntos de potencia, a trazar a partir de ellos hipótesis de trabajo. Era en esos espacios donde las percepciones comunes nacidas de las derivas, reelaboradas a través del registro y el relato, daban paso, a veces, a *raros* momentos de *pensamiento colectivo*, de *producción común de verdad*: esto es, pequeños y frágiles acontecimientos colectivos en los que la cosa y el nombre se dan *al mismo tiempo* y se incorporan al cuerpo. ¿Qué quiere decir esto? Que la cosa ya no es una complejidad infinita e inaferrable y que el nombre ya no se queda ni en pura palabrería vana ni en mecanismo de sobredeterminación y captura de la cosa, sino que ambos (nombre y cosa) se dan *a la vez*, adquiriendo así una potente realidad común que *nos* modifica subjetivamente. De este modo, la secuencia deriva-registro/relato-taller/asamblea puede aparecer como mecanismo artesanal (modesto pero valiosísimo) de reapropiación de las condiciones de producción de verdad.[4]

---

4 Robamos esta formulación a Antonio Negri, que en su *Kairòs, Alma Venus, Multitudo* (Manifestolibri, Roma, 2000) escribe: «Todo lo que nombro tiene existencia. Pero se trata de comprender qué existencia tiene. Nos interesa que el nombre llame la cosa a la existencia y que el nombre y la cosa estén aquí. Los problemas del conocimiento nacen porque mi nombrar es caótico y las cosas que llamo a la existencia se disponen de manera confusa. Se me escapa el ser. Por ejemplo, expresando, entre los infinitos posibles, un nombre, mi cerebro da existencia a una

¿Qué verdades, qué certezas en la duda, hemos tallado a lo largo del recorrido de *Precarias a la deriva*? En primer lugar, una *noción común*: la de la precariedad no como carencia, sino como incertidumbre con respecto al acceso sostenido a los recursos materiales e inmateriales fundamentales para el pleno desarrollo de la vida de un sujeto; por lo tanto, precariedad como amenaza y chantaje permanente, que recorre y constriñe el lazo social, pero también como irreductible deseo de movilidad, de fuga, ante condiciones insoportables. Desde este punto de vista, pues, la precariedad hoy no sería tanto un estado que afectaría a un sector de la población, sino una tendencia generalizada a la precarización de la existencia que atañería a la sociedad en su conjunto. En segundo lugar, una *dura constatación de las fronteras*: aquellas erigidas por la individualización y la desregulación extrema de la prestación laboral, por las componentes de servilismo y competitividad que esto introduce y por la constitución de la identidad individual en torno a la autoactivación personal alrededor de proyectos (una empresa migratoria, una carrera profesional, una obra artística, un plan conyugal). Elementos, todos ellos, acompañados y retroalimentados por una fuerte estratificación del mercado laboral (por ejes de sexo, clase, origen social y nacional, etnia, raza, sexualidad, estado físico y edad), una segmentación flexible pero no menos eficaz del espacio metropolitano y una fuerte fragmentación social. En tercer lugar, un *punto de potencia*: el de nuestras habilidades relacionales, comunicativas y de cuidado como armas de subversión de la organización de ese continuo sexo-atención-cuidados, históricamente asignado a las mujeres, que en la actualidad experimenta una serie de reconfiguraciones y crisis a través de las cuales adquiere una nueva centralidad (y aquí no entendemos la crisis de manera exclusivamente negativa, sino, sobre todo, como momento ambivalente de

---

cosa que se llama nombre; sin embargo, no siempre da, al mismo tiempo, existencia a un nombre que llame a la cosa. Y, creando, entre los infinitos posibles, un nombre común, mi cerebro da existencia a una cosa común que se llama nombre común; sin embargo, no siempre da existencia, al mismo tiempo, a un nombre común que llame a la existencia a un algo común de un conjunto de cosas. Entonces, lo que da verdad al nombre y al nombre común, lo que coloca nombre y cosa "aquí mismo", es precisamente ese "al mismo tiempo"», p. 19.

apertura de lo real y, en este caso, ocasión para reinventar a Lisístrata, a Antígona, a Safo).[5]

No obstante, sería un error creer que estos procedimientos son la clave de nuestra trayectoria de investigación militante, que en ellos tenemos los ingredientes de una posible modelización metodológica que transmitir a otros que buscan como nosotras. Por el contrario, la clave está en las operaciones reales que los procedimientos concretos ayudan a generar. De ahí que desde tantas experiencias de investigación militante se insista en que las recetas no sirven: una deriva puede ser algo banal o todo un acontecimiento, una sucesión de derivas puede quedarse en una serie de saltos inconexos que se traducen en estasis o producir un verdadero recorrido virtuoso de cartografía colectiva del territorio. Lo importante no es tanto elegir un instrumento u otro, sino ver qué es lo que ese instrumento produce, qué modificaciones genera, a dónde nos lleva, la trayectoria que en la repetición y declinación de su uso va trazando. De ahí también que sea tan crucial subrayar hasta qué punto, más allá de los procedimientos, *Precarias a la deriva* se articula en torno a una búsqueda (cuatriple) y a un desafío, que funcionan como principios orientadores dentro de un viaje abierto. La búsqueda: de nombres comunes sobre la precarización de la existencia, de singularidades que componen ese nosotras dislocado, de formas de cooperación, resistencia y fuga que practicamos cada una de manera situada, individual o colectiva, y de posibles espacios de agregación que se tomen en serio la cuestión de la multiplicidad. El desafío: abrir un proceso virtuoso donde producción de conocimiento, producción de subjetividad y tejido de territorialidades afectivo-lingüísticas no sean momentos separados, sino parte de una misma secuencia impulsada por un materialísimo deseo de lo común cuando lo común está hecho pedazos.

Por último, ni las preguntas, ni los procedimientos, ni las búsquedas, ni el desafío nos habrían llevado a ningún sitio si no fuera, en primer lugar, por un cierto sentido del *kairós*, por una determinada capacidad para aferrar la ocasión, para

---

5 Sobre todas estas cuestiones, véase el vídeo y el libro que hemos editado bajo un mismo título: *A la deriva (por los circuitos de la precariedad femenina)*, cit.

lanzar los dados en el umbral del tiempo; y, en segundo lugar, por esa combinación heterogénea de saberes-hacer, de habilidades relacionales y de destrezas para moverse en territorios diversos, desplegados y entretejidos a lo largo del proceso por el conjunto variable de mujeres que lo ha hecho posible.

Investigación y organización

A un año y medio de trayectoria, con derivas, talleres y asambleas a nuestras espaldas, con un libro y un vídeo entre manos, con un buen puñado de fotos, diapositivas, piezas audiovisuales y relatos dispersos por ahí, con algunos intentos de acción y otros de presentación pública en el historial, con una red dispersa trabada en torno al proyecto de manera discontinua pero no por ello menos real, nos vimos sacudidas por una preocupación referente a la consistencia y a la organización. ¿Qué capacidad tenía nuestro artesanal caminar preguntando para tejer redes que pudieran resistir a la fuerza centrífuga de la ciudad-empresa, con su torrente de estímulos y sus temporalidades desreguladas? ¿Hasta qué punto nuestra trayectoria de investigación-acción estaba en condiciones de producir modificaciones sustantivas en nuestras vidas precarizadas? ¿Podía esa conjunción reiterada de enunciación, situación e interpelación generar una ruptura subjetiva fuerte en un conjunto grande de nosotras, una ruptura que nos llevara a comprometernos unas con otras, que unilateralizara la ambivalencia que nos constituye?[6] ¿Era

---

6 Hablamos aquí de ambivalencia en el sentido en el que utiliza la palabra Paolo Virno en «Ambivalencia del desencanto: oportunismo, cinismo y miedo», *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*, cit., pp. 45-75. En este magnífico artículo, Virno sostiene que el oportunismo, el cinismo y el miedo son las tonalidades emotivas predominantes en un mundo postfordista caracterizado por una condición de «inestabilidad estable» (o, como se dice en el vídeo *A la deriva (por los circuitos de la precariedad femenina)*, cit., por «la costumbre de lo imprevisto»). Estas tonalidades emotivas serían la declinación reactiva de un núcleo ambivalente, marcado por la necesidad de adaptarse sin cesar a un mundo en permanente cambio. Sin embargo, este núcleo podría (y puede) declinarse de otro modo, unilateralizarse en un sentido de transformación, favorable a la reinvención de lo común.

posible que un recorrido de investigación militante resolviera el problema de la formación de puntos de cristalización de las redes rebeldes en un mundo donde coincidir repetidamente en el mismo espacio-tiempo con un grupo de personas estable y numeroso es ya todo un logro? Estas preguntas nos colocaron de lleno en la aridez del desierto postmoderno, en —como dicen los compañeros del Colectivo Situaciones— la realidad ontológica de la dispersión (social, espacio-temporal, subjetiva). Y nos llevaron inmediatamente a otras ¿cómo se produce la *voluntad común* en el mundo de la dispersión? Y ¿cómo medir la efectividad de la articulación entre pensamiento y política cuando los criterios de eficacia y de crecimiento de la vieja política ya no nos sirven? ¿Cómo medirlos sin caer en la autocomplacencia y/o en la resignación?

La respuesta a todos estos interrogantes sólo puede ser inmanente, situada. Desde lo que somos, decimos: creemos que merece la pena hablar y actuar desde la dispersión, no refugiarse en pequeñas identidades salvadoras, en grupúsculos tranquilizadores o en ideologías trasnochadas, sino atreverse a cruzar el desierto con los ojos bien abiertos. Porque, como nos dice Deleuze, «el desierto de arena no sólo implica oasis, que son como puntos fijos, sino también vegetaciones rizomáticas, temporales y móviles en función de lluvias locales, y que determinan cambios de orientación de los trayectos».[7] Pero, sobre todo, porque éste es nuestro hábitat y la condición y desafío de la acción política hoy, y lo que seamos capaces de decir y de hacer desde ahí tendrá resonancias inesperadas.

Por otra parte, sabemos que la dispersión no es necesariamente impotencia, imposibilidad de producción de una voluntad común. Lo hemos experimentado el 13 de marzo de 2004, en Madrid, en Barcelona y en tantas otras ciudades: tras los terribles atentados del 11-M, la indignación por la conjunción de miedo, mentira y muerte convirtió la dispersión en un enjambre determinado y en duelo que interrumpió la circulación de las principales arterias urbanas durante más de diez horas. Lo experimentamos en ciudades del mundo entero cuando, con el anuncio de los primeros bombardeos contra Irak, millones de personas se lanzaron a las

---

7 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y* esquizofrenia, Pre-textos, Valencia, 1997, p. 386.

calles, en algunos puntos haciendo estallar la normalidad durante tres días consecutivos. Lo hemos experimentado de manera más localizada en toda Europa, con los ciclos de movilización estudiantil, con las luchas de parados e intermitentes, con las irrupciones públicas de los sin papeles a través de encierros y ocupaciones, como corte espacio-temporal de revuelta dentro de un cotidiano subsumido. Quizá la paradoja de nuestro tiempo consista precisamente en que, después de ser enjambre, las abejas vuelven a dispersarse. Es más, podemos probar la dimensión y el calado de la dispersión contemporánea cuando vemos como aquél que ha participado activamente en el enjambre, aquel que ha cortado calles y ha gritado bien alto que «la política es nuestra», luego vuelve a su puesto de trabajo como sujeto normalizado: dispersión significa aquí también discontinuidad radical entre las distintas identidades que cada individuo adopta en las diferentes localizaciones que ocupa. Pero ello no quita fuerza al enjambre, no le resta ni un ápice de realidad. Sólo nos obliga a pensar y actuar desde la dispersión con mayor radicalidad. Y a hacerlo sin ilusiones ni ilusionismos. En este sentido, creer que la investigación militante puede dar una solución (o ser *la* solución) a la dispersión es una pésima ilusión. Sí puede ser una vía *en/desde* la dispersión: para transitarla, analizando sus soportes materiales y subjetivos, interrogando sus intersticios, definiendo hipótesis de experimentación política; para contraefectuarla, detectando puntos de bloqueo y de potencia en las prácticas que la habitan, trabajando sobre ellas, componiéndolas, tejiendo territorialidades afectivo-lingüísticas entre quienes ya no tienen territorios a priori.

Creemos haberlo explicitado, pero quizá sea preciso insistir: la dispersión de la que hablamos, la dispersión que experimentan nuestros cuerpos precarizados en las metrópolis del centro de la economía-mundo, es una dispersión por aceleración e hiperactivación, en un espacio —el espacio de la postmodernidad— donde todo se mueve a gran velocidad y donde, sin embargo, básicamente, no pasa nada: de ahí el desierto. En este contexto, la *decisión* cobra una importancia crucial en quienes se indignan, no se resignan, se rebelan: decisión como determinación del «por aquí» (por aquí caminar, preguntar, actuar, organizarse), deseo que insiste y, en su insistencia, permite producir un corte en la aceleración de la experiencia postmoderna. Decisión no como voluntad

o voluntarismo, sino como tensión subjetiva. Decisión como materia de una nueva política del deseo que se inserta, insistente, en la búsqueda de nuevos mundos. Y aquí diríamos: militante es quien está atravesado por una *decisión* así. E investigación militante es aquel proceso de reapropiación de nuestra capacidad de creación de mundos que, impulsado por una obstinada *decisión* militante a la que no le valen los a-prioris, los deber-ser, los modelos (nuevos ni viejos), interroga, problematiza y empuja lo real a través de una serie de procedimientos concretos.

Con esto, volvemos a aterrizar de lleno en la pregunta sobre los criterios de efectividad en la relación dinámica entre pensamiento y acción política. ¿Qué decir? No cabe duda que éstos no pueden venir dictados por las urgencias e impaciencias de un tipo de subjetividad militante que sueña con la vuelta del común de la masa compacta. El común de la contemporaneidad no puede ser sino aquél atravesado por una tensión permanente con el deseo de singularidad, no puede ser sino un común dicho desde la multiplicidad: el común del enjambre, el común de Seattle, Buenos Aires y Madrid. Contra este tipo de apuros, que someten a una tensión vana a las experiencias de investigación-acción, pero también contra toda deriva diletante y contra toda estasis postmoderna, es preciso construir criterios propios, interiores al proceso, atentos a las operaciones reales de modificación (material y subjetiva), fieles a las búsquedas, preguntas y exigencias que lo organizan, que a su vez deben ser interrogadas y renovadas una y otra vez.

Desde algún lugar de la metrópoli madrileña,
Mujeres de Precarias a la deriva
Mayo de 2004

5. *Algo más sobre la militancia de investigación.* *Notas al pie[1] sobre procedimientos e (in)decisiones.*

Colectivo Situaciones
[Buenos Aires]

I.

El presente texto relata una historia real. Esa historia —como muchas otras historias contemporáneas— comienza con un mensaje, un mail. Lo firma una amiga, de Madrid. Del grupo *Precarias a la Deriva* (de ahora en adelante PAD). El mensaje va dirigido al Colectivo Situaciones (de aquí en más CS). Nos pide un artículo, ni muy corto ni muy largo, sobre la experiencia que el colectivo viene realizando en Argentina. Más específicamente en Buenos Aires, aunque no sólo. Concretamente —precisa—, lo que interesa es decir «algo más» sobre la figura del *militante investigador*, nombre que damos, en el colectivo, a nuestras actividades. Algo «más» no tanto sobre el concepto, sino sobre la práctica. «Sobre el contexto, sobre las dificultades, los saberes, los procedimientos, las nociones», dice nuestra amiga. «Porque —agrega— el texto *Sobre el Método*[2] deja aún muchas dudas sobre cuestiones concretas que involucran los talleres de trabajo».

---

1 «Notas al pie» refiere, literalmente, a un segundo nivel de escritura de este artículo, en el que las llamadas al pie de página no constituyen un juego complementario de referencias sino una articulación fundamental con el cuerpo central del texto.

2 Prólogo del libro *Hipótesis 891. Mas allá de los piquetes,* del Colectivo Situaciones y el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano, De mano en mano, Buenos Aires, 2002.

Nuestra amiga sugirió que desarrollemos cuatro cuestiones fundamentales: «Decisión», «conceptos», «procedimientos» y «saberes» («saberes-hacer»). Y para iniciar el intercambio nos fue contando cómo cada una de estas cuestiones puede relatar una dimensión de una experiencia: ella se refirió a la de las PAD.

Tratamos de entender. «Decisión»: alude a la(s) resolución(es) que fuimos tomando para producir y desarrollar la *militancia de investigación* (de ahora en adelante MI). Una historia. No tanto del CS como del modo en que desarrollamos la MI. «Conceptos»: se trata de mostrar un poco nuestra relación con las nociones que utilizamos. No tanto de explicarlas (lo que sería muy aburrido), sino de presentar algo de su operatividad en situaciones concretas. «Procedimientos», es decir, profundizar en los procesos materiales que configuran como tal la actividad de la MI. Finalmente, están los «saberes-hacer», que se refieren a la infinidad de saberes locales que posibilitan la creación y el desarrollo de los procedimientos.

Y bien. Esta tarea nos resultó —entonces y ahora— *titánica*. De hecho, sólo fuimos capaces de afrontarla muy parcialmente porque nuestra amiga estuvo dispuesta a sostener con nosotros una correspondencia más o menos regular sobre estas cuestiones.[3] Como producto de esta conversación se desplegaron, sobre todo, cuestiones ligadas a dos de los cuatro puntos propuestos: «decisión» y «procedimientos», aspectos a los que daremos, aquí, la mayor centralidad.

Lo que sigue, entonces, es un intento de desarrollar el contexto y la caracterización de algunas facetas de la MI: no tanto a partir de una descripción histórico-política de nuestras circunstancias ni de una narración de las experiencias concretas que fuimos realizando (ambos aspectos están registrados parcialmente en nuestras publicaciones[4]), sino más bien a partir de los modos en que tales circunstancias (contextos, experiencias) fueron produciendo una trayectoria.

---

3 El intercambio se produjo durante el último trimestre del 2003 y, como queda dicho, constituye la base de este texto. En nuestra experiencia la amistad productiva resulta la mayor fuente de inspiración, con el adicional de proporcionarnos las mayores satisfacciones.

4 Muchas de las cuales pueden encontrarse en nuestra página web: www.situaciones.org

II.

El primer problema que encontramos al comenzar la correspondencia (y que alude a una cuestión fundamental de la MI) fue el de la *comunicación*. Y esto en varios sentidos.

En principio, está la cuestión de qué significa *comunicar*. Por un lado, claro, está la imposibilidad fundamental, insuperable, del carácter intransferible de la experiencia. Podemos contar «esto» y «aquello». Incluso podemos contarlo «todo», pero siempre hay *algo* que se escapa. Y además, hay puntos de vista que difieren. ¿Cómo reunirlos todos? Y aún cuando esto pudiera lograrse, hay una intensidad de lo que ocurre que sólo puede captarse íntegramente «estando», físicamente presente, subjetivamente implicado.[5]

Por otro lado, ¿cómo comunicar *lo que hacemos* si no es —precisamente— *haciendo*? Es decir, ¿cómo transmitir una reflexión (palabra *comprometida* en una experiencia, en unas prácticas, en un pensamiento vivo) sobre la reflexión sin hacer una *metateoría* sobre nosotros mismos?

Y además, ¿cómo explicitar cada operación singular, en toda su precariedad, sin convertirla, en la misma exposición, en una técnica (nuestra amiga comparte la preocupación: «*Baste pensar en todos los Métodos con mayúsculas y sus desastres*»)?

En definitiva, cuando rechazamos la palabra «comunicación» no lo hacemos en nombre de una *incomunicabilidad* confirmatoria de la dispersión «financiera» de la experiencia, sino como denuncia de los supuestos mismos de la «sociedad de la comunicación» que la acompaña. Si la ideología de la comunicación supone que «todo lo comunicable merece existir y todo lo que merece existir es comunicable» por el sólo hecho de que las tecnologías nos faciliten los medios

---

5 Nuestra amiga interroga ante estas cavilaciones: «¿cómo es que no creen en comunicar y publican textos?». Para separarnos de la imagen alienante de la comunicación, en su versión más ingenua como mensaje de una conciencia a otra, suponemos que la escritura, implicada en una práctica, en un pensamiento vivo, conmueve particularmente a quien busca. Vivimos la publicación más como una búsqueda de (producir-recibir) *resonancias*, que como la transmisión de mensajes. El objetivo último de la publicación, en nuestro caso, es prolongar la experimentación ligando con quienes experimentan en otros lados. Vínculo éste incompatible con la pura «voluntad de comunicar».

para ello, lo que queda amputado es, precisamente, la afirmación de la vivencia (trama, constelación experiencial) que hace que la palabra requiera ser dicha. De aquí en adelante opondremos a la palabra «comunicación», la de *composición* (o procesos de interacción, valorización colectiva, sistema de compatibilidades productivas), entendiendo por tal el trazo de un plano en cuya interioridad la palabra dice *algo*.

Finalmente, y lo que tal vez sea fácil de decir pero difícil de aceptar: ¿cómo relatar el hecho de que la MI no es el nombre de la experiencia de quien investiga sino el de la producción de un(os) *encuentro(s) sin sujeto(s)* o, si se prefiere, de un(os) encuentro(s) que produce(n) sujeto(s)? ¿Cómo admitir el hecho de que el CS no es sujeto de sus propias actividades, y que los encuentros en que se vio —afortunadamente— involucrado no fueron previstos, planificados ni implementados a voluntad de quienes escribimos este artículo? (Volveremos sobre esto).

En una época en que la «comunicación» es máxima indiscutible, donde todo está ahí para ser comunicado, y todo se justifica por su utilidad comunicable, la MI refiere a la *experimentación*: no a los pensamientos, sino al *poder de pensar*; no a las circunstancias, sino a la *posibilidad de la experiencia*; no a tal o cual concepto sino a las *vivencias* a partir de las cuales tales nociones adquieren *potencia*; no a las identidades sino al *devenir diferente*; en una palabra: la intensidad no radica tanto en lo producido (lo «comunicable») como en el proceso mismo de producción (lo que se pierde en la «comunicación»). ¿Cómo hacer, entonces, para *decir* algo de todo esto y no solamente exhibir los *resultados* de dicho proceso?

III.

Vayamos a lo que nuestra amiga madrileña llama la «decisión», —y nosotros experimentamos más bien como «indecisión». ¿Cómo surge, a qué llamamos y de qué está hecha la MI? Responder esta pregunta sería un poco como contar la *historia* del Colectivo. Pero tal historia no existe. En su lugar —a lo sumo— se puede forzar la cosa y reconstruir una breve trayectoria. ¿Pero cómo hacerlo? ¿Cómo decir algo interesante sobre cuestiones tan domésticas?

Por razones muy complejas —y suponemos muy frecuentes—, hacia fines de la década de 1990, un grupo de compañeros comenzamos a revisar lo que había sido —y aún era— nuestra experiencia conjunta, y encontramos dos cuestiones con las que saldar cuentas: de un lado, el *compromiso militante* como elemento directamente político y la eficacia de nuestra experiencia de entonces; por otra parte, nuestro *vínculo con la universidad* y los procesos de generación de conocimiento. Esta doble problematización es un buen punto de partida.

El grupo, entonces, se desarrolla revisando esta doble faz de su existencia: aquella que surgía de revisar la propia práctica militante, y aquella otra que se preguntaba por los modos en que la práctica política se vincula «desde adentro» con la producción de saberes efectivos.

Había dos figuras que interrogar: de un lado, los restos del «militante triste», como le llama Miguel Benasayag[6] (quien fue clave en este período de elaboración y en muchas de las nociones que utilizamos para pensar nuestras propias «decisiones») que vive «bajando línea», y reservando para él un saber sobre lo que debería pasar en la situación a la que se acerca siempre desde afuera, de modo instrumental y transitivo (toda situación vale como momento de una estrategia general que la abarca), porque su fidelidad es ante todo ideológica, previa a toda situación.

La otra figura a problematizar era la del «investigador universitario», desapegado, inmodificable, que se vincula con lo investigado como con un objeto de análisis cuyo valor se relaciona estrictamente con su capacidad de confirmar sus tesis previas. Aquí también la fidelidad a los procedimientos institucionales, universitarios o para-universitarios, elude todo compromiso con la situación.

Se trataba, en fin, de transformar los propios fundamentos de nuestra práctica, los supuestos sobre los cuales se sostiene una intervención. Podemos identificar aquí, entonces, una primera decisión: la de crear una práctica capaz de articular *implicancia* y *pensamiento*.

---

6 La noción misma del Militante de Investigación surge, para nosotros, del encuentro con Miguel. Véase: Miguel Benasayag y Diego Sztulwark, *Política y situación. De la potencia al contrapoder*, Ediciones De mano en mano, Buenos Aires, 2000. Más tarde publicado en francés e italiano bajo el nombre de *Contrapoder*.

Esta (in)decisión, a su vez, implicó toda una serie de resoluciones operativas: debimos reorganizarnos como un grupo más pequeño, basado en una intensa afinidad afectiva como fundamento de un mayor compromiso (y una productividad más elevada), y reorganizar también todo nuestro modo de trabajo. Este proceso, que culminó en la formación del colectivo, se tornó frenético durante los años 1999 y 2000.

¿Qué quería decir, en términos prácticos, desde entonces y para nosotros, MI? Que la política abandonaba al poder como imagen en la cual reconocerse y hallaba en el pensamiento un interlocutor más potente. Y que nuestro modo de pensar se emparentaba —precisamente— con prácticas. Que el pensamiento y la política dependían de la capacidad de experiencia, de implicancia, de encuentro. Y que el sujeto de conocimiento o de la acción política no podía ser concebido como trascendente respecto de las situaciones, sino que se nos hacía presente como el efecto de estos encuentros. Si hubo una decisión *bisagra*, en este sentido, fue la de pensar «en y desde» la *situación*; es decir, sin concebir prácticas, teorías ni sujetos «a priori».

El surgimiento del CS estuvo directamente vinculado al de otras prácticas que fueron emergiendo durante fines de la década de 1990 en la Argentina como causa y producto de la crisis social[7] y política que se estaba gestando desde entonces.[8] A partir de allí nos vimos envueltos en la dinámica hiperacelerada de la crisis (cuyo punto cúlmine fueron los acontecimientos de los días 19 y 20 de diciembre del 2001), y con las

---

7 Y, embargo, no resulta productivo reducir la presentación de estas experiencias a su relación —sea de causa, sea de efecto— con la posterior crisis social y política argentina. De hecho, todas estas experiencias venían produciendo una elaboración de larga duración cuyo punto de origen fundamental se hallaba en el fracaso de la revolución de la década de 1970. En relación con este balance —en el que se trataba de continuar un compromiso pero rediscutiendo ampliamente las condiciones y procedimientos— se fueron recreando ideas y modos de encarar las luchas por parte de una amplia gama de compañeros. En esta trama se inscribe nuestra participación, entonces, en la *Cátedra Libre Che Guevara*.

8 Nuestras primeras actividades tuvieron que ver con la articulación de encuentros con la experiencia de los escraches de H.I.J.O.S, con el MLN-Tupamaros, con el Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero (MOCASE) y con el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano.

transformaciones vertiginosas que se fueron produciendo en el país. En este contexto tan variable fuimos desarrollando algunas hipótesis de trabajo tal vez precarias pero aptas al menos para poder participar de este proceso —aún abierto, bajo formas muy ambivalentes— de modo activo.

Llegados a este punto del relato quizás resulte productivo plantear alguna de las preguntas que nos formulamos para medir la problematicidad que organizó este trayecto *evitando* una historia de las «decisiones felices», que borraría toda marca real del trabajo concreto. Y bien: ¿con qué dispositivos perceptivos y conceptuales se puede captar la emergencia de estos nuevos elementos de sociabilidad si ellos demandan precisamente de una nueva disposición del sentir y del pensar? ¿Y cómo vincularnos con la fragilidad de este surgimiento favoreciendo su desarrollo y no contribuyendo a neutralizarlo aún contra nuestras intenciones? ¿De qué grado de ignorancia es preciso armarse para hacer de la investigación un auténtico organizador de nuestras prácticas y no una mera cobertura táctica?

Según nuestra amiga, en la experiencia de *PAD*, «*el motor de nuestra Investigación Militante es un deseo de lo común cuando lo común está hecho pedazos. Es por eso que tiene, para nosotros, una función preformativa-conectiva: algo así como una actividad de* woobly *comunicativo, de tejedora de territorialidades afectivo-lingüísticas*».

Este motor que mueve a las PAD, esta búsqueda de «lo común hecho pedazos», constituye para nosotros una cuestión fundamental: ¿cómo producir consistencia entre experiencias de un contrapoder que ya no surge espontáneamente unificado, ni desea una unión exterior, impuesta, estatal? ¿Cómo articular los puntos de potencia y creación sin gestar una unidad jerarquizante que se encargue de «pensar» por «todos», de «dirigir» a «todos»? ¿Cómo trazar líneas de resonancia dentro las redes resistentes sin subordinar ni subordinarse?

La MI, entonces, se va configurando, entre nosotros al menos, como un conjunto de operaciones frente a problemas concretos (o conjunto de angustias que por terquedad se van tornando interrogaciones productivas): ¿cómo trazar vínculos capaces de alterar nuestras subjetividades y hallar cierta comunidad en medio de la radical *dispersión* actual? ¿Cómo provocar intervenciones que fortalezcan la horizontalidad y las resonancias evitando tanto el centralismo jerarquizante

como la pura fragmentación? Y siguiendo por esta línea: ¿cómo co-elaborar un pensamiento común con experiencias que vienen elaborando prácticas hiper-inteligentes? ¿Cómo producir auténticas composiciones, pistas que luego circulen por la red difusa del contrapoder, sin percibirse como alguien exterior a la experiencia de pensamiento, pero a la vez, sin fusionarse con una(s) experiencia(s) que no es/son *directamente* la(s) propia(s)? ¿Cómo abastecernos de una autonomía organizativa para concretar cada uno de nuestros proyectos? ¿Cómo evitar la ideologización, la idealización con la que nuestra época recibe todo lo que genera interés? ¿Qué tipo de escritura hace justicia a lo que se produce en una situación singular? ¿Y qué hacer con la *amistad* que surge de estos encuentros? ¿Cómo se sigue? Y, finalmente, ¿qué hacer con *nosotros mismos*, si con cada una de estas experiencias de composición nos vamos alejando más y más sin ya tener retorno a nuestras subjetividades iniciales?

La lista de estas (in)decisiones da una idea del conjunto de problemas que se plantean una y otra vez con experiencias de lo más diversas. Los amigos de la *Universidad Trashumante* dicen que ellos cuando comienzan un taller saben «cómo empezar, pero nunca cómo terminar». Si hay una (in)decisión productiva es —precisamente— la de *no saber* de antemano cómo se atravesarán todas estas cuestiones y, a la vez, estar muy dispuestos a que éstas sean planteadas una y otra vez: al punto que la ausencia de esta *insistencia* habla más de la caída de la experiencia en curso que de una maduración —o «superación»— de la misma.

En efecto, la consistencia de la experiencia que sigue al *encuentro* se juega en estos procedimientos más que en la invocación de un *ideal* común. En nuestra experiencia de MI ha resultado fundamental la labor de disolver la ideología como cemento constituyente de cohesión (sea «autonomista», «horizontalista», «situacionista» o de lo «múltiple»). La *idealización*, en nuestro contexto, es una fuerza destructiva. Se coloca una experiencia real, contradictoria, rica y siempre conflictiva, en el pedestal unidimensional del ideal redentor. Se idealizan las operaciones que permiten a la experiencia producir existencia. Luego, se la transforma en «buena forma» a aplicar en todo tiempo y lugar, como un nuevo conjunto de principios *a priori*. Se le pide, a continuación, ser capaz de confirmar este ideal de cada quien. La fragilidad de

la experiencia tensiona. ¿Cómo sostener esa carga? Luego, claro, viene la decepción y, con ella, se continúa la destrucción: «creí que esta vez sí era, pero sólo era una estafa». ¿Qué hacer frente a este mecanismo de adhesiones y rechazos masivos que elevan y destronan experiencias radicales repitiendo los mecanismos consumistas de la sociedad del espectáculo? ¿Con qué recursos contamos para atender a este frente inesperado de la *exterioridad* a que nos somete el ideal? ¿Qué modos efectivos de implicancia nos colocan en el interior de estos procedimientos: en su *realidad* y ya no en su idealidad?

En efecto, en nuestra experiencia existe un componente muy fuerte de *pensar contra* los ideales en su función de *promesa*. Es decir: ¿cómo trabajar a partir de la potencia de lo que *es* y no a partir de la diferencia entre lo que es y lo que «debería ser» (ideal)? Sobre todo, cuando el ideal es una proyección personal, más o menos arbitraria, y a la cual nadie tiene por qué adecuarse. La MI no extrae el compromiso de un *modelo* de futuro, sino de una búsqueda de la potencia en el presente. De allí que el combate más serio sea contra los «a priori». Contra los esquemas predefinidos. Combatir los *a priori*, entonces, no implica dar por muerto ningún tramo de la realidad. No precisamos de muerte alguna. Sí implica, en cambio, una revisión introspectiva permanente sobre el tipo de percepciones que estamos poniendo en juego en cada situación.

La labor de la MI, nos parece, se vincula a la construcción de una nueva *percepción*, un nuevo estilo de trabajo, para sintonizar y potenciar los elementos de una nueva sociabilidad. La figura sería, tal vez, la de la arcilla: la capacidad de recibir afecciones sin oponer resistencias, para comprender el juego real de las potencias. No se trata entonces de configurar un centro pensante de las prácticas de la radicalidad, sino de elaborar un estilo que nos permita volvernos inmanentes a esta multiplicidad, sin ser interiores a cada múltiple: un múltiple entre múltiples, un oficio que, haciendo lo propio, tiene que ver con los demás.

Se comprenderá entonces que la principal (in)decisión de la MI es compartida por la multiplicidad en la que funciona, y no pertenece (salvo en la fantasía) al grupo que se declara investigador, como si existiese antes y por fuera de ese múltiple.

IV.

Como advertimos desde el comienzo del texto —y de nuestra propia experiencia como colectivo— *no hay* «procedimientos» fuera de la situación. Hacer un relato sobre las actividades que realiza el colectivo, una formalización de sus «saberes», sería tan poco procedente como hacer un «manual» sobre MI, y *eso* —que sería de una pobreza total— no está en la cabeza de nadie.

Cuando uno mira para atrás y observa el trabajo realizado, las cosas aparecen investidas de una coherencia y funcionalidad que no tuvieron de ningún modo en su producción misma, y ese recuerdo, esa insistencia «antiutilitaria» es vital para el desarrollo de la MI, al menos para nosotros.

Cuando hablamos de «talleres» y «publicaciones» como prácticas del colectivo, nos vemos de inmediato en la necesidad de recordar que no existen tales «talleres», sino un conglomerado heterogéneo de reuniones sin más hilos de coherencia que los que de pronto brotan del caos y sin conocer exactamente qué desarrollo podremos darles. Algo semejante sucede con las publicaciones: ellas surgen como necesidades provisorias de invocar la presencia de otras experiencias con quienes prolongarnos, pero no representan un estadio necesario de un sistema más vasto.

Así que, «sabemos sólo como comenzar». Y esto muy relativamente. De hecho, todos los procedimientos (dispositivos) que preparamos suelen mostrarse auténticamente improcedentes ante la textura de la situación concreta. Así, las condiciones mismas del encuentro vienen como anticipadas por la voluntad conjunta de co-investigar, no importa bien qué (el tema puede variar), con tal de que en ese «viaje» se experimenten modificaciones contundentes, es decir, que se salga de allí con nuevas capacidades de potenciar prácticas.

Sea, entonces, lo que sea que opere como fijación de condiciones, existe una primera funcionalidad del taller: producir un «desenganche» (en cada reunión, una y otra vez) de la espacialidad y la velocidad inmediata, cotidiana. La disposición a pensar surge de permitir que sea el propio pensamiento quien espacialice y temporalice según sus propios requerimientos.

Según nuestra amiga madrileña, existe en esta «búsqueda en el entorno de experiencias de autoorganización, en el

acercamiento a ellas para proponer un trabajo en común, un problema inmediato que se presenta: el de la exterioridad (suya) con respecto a la realidad a la que se acercan, más aún cuando su condición y su biografía es tan distinta a aquella de la gente con la que se ponen en contacto. De hecho, romper con la separación entre "nosotros" y "ellos" es uno de los retos fundamentales de sus talleres». Sobre todo si estos encuentros están animados por la «búsqueda de una radicalidad que no se diga desde lo alto, que aferre la superficie de lo real, una práctica de interrogación de sí, de detección de problemas y lanzamiento de hipótesis (siempre desde las prácticas) que sería el "hardcore" de la investigación militante».

Pero ¿es así? ¿La *diferencia* conduce inevitablemente a la *distancia*? ¿De qué distancias y diferencias estamos hablando? Y la imagen del *acercamiento*, ¿a qué *percepción* remite?

Podríamos llamar «procedimientos», precisamente, a aquellas «puestas en práctica» que surgen de las preguntas sobre cómo se asume la existencia de las *diferencias*. ¿Cómo se construye un *nosotros* del pensamiento, por más transitorio que éste sea? ¿Cómo se traza un plano común como condición, aunque sea más o menos efímera, de una producción conjunta? Estas preguntas valen tanto para las experiencias aparentemente más «cercanas» como para las supuestamente más «lejanas».

El movimiento del encuentro, entonces, no es tanto de acercamiento como de *elaboración* de un *plano común*. Y remite a una escena más compleja, en la que la medida mutua de las «distancias» y «cercanías» (los «adentro» y los «afuera») no deben considerarse sólo con respecto a los puntos *iniciales* (de partida) sino también —y sobre todo— con respecto al trazado o no del propio *plano* (que incluye avances y retrocesos, entusiasmos y desconfianzas, períodos de producción y lagunas depresivas).

Plano difícil de trazar, sin duda: el contrapoder no existe sino como un pliegue o anudamiento entre experiencias heterogéneas. Una dinámica *territorial* y otras más *desterritorializadas*. Así, el territorio se *empobrece* y las experiencias más desterritorializadas se *virtualizan* sin este tejido común (sin este encuentro entre ambos). Espacialidad desterritorializada y modos territoriales son polos interiores del pliegue del contrapoder y su anudamiento es una de las cuestiones fundamentales de la nueva radicalidad. Las experiencias más ligadas al territorio —más «concentradas»—, y las más «difusas» —más nómades—, en su diferencia dinámica, pueden articularse,

combinarse e interactuar como instancias de una ocupación de lo público por parte del contrapoder.

La(s) *diferencia*(s), entonces, requiere(n) ser interrogada(s) más a fondo. De un lado, claro, existen y son evidentes. La imposibilidad postmoderna de la experiencia se nutre de esta «fiesta de la diferencia» (que en rigor se torna «indiferencia», *dispersión*). Pero ello no nos dice nada de las posibilidades de articulación de tales diferencias.

Más aún, podríamos preguntarnos si una *experiencia* no tiene valor de tal —y, en ese sentido, un profundo carácter *político*— precisamente cuando logra suspender este sucederse *indiferente* de las diferencias. Cuando logra producir una conjunción (o plano) capaz de substraerse a la «lógica de la pura heterogeneidad» (que dice «las diferencias separan» y «no hay conexión posible en la *diferencia indiferente*»). Experiencia —o situación—, entonces, sería aquello que se funda en la articulación de puntos (todo lo relativos que se quiera) de una cierta *homogeneidad*. No se trata ni de borrar, ni de disimular las diferencias, sino de convocarlas desde el planteamiento de ciertos *problemas comunes*.

Volvamos a nuestra amiga de PAD: «me pregunto si también se interrogan sobre su propia composición y biografía, sobre la posición de sus iguales, y si a esta investigación militante con otros no precede o acompaña un autoanálisis, más que nada para no caer en la trampa de un desplazamiento que evita cuestionarse la propia vida y las propias prácticas (y que acaba introduciendo una escisión entre militancia y vida). En Precarias a la Deriva nos planteamos como primer problema volver a "partir de sí", como una más, como una cualquiera (y no como Militantes con mayúsculas), para "salir de sí" (tanto del yo individual como del grupo identitario radical) y encontrarse con otras resistentes cualquiera (de ahí lo que decía más arriba de estar entre la exterioridad y la interioridad, en un nosotras dislocado)».

Las PAD dicen «politizar la vida desde adentro». Volver la vida misma —desde lo inmediato— algo político, es decir, comprometido. Nosotros lo formularíamos de otro modo: vivificar la política a partir de su inmersión en la existencia múltiple más inmediata. Usamos estas frases no sin cierta incomodidad porque suelen remitir a la idea de que «a la vida le falta algo», «le falta estar bien organizada». Quizás sea preferible hablar de una política que esté a la altura de la vida. Y aún

así nos parece que no alcanza, pues preferimos sin dudar que la vida desordene a la política antes que una «buena política» logre ordenarla, desplazándola, proponiéndole problemas trascendentes, determinando «prioridades» y obligaciones.

Pero adentrémonos en las preguntas de nuestra amiga: ¿por qué el Colectivo Situaciones va a buscar sitios de intervención *afuera*? ¿Qué verdad se espera hallar en gente *diferente*? ¿No se trata de una suerte de *escape* a la exigencia de politizar las «propias vidas» en lo que éstas tienen de cotidianas? Aún más: ¿no hay en todo esto una renovación de la vieja militancia (la clásica exterioridad) bajo nuevas formas, en la medida en que —más allá de lenguajes y dispositivos recauchutados— se sigue *yendo* («acercando a») «desde afuera» a «otros sitios» de los que se espera una solución más o menos mágica para la propia constitución subjetiva y política?

Estas preguntas serían retóricas si sólo las formuláramos para refutarlas. Resulta, sin embargo, que no es cierto que sean preguntas que puedan ser eliminadas de una vez. Ellas viven dentro nuestro y nos hablan de ciertas tendencias cuyo control escapa completamente a nuestras intenciones manifiestas. Una y otra vez debemos insistir sobre ellas, ya que no hay antídoto definitivo y, más aún, se trata de tendencias ampliamente favorecidas por la dinámica social dominante. De hecho, el principal valor que tiene el formularlas es obligarnos a trabajar a fondo la cuestión de la *exterioridad*.

Sin embargo, hay otra imagen que habría que considerar. No sólo la de puntos *finitos* escapando a su trágico destino de exterioridad radical, y produciendo simulacros de «interioridad» (la unión de lo «separado como separado» como dice Guy Debord), sino también la de los puntos que precisan (y trabajan para) hallar resonancias con las resonancias de otros.[9] La distinción puede parecer hueca, sin embargo, describe recorridos opuestos: mientras en la dispersión (*exterioridad*)

---

9 *Fuera* y *dentro* no remiten, claro, a una espacialidad predefinida, sino a modos inmanentes o trascendentes de concebir el vínculo: cuando nos vinculamos con otros que buscan crear nuevos mundos ¿estamos buscando *afuera?* O, de otra forma: ¿qué hacer si esos «otros mundos» ya existiesen en proceso de creación, en actos de resistencia? ¿Sacrificaríamos nuestro ser *común* con ellos en nombre de una vecindad puramente física determinada por criterios burdamente espaciales?

las alternativas oscilan entre «fragmentación irremediable» o «centralización necesaria», desde el trazado del plano (una alternativa muy distinta a la de «dentro y fuera»), la consistencia remite a una *transversalidad.*[10]

Claro que todavía quedaría por delante resistir a la acusación de «espontaneísmo». Cosa curiosa ésta, ya que lo *espontáneo* no es la *composición* sino —precisamente— la dispersión. Y la pregunta que nos hacemos es qué hacer frente a ella: ¿es la centralización la única alternativa viable?, ¿o la experiencia de lo común posee la suficiente fuerza como para prefigurar nuevos modos constituyentes del hacer?

Ésta es una cuestión fundamental para la MI, porque la elaboración del plano no es, justamente, espontánea, ni irreversible, sino que requiere de una fina y sostenida práctica (a la que llamaríamos «procedimientos» y que no podríamos definir abstractamente) de colaboración para hacer emerger este *común* en (y de) la diferencia (la *inmanencia* es una estrategia de *corte* en la exterioridad).

Así, podemos volver a la cuestión de la cotidianeidad a partir de esta persistente labor de construcción en un contexto de fragmentación. Nuestra obsesión por la *composición* se inscribe precisamente en esta preocupación por «nosotros mismos», pero bajo un nuevo conjunto de supuestos: la superación de la *diseminación* no se resuelve por la vía de la *representación*. La pregunta de la inmanencia, entonces, sería: ¿cómo *ser*/con/*otros*?

Como en una fenomenología, podríamos entonces relatar el recorrido de la MI como el manifestarse de este rechazo a la exterioridad y al espectáculo junto con —y como procedimiento para— la producción de claves de composición, de construcción de modos de inmanencia.[11]

---

10 Lo que ayuda a comprender el horizonte *no institucional* de la MI.

11 En este sentido adquieren un valor muy preciso tanto los saberes producidos como las preguntas actuales sobre la *construcción en redes*: ¿No es válido buscar formas transversales de composición que articulen distintas experiencias a partir de lo que ellas mismas tienen para disponer (y defender) en común? Resulta claro que estas experiencias en redes suelen ser muy útiles para conocer(nos) y relacionar(nos), pero ¿qué sucede cuando se llega al límite de las tensiones que una red puede generar? ¿no es preciso entonces descentrar las redes, producir nuevos núcleos, concebir planos heterogéneos, abrirse a los tramos no *explicitados* de cada red?

Si un sentido posee para nosotros la experiencia colectiva, es –sobre todo– el modo en que nos posibilita afrontar, producir y habitar el contexto en el que vivimos-producimos de modo activo: ni como un «sujeto que sabe y explica», ni en la pasividad individual postmoderna. Capacidad que se nos aparece como la de reconocerse como múltiple de una multiplicidad, y de asumir un cierto modo de ser de esa multiplicidad en los hechos.

De ahí que la MI tenga fuertes componentes *existenciales.*[12] Y que sea tan absurdo pretender que se constituya en «tarea» del movimiento (o, peor aún, en «la tarea fundamental»).[13]

Las preguntas de la MI no son sino las preguntas que se hacen cientos de grupos[14] : ¿qué nuevos elementos de sociabilidad surgen? ¿Cuáles persistirán o ¿persisten?, y cuales se deshacen? ¿Qué tipo de relación (barreras y puentes) trazan con las instancias estatales o mercantiles? ¿Cómo surgen las nuevas resistencias? ¿Qué problemas se plantean en los diferentes niveles?

Ubicados en este punto se puede percibir quizás la diferencia entre pensar la *situación* en su universalidad o simplemente asumirla en su escala *local*. Cuando hablamos de una situación hablamos del modo en que lo *universal* aparece *en* lo local, no de lo local como «parte» de lo global. De allí que la deriva de la situación sea mucho más interesante (sinuosa)

---

12 Llamamos *enamoramiento* o *amistad* al sentimiento que acompaña y engloba a la *composición*. Y experimentamos la MI, precisamente, como la percepción de que algo se forma entre nosotros y en otros, aunque sea por un rato; sobre todo, cuando *ese rato* no se pierde en el anonimato sino que da lugar a otros momentos, y la memoria que resulta de tal sucesión, se constituye en «recurso productivo» de la situación. Ésta es la sensación más insistente que tenemos de lo que significa, concretamente, devenir «algo más».

13 Sobre todo si se considera hasta qué punto la MI no se propone «organizar a otros». No porque se renuncie a la organización —no hay MI sin altos niveles de organización— sino porque su problema se plantea en términos de una autoorganización que colabora con la autoorganización de redes.

14 Problemas comunes frente a los cuales no hay una distinción sujeto-objeto. Investigador es quien participa de la problematización. Y el objeto de la investigación son los problemas, los modos de plantearlos, y la autoinvestigación sobre las disposiciones para realizar tales planteos.

que la mera localidad. Si lo *local* se define por un entorno fijo y unos recursos limitados y predefinidos, reduciendo sus alianzas a los puntos vecinos, lo situacional se produce de modo activo, indeterminando sus dimensiones y multiplicando sus recursos. A diferencia de lo local, lo situacional amplía las capacidades de *composición-afección.*[15]

V.

Si la «exterioridad» nombra la imposibilidad *espacial* de la *conexión*, la dispersión se produce en el plano de la *temporalidad*, por aceleración, impidiendo encontrar un punto de detención, de elaboración. En cualquier caso, las preguntas parecen ser: ¿en qué consiste una *política* en este contexto (una «política nocturna», como dice Mar Traful[16])?, ¿poseen nuestras prácticas elementos lo suficientemente potentes como para tornarse constituyentes de experiencia, de una nueva política?, ¿cuáles son los modos de «medir» tal eficacia?

En todo caso, si estas preguntas surgen (como decía Marx) es porque existen elementos prácticos que las justifican. Pero no las explican ni las desarrollan. Esa tarea permanece abierta.

Una política de nuevo tipo: ¿qué será?. Y más específicamente: ¿qué tipo de exigencias plantea la posibilidad de una nueva comprensión de lo político a la MI?, ¿y qué puede aportar la experiencia de la MI a esta comprensión?

Desde nuestro ángulo, estas preguntas se refieren a las formas de eficacia de la acción: ¿qué tipo de intervención *construye*?, ¿de qué depende la *potencia* del *acto*?

---

15 El propio intercambio con *Precarias a la Deriva* tiene para nosotros un valor inmediato fundamental. Más aún: los intercambios sostenidos como base de este artículo han dejado la huella de cierto estilo de trabajo que es preciso profundizar y, en este sentido, no presentan mayores distancias con eso a lo que llamamos «talleres». Los «talleres» son, pues, así no más. No se constituyen —ni aspiran a hacerlo— en Estado Mayor de la situación: se conforman a partir de un punto de encuentro capaz de pensar y, en el mejor de los casos, elaborar hipótesis prácticas con fuerza de intervención.

16 *Por una política nocturna*, Editorial Debate, Barcelona 2002.

La MI experimenta, como hemos dicho, el desarrollo de nuevos módulos de espacio-tiempo. Experimenta el agenciamiento de elementos heterogéneos en puntos de homogeneidad que tornan elaborable la experiencia dispersiva (desierto) y producen nociones de composición (más allá del discurso de la *comunicación*).

En una situación concreta, solemos decirnos, la inteligencia no brota de la erudición ni de la agilidad mental pura sino de la capacidad de *implicancia*. Del mismo modo que la estupidez puede explicarse por modos muy concretos de la *distracción*.[17]

De aquí la posibilidad de establecer un vínculo concreto entre la *trama-afectiva* que opera en una situación y su productividad operativa.[18]

Así, lo que determina la *eficacia* del *acto* no es tanto el número, la cantidad o la masividad (capacidad de *agregación*) cuanto la *aptitud* de composición de las nuevas *relaciones* (capacidad de *consistencia*).

Como resulta evidente, lo que estamos planteando se vincula con una situación muy concreta: la crisis argentina *actual*. Aquí un desierto recorrido por violentos vientos neoliberales fulminó los vínculos producidos y agudizó todo el proceso de dispersión al que venimos haciendo referencia. Las experiencias comprometidas en el desarrollo de un contrapoder experimentaron esta tensión entre la configuración de nuevos vínculos y la exigencia de una contención masiva. Esta tensión, de hecho, se manifestó como una contradicción entre la presencia cuantitativa (de elementos dispersos a la espera de ser reunidos) y la necesidad de un sistema de nuevas relaciones capaces de sostener este proceso de agregación, ya no como mera reunión de lo disperso sino como *configuración activa*, de nuevo tipo.

De hecho, uno de los rasgos de la Argentina durante los últimos meses es precisamente el modo en que el crecimiento meteórico experimentado por numerosos agrupamientos

---

17 Ver al respecto las interesantísimas lecciones de Joseph Jacotot, que nos acerca Rancière en un libro clave para nosotros: *El maestro ignorante*, Laertes, 2003.

18 En este sentido podemos reivindicar plenamente —desde nuestra experiencia más inmediata— las teorías que hablan de un «valor-afecto».

sociales es seguido de inmediato por una rápida degradación. No se trata, entonces, de algún tipo de impugnación absurda de las acciones u organizaciones masivas,[19] cuanto de una interrogación por los criterios que tornan influyentes las experiencias.

Seguramente no exista un único criterio válido al respecto. Cada experiencia de lucha y creación precisa producir sus propios recursos y procedimientos. Sólo pretendemos dejar planteada la siguiente cuestión: ¿qué le agrega la «agregación» a la *composición*, siendo que esta última —a diferencia de la primera— organiza a las personas y a los recursos convocados según ciertas relaciones constituyentes (siendo esto válido a cualquier escala numérica o geográfica)?

Hasta Siempre,
29 de febrero de 2004

19 Resulta indudable que las acciones insurreccionales del diciembre de 2001 argentino abrieron un campo nuevo y fértil de acciones y debates de todo tipo y, más cerca aún, la misma secuencia aparece potenciada con las revueltas producidas durante el año 2003 en Bolivia.

6. *El trabajo de Penélope.* ***La encuesta, el trabajo cognitivo y la lección biopolítica del feminismo.***

Cristina Morini
[Grupo 116, Milán]

UNA GENERACIÓN DE MUJERES que ha vivido (o que ha creído y esperado vivir) el feminismo en la práctica, pero que sólo ha frecuentado de manera tangencial «los lugares» de mujeres: en la franja de edad comprendida entre los 30 y los 40 años ¡son tantas las que han actuado a partir de este esquema! La distancia que hoy cabe encontrar entre el movimiento feminista histórico y las más jóvenes es todavía mayor. Esto no significa en absoluto, a mi juicio, que el discurso feminista haya perdido en sí mismo sentido, valor y centralidad, que haya quedado felizmente superado por el «fin del patriarcado»: todo lo contrario. Más bien, pone en evidencia que existen diferencias de interpretación y de necesidades entre generaciones distintas, que se traducen en elementos de crisis y de declive del feminismo político articulado y declinado tal y como lo hemos conocido hasta ahora.[1] Nos hallamos en una fase de tránsito: para la supervivencia de los movimientos sociales a largo plazo resulta siempre fundamental que de una generación política a otra exista transmisión de patrimonio del pasado y apertura a los estímulos del futuro, a fin de generar una ósmosis que tenga por objetivo la redefinición de la identidad colectiva.

Este preámbulo sumario es funcional al primer argumento que quiero introducir dentro de mi reflexión sobre la encuesta como instrumento y momento fundamental del

---

1 Manuel Castells, *Il potere delle identità*, Università Bocconi Editore, Milán, 2003, pp. 208 y ss.

«trabajo político», argumento representado por el dato experiencial, tal y como nos ha enseñado a utilizarlo precisamente el feminismo. Utilizo las palabras de Grace Paley, una escritora estadounidense, en la actualidad octogenaria, feminista de toda la vida y comprometida de distintas maneras en lo social. Tan alejada de nuestras fronteras espacio-temporales y, sin embargo, tan cercana: en las existencias de las mujeres, hay siempre reiteraciones, hay una especie de «memoria del agua» común, de identidad colectiva, que nos permite reencontrar referencias y símbolos en las vidas de todas las que nos han precedido. Pues bien, Grace Paley escribe:

> Empezando a leer y a pensar y a vivir mi vida desde dentro, dejé de ser varón. Dejé de querer serlo. Pensé que era una vida tremenda, dura, una vida que no deseaba y que no me gustaba en absoluto. Entretanto, en el mismo periodo, resultó que empecé a vivir entre mujeres. Es decir, claro que siempre había vivido entre mujeres, todas las chicas viven entre madres, hermanas y tías —incluso entre muchas. Así que yo no iba a ser menos, pero nunca había pensado gran cosa al respecto. Es más, me había dicho: «míralas, con sus vidas tediosas, sentadas alrededor de una mesa, mientras los hombres juegan a las cartas y discuten en voz alta en otra habitación. Eso sí que es vida ¿verdad?» Sólo cuando comencé a vivir realmente entre mujeres, es decir, no antes de haber tenido hijos, empecé a acercarme a la vida con curiosidad.[2]

Con frecuencia, el crecimiento natural dentro del propio destino como mujer es lo que te lleva a reflexionar sobre el destino de las demás mujeres. E, inevitablemente, a tener una disponibilidad mayor para pensar en todos los destinos. He querido partir del feminismo, pese a creer que en la actualidad existen en su seno fuertes elementos de crisis, para defender que éste ha transferido realmente, quizá de manera inconsciente, algunos de sus elementos clave al seno de los nuevos movimientos sociales y representa un origen fundamental de éstos, una verdadera afirmación de «contravalores positivos» para los mismos.[3]

---

2 Grace Paley, «Della poesia delle donne e del mondo», en *Piccoli contrattempi del vivere*, Einaudi, Turín, 2003, p. 361.

3 Luce Irigaray, «Egales à qui?», en *Critique*, 1987.

La encuesta política puede, a día de hoy, encontrar una de sus matrices en el uso que la práctica feminista, de manera espontánea y fuera de toda institucionalización, ha sabido hacer del relato, de las biografías y de la introspección colectiva: una acción y una lección biopolíticas de extremo valor que el feminismo ha desarrollado anticipándose a los tiempos generales de los movimientos. En estos momentos, lo que más nos hace falta para nuestro trabajo político, como militantes y como investigadores sociales, es precisamente esa capacidad de imaginar la vida de los demás: imaginar la realidad, no la invención, para conseguir aferrarla. Poner, pues, las subjetividades en el centro de nuestro trabajo político, buscando los modos de generar relación a partir de la conciencia y, por lo tanto, solidaridad y cooperación. Contenidos en las existencias humanas, cabe encontrar los datos políticos y las respuestas que andamos buscando en esta época, la descripción de las relaciones y reacciones humanas que nos pueden ayudar a comprender: si, en la actualidad, toda nuestra vida se pone a trabajar, si el capital llega a subsumir el propio bios, por su parte, el partir de sí, esto es, el relato de las vidas y de las contradicciones que generan los nuevos procesos productivos en la carne —en las almas y en los cuerpos—, un relato dirigido a provocar un «efecto dominó» de refracciones y desvelamientos que rompa, a través del poder mágico y contaminante de la «palabra liberada»,[4] las soledades implícitas en la fragmentación producida por el sistema de acumulación flexible, puede convertirse, desde luego, en un instrumento formidable de toma de conciencia y de subversión.

La encuesta puede contribuir a desvelar con eficacia el uso que el capitalismo de la informatización, de la conexión en red, de la globalización (mujeres del Sur del mundo que van a cuidar a los hijos y ancianos de las mujeres del Norte del mundo), hace de las redes de afectos, de los vínculos relacionales, del conocimiento, de la experiencia y de la autoformación. ¿Resulta demasiado simplista y genérico si digo que la encuesta debe hablarnos de nuestra vida? ¿Resulta equivocado pensar que el feminismo debe salir de sus habitaciones para enseñarnos a hacerlo?

---

4 Pienso, al decir esto, en relaciones e intercambios relacionales que no estén al servicio de la producción, sino de la construcción de una subjetividad rebelde.

Cognitarios, conozcámonos a nosotros mismos

Creo poder decir que esta atención por las existencias en el presente es lo que está en el origen de mi interés personal por los análisis aplicados a la realidad del trabajo. Y, de algún modo, cierta literatura me ha ayudado en este sentido más que los estudios sociológicos existentes en la materia y no creo siquiera que sea la primera vez que esto le sucede a alguien.[5] Cierta literatura estadounidense, por ejemplo, de Carver a Richard Yates, a Tobias Wolf y a la ya citada Paley, me ha inspirado más que todos los discursos académicos producidos en Italia, todavía, a mi juicio, tristemente carentes de estímulos: las mutaciones productivas, semánticas e informativas que se están produciendo en estos años se han analizado sobre todo fuera de las universidades.[6]

Dicho esto, *la práctica de coinvestigación que he vivido* se diferencia de los ejemplos pasados por la coincidencia

---

5 Lo recuerda también, en un contexto y situación totalmente distintos, Romano Alquati, entrevistado en *Futuro anteriore. Dai «Quaderni rossi» al postfordismo: attualità dell operaismo italiano* (de Borio, Pozzi y Roggero, DeriveApprodi, Roma, 2002, p. 75): «Italia, además, estaba atrapada en el estancamiento. Por lo tanto, no existían estudios sobre los obreros y sobre las fábricas... quien era más culto de entre nosotros recurría a la literatura estadounidense: ahí había análisis sobre las relaciones humanas, sus críticas, el taylorismo, el fordismo».

6 Andrea Tiddi y Franco Berardi, por ejemplo, de forma totalmente interior al propio movimiento. Cfr. A. Tiddi, *Precari. Percorsi di vita tra lavoro e non lavoro*, DeriveApprodi, Colección Map, Roma, 2002 [ed. cast. (sólo algunos capítulos): «Precarios. Trayectorias de vida entre trabajo y no trabajo», en *Brumaria* nº 3, Madrid, 2004, pp. 153-180 y próximamente en http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm)], y F. Berardi (Bifo), *La fabbrica dell'infelicità. New economy e movimento del cognitariado*, DeriveApprodi, Colección Map, Roma, 2001 [ed. cast.: *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*, Traficantes de sueños, Madrid, 2003]. R. Curcio, *Il dominio flessibile*, Sensibili alle foglie, Roma, 2004. Recuerdo estos textos entre muchísimos otros posibles, por afecto y porque han sido para mí, personalmente, instrumentos de trabajo de gran valor. Hay que recordar, además, las revistas de movimento, desde *Posse* a *DeriveApprodi* e *Infoxoa*. Sin olvidar la red y las listas de correo que representan el esfuerzo común más evidente de intercambio de informaciones, de inteligencia colectiva y de construcción de alternativas.

entre investigador y sujeto mismo de la investigación:[7] es decir, se puede hablar, en este caso, de *co-investigación* en el sentido más real y concreto del término, dado que estoy dentro, soy parte, *vivo con los demás* los procesos de esa misma organización empresarial que intento describir. No se trata, por lo tanto, de construir una hipótesis política *junto al grupo* sobre el que trabaja la investigación y que constituye la realidad de clase de una fase histórica determinada. Aquí, el investigador y el trabajador al que se quiere investigar son la misma cosa, mientras hablamos de una realidad en la que ese trabajador ya no tiene una identidad de masa, le falta un perfil común, pero sigue siendo individuo entre muchos.[8] Hoy en día, que el sistema de

---

7 Véase Tiziana Cassarino, Simona Gioia, Rossana Lacala, Cristina Morini, Francesca Pitta, Paola Riva e Ivana Zambianchi, «Sarei una giornalista, non una giornalaia», en *Posse* 2/3, marzo de 2003, pp. 34-59: primera fase de una autoencuesta llevada a cabo por el Grupo 116, un grupo de mujeres periodistas de la *RCS Periodici*, con respecto a las trasformaciones adoptadas por el trabajo intelectual y las relaciones con la representación sindical. [La *RCS Periodici* es la sociedad editora especializada en revistas y publicaciones semanales, mensuales y trimestrales de uno de los mayores grupos mediáticos italianos, *RCS*, dueño del periódico de mayor tirada del país, *Il Corriere della sera* (*N. del E.*)]. Añado que el mismo enfoque, en cuyo centro se sitúa la relación, me ha movido en mi trabajo con mujeres migrantes (véase Cristina Morini, *La serva serve*, DeriveApprodi, Roma, 2001). Creo que para comprender la esencia de lo que se está describiendo es preciso una especie de ósmosis real entre las personas: conocerse quiere decir estar en condiciones de intercambiarse fragmentos de materialidad para que nuestras vidas, en su conjunto, en su cotidianeidad, no sean desconocidas la una para la otra.

8 Andrea Fumagalli, «Sul capitalismo cognitivo», en *Aprile*, febrero de 2004, nº 2, Roma: «Existe una relación perversa entre producción social (*general intellect*), por una parte, e individualización de la relación laboral, por otra, encaminada ésta a ampliar la precariedad existencial (en especial desde el punto de vista de la renta), o, en otros términos, entre necesidad de una cooperación productiva de la multitud, por un lado, y jerarquización individual, por otro, en función de la cual los seres humanos están sometidos, cada vez en mayor medida, a formas autorrepresivas, formas sofisticadas de control social. En términos más generales, la partida del conflicto que se juega en la actualidad, no enmendable dentro de las lógicas reformistas-compatibles cada vez más frecuentes en el corazón del centro-izquierda italiano y global, remite a aquella que se libra entre individualismo e individualidad».

acumulación flexible ha añadido a la creación de valor a través de la producción material la creación de valor a través de la producción de conocimiento, la multitud cooperante que necesita el capital está constituida por unidades singulares que llevan a la producción la riqueza de su singularidad. A la división tradicional del trabajo por tareas y especializaciones se añade una nueva división del trabajo basada en el conocimiento, los saberes, las capacidades y subjetividades particulares. Lo que debemos hacer es encontrar, nombrar y recomponer *a partir de nosotros mismos* estas capacidades y ponerlas al servicio, no de la producción, sino del conflicto, para imponer un nuevo pacto basado en un universo de valor que ponga en el centro la cualidad de nuestras vidas y no se desfigure exclusivamente en función de los imperativos financieros: para los cognitarios, no cabe tolerar por más tiempo el proceso de desvalorización progresiva que acarrea la mercantilización del conocimiento.

El contexto de trabajo cognitivo al que me he dedicado me resultaba, pues, particularmente familiar: nunca el prefijo «co-» fue más oportuno, porque *comparto* la misma condición *con* las personas que, junto a mí, han dado vida al trabajo de *coinvestigación*. El objetivo de un análisis llevado a cabo colectivamente, desde dentro, consiste, en esencia, en identificar, precisamente a través del examen meticuloso de los problemas que, poco a poco, la lucidez colectiva nos permite comprender, cuál es el antídoto político más oportuno para aplicar en cada momento. En ciertos aspectos, un proceso muy similar al que expresa el lema zapatista de «caminar preguntando».

Se trata de experimentar «sobre la marcha» nuevos espacios para la democracia, dentro de un contexto económico, como el actual, en el que han saltado por completo las reglas, ya no existe ningún marco de concertación y las relaciones industriales se reducen, cada vez con mayor frecuencia, al fraude. Un contexto donde, no obstante, vemos asimismo como «la multitud toma cuerpo biopolítico», una multitud que, aunque desprovista de esos rasgos rígidos de composición de clase a los que hacía referencia más arriba y a los que nos había acostumbrado el pasado fordista, en estos momentos es, cada vez en mayor medida, portadora de una serie de elementos prototípicos: «precariedad, movilidad, intelectualidad, publicidad, territorialidad —he aquí *los nombres comunes al*

borde de las tendencias que encontramos en todas las luchas de los últimos meses».[9] En este sentido, podemos decir que el concepto de composición de clase está recuperando una extraordinaria actualidad.

Lo amo, no me ama

En el trabajo de encuesta, la relación está en el centro y, por lo tanto, tal y como nos enseña el feminismo, la relación es lo que nos permite construir, nuevamente, un horizonte y una práctica comunes. A través de la relación, es posible consolidar la experiencia colectiva y dar a conocer a muchos las novedades de los procesos en marcha. Resulta muy interesante que el movimiento de movimientos en su conjunto esté reconociendo y valorando desde varios enfoques la práctica de la relación. En muchos ámbitos, se llega a asumir explícitamente como elemento cardinal de la acción política contemporánea. Pongo el ejemplo de la lucha de los tranviarios italianos, que han buscado y encontrado distintas formas y momentos de comunicación y de contacto con la ciudadanía, desde las asambleas públicas hasta los panfletos o los carteles que los trabajadores colgaban cerca del asiento del conductor y que rezaban «tranvía movilizado pero jamás domado» para denunciar la obligación impuesta por la delegación de gobierno de volver al trabajo, o «lo hacemos sólo por vosotros», dirigido a los ciudadanos, cuando se decidía suspender la huelga.[10] Y, de forma

9 Beppe Caccia, Seminario nacional de los desobedientes, Aula magna de la Facultad de Arquitectura, Venecia, 24 de enero de 2004.

10 Un documento del movimiento de las y los desobedientes italianos, difundido el 4 de diciembre de 2003 en apoyo a la batalla de los filo-ferroviarios y tranviarios, dice: «como estudiantes y precarios, no debemos limitarnos a no pagar el billete contra los aumentos de las tarifas de transporte, sino entretejer virtuosamente nuestra lucha con la de los conductores: ¡la batalla parece distinta pero es común! No nos limitemos a solidarizarnos, empecemos a practicar relaciones, a poner a disposición de los demás nuestras plataformas comunicativas y lingüísticas, a preparar el terreno para que el virus prolifere salvajemente, y quien tenga miedo que se entregue al pensamiento débil o a la Europa de Amato, que nosotros preferimos una Europa donde las luchas circulen veloces y unifiquen (componiendo, ¡se sobreentiende!) mientras el pacto monetario se tambalea».

todavía más explícita, todas las realidades de lucha contra la precariedad del trabajo que han dado vida al *MayDay*,[11] italiano antes y europeo ahora, se mueven por esta línea directriz: relación, cooperación, comunicación, construcción de redes («intelectualidad, publicidad»).

Pero, volviendo a los cognitarios, es preciso operar, apoyándose en la relación, en la dirección de ese descubrimiento colectivo de la ruptura del pacto con la contraparte al que aludía antes. La mercantilización del saber lleva a una pulverización de la relación privilegiada que existía antes entre capital y clases medias de *knowledge workers* (trabajadores del saber). En la actualidad, el capital financiero utiliza exclusivamente el lenguaje del dinero, un lenguaje numérico y gris, aunque después tenga bien presentes y le resulten imprescindibles las capacidades relacionales del sujeto a quien explota, a quien pone a trabajar, en la medida en que la productividad y los beneficios aumentan gracias a la acción cooperativa de la inteligencia humana. Pero precisamente la falta de vínculo, de correspondencia entre las disposiciones de los dos actores, hace saltar el pacto. Podríamos decir que el cognitario vive su relación laboral al límite de la relación erótica: existe una forma de darse en el trabajo —proceso, a su vez, extremadamente femenino que sanciona, una vez

---

11 El *MayDay* es la fiesta del 1º de mayo del precariado social. Iniciada en el año 2000, gracias a la agitación política del colectivo Chainworkers de Milán (cfr. ChainCrew, *Chainworkers. Il lavoro nelle cattedrali del consumo,* DeriveApprodi, Editorial Map, Roma, 2002; ed. cast.: «*Chainworkers*. El trabajo en las catedrales del consumo», en *Brumaria* nº 3, Madrid, 2004, pp. 125-152 y en http://www.chainworkers.org/chainw/libro_cw.htm) y del sindicato de base CUB-FLMU, se ha caracterizado a lo largo de los años como momento de visibilidad del precariado social y como alternativa a las rancias manifestaciones tradicionales del sindicato confederal CGIL-CISL-UIL. El *MayDay* se desarrolla por la tarde (mientras que la manifestación «oficial» del 1º de mayo siempre es por la mañana) y constituye una especie de *parade* y de fiesta-*rave*, en condiciones de catalizar la participación y la atención de buena parte de esa franja del trabajo precario que no se ve representada en las formas típicas del sindicalismo tradicional. El 1º de mayo de 2003 contó con la participación de casi 50.000 personas; este año tendrá además alcance europeo, con una *parade* análoga y contemporánea en Barcelona y con la implicación de muchos colectivos precarios que actúan, además de en Italia y España, también en Francia, Escocia y en el Norte de Europa.

más, el concepto de «devenir mujer del trabajo»— que le viene precisamente de la necesidad —impuesta por el capital— de incorporar al trabajo elementos afectivo-semánticos. Un círculo perverso. Cualquier individuo juzga que estos valores no pueden ni agotarse ni medirse de manera inmediata sólo en función del baremo del dinero: ni el tiempo de trabajo que invade la vida, ni la expropiación de capacidades acumuladas a lo largo de los años, dentro de un cerebro y de un corazón, pueden tener una contrapartida adecuada mientras ésta se exprese sólo en términos monetarios y en términos causales. Por su parte, el capital no sólo es un perfecto ignorante respecto a este trabajo, no sólo se muestra insensible a él, sino que va más allá: actualmente, la penetración de lo social por el capital es tal que la capacidad relacional, al ser praxis cotidiana de comunicación productiva y, por lo tanto, al dejar de ser una mercancía escasa, tiende a estar cada vez más desvalorizada, incluso desde el mero punto de vista económico. Tal y como quedó evidenciado en la primera parte de la autoencuesta que llevamos a cabo,[12] se genera un desfase entre las expectativas del trabajo concreto, que se creía ligado directamente a un elevado perfil profesional, con el consiguiente reconocimiento de su saber y especialización, y la realidad a la que deben plegarse las fuerzas intelectuales.

Un ejemplo: los trabajadores regulados por el contrato de trabajo periodístico en Italia han perdido, en los últimos ocho años, el 30% de su poder adquisitivo. Una elección clara a la que el sindicato se sumó para favorecer el acceso de los jóvenes al mundo del trabajo: salarios de acceso al mercado laboral cada vez más bajos. No sé hasta qué punto nos damos cuenta de que la existencia de las redes y de las tecnologías de la comunicación favorecen la creación de una intelectualidad de masa que, en cambio, la contraparte sí que tiene muy presente. No será reduciendo los sueldos de los jóvenes como se conseguirá salvar la vida de los nichos de empleo ni gobernar los procesos en marcha. Más bien, hay que descubrir la esencia del proyecto y hacer que los trabajadores adquieran conciencia del mismo. Desde luego que el trabajo de concienciación deberá tener en cuenta que es preciso reinterpretar y actualizar la clásica oposición antagonista

12 Cfr. «Sarei una giornalista, non una giornalaia», cit.

capital-trabajo dentro del contexto del trabajo cognitivo post-fordista: la organización de la lucha en el plano subjetivo no es un resultado, sino, en todo caso, un presupuesto imprescindible de la propia lucha. Hay que agregar a cada una de las individualidades que pueda estar en condiciones de poner en discusión y de hacer entrar en crisis el modelo y sus imaginarios. El sistema de producción inmaterial se basa en la pura y simple ficción que nace de la sugestión colectiva, de una adhesión casi fideísta a una especie de «credo», producida por una mera ilusión, si no directamente por una mentira. Poner aunque sólo sea en duda *el sentido* de todo esto significa minar sus raíces y, así, hacer que se tambalee, empezar a derribarlo.

La *RCS Periodici* representa en Italia un ejemplo excelente de anticipación de los nuevos principios que, de acuerdo con las pretensiones del sistema, deberían gobernar, ahora por fin, la relación capital-trabajo cognitivo. Primer grupo de prensa en pedir la entrada de los periodistas en el régimen de *cassa integrazione*[13] en 1995,[14] primer grupo en descomponer la

---

13 La «cassa integrazione» (fondo de integración) es una institución del Estado del bienestar italiano. Básicamente, garantiza durante cierto tiempo un porcentaje del salario a los trabajadores (excluidos los directivos y los aprendices) que tienen «suspendido» el contrato de trabajo, ya sea por necesidades contingentes, en teoría no debidas a la voluntad ni del empresario ni del trabajador (*cassa integrazione* ordinaria) o por motivos de crisis o de reestructuración de la empresa (*cassa integrazione* extraordinaria) [*N. del E.*].

14 Entre la multitud de ejemplos que cabría dar, cito sólo la historia reciente de Edit, pequeño grupo de prensa italiano que publica las cabeceras *Pratica*, *Bella* y *Quattro zampe*, porque me sirve para dejar claro hasta qué punto el último convenio nacional no ha hecho sino registrar y ratificar la pérdida de centralidad y de valor del trabajo del periodista, de cuyo fruto han disfrutado las casas editoriales durante varias décadas. Cfr. Enrico Ravini, www.odg.mi.it/ravini.htm: «El último episodio de la accidentada historia de Edit data del 29 de octubre de 2002: el juez de lo laboral Iannello ha dictado una sentencia en la que conmina a la sociedad a devolverles el puesto de trabajo a 12 periodistas puestos ilegalmente bajo el régimen de *cassa integrazione* (de los 18 cuya entrada en este régimen había solicitado la empresa en un principio) en oposición a lo que establece la ley en esta materia (tal y como se revela en la sentencia). El juez ha establecido que la falta de comunicación de los criterios adoptados a la hora de identificar a los periodistas que habrían de acceder al régimen de *casa integrazione* y la negativa a aplicar la rotación violaba la ley.

Pero ¿cómo se ha llegado a este punto? La empresa, para sanear las

empresa por sectores durante el mismo periodo —anticipándose ampliamente a la Ley Biagi[15]—, primer gran editor que se ha empeñado precisamente en la destrucción de esos organismos sindicales de representación de los periodistas que fueron, en los años felices, la mejor garantía de control y de gobierno de las situaciones[16] y que, hoy, el conjunto de instrumentos legislativos y de convenios colectivos está volviendo prescindibles. Se rompe así visiblemente, con los hechos, la

---

cuentas económicas, declaró que era necesario reducir la plantilla (casualmente, sólo del lado de los periodistas). Sobre todo en los equipos de la publicación semanal *Bella* y de la revista mensual *Pratica*, ambas dirigidas por una única directora responsable, Patricia Caglioni. La decisión de aplicar el artículo 4 del Convenio Nacional de Trabajo Periodístico (CNLG), de forma que los periodistas trabajasen en una u otra publicación en función de las exigencias que se crearan en cada ocasión, tenía un efecto inmediato: crear en un único equipo de redacción figuras que se duplicaban y resultaban, por lo tanto, prescindibles.

Como se puede imaginar, la estrategia es aplicable a todas las sociedades editoras que publiquen más de una cabecera y exigiría una profundización seria. El artículo 4 del CNLG establece límites precisos, pero quien lo ha suscrito no ha pensado que esa exigencia de flexibilidad en manos de los editores se transformaría en un instrumento de reducción de los equipos de redacción».

15 Ley italiana de reforma del mercado laboral, aprobada en el parlamento italiano el 5 de febrero de 2003 con el respaldo de las grandes centrales sindicales CISL y UIL, que, entre otras medidas de precarización y desregulación del empleo, incluye el fomento de los procesos de externalización empresarial, permitiendo que las empresas declaren la «autonomía» de una o más de sus secciones o que las transfieran de una empresa a otra. [*N. del E.*]

16 Roma, 28 de julio de 2003 (Adnkronos): «Sorprende que un editor como *RCS Periodici* no consiga tener relaciones sindicales normales» —esto es todo lo que se lee en una nota de la Federación Nacional de la Prensa Italiana (FNSI) que revela que «hace tiempo que la empresa se niega a abrir una mesa de negociación para el convenio de integración empresarial que pide el comité de empresa, sosteniendo que la Asociación Lombarda de Periodistas había designado tres comités de empresa distintos. A continuación, la empresa se ha negado a encontrarse con la Federación Nacional de la Prensa Italiana, sosteniendo que ésta no era su interlocutor directo. Ahora, ha hecho saber que no tiene disponibilidad siquiera para un encuentro en la Sede Italiana de Editores de Periódicos (FIEG), encuentro que en un principio había propuesto para resolver las contradicciones que la propia empresa presuponía que existían en la composición de la representación sindical».

trabazón entre capital y clases medias que hasta hace poco había proporcionado a estas últimas garantías y las había resguardado de todo peligro de «proletarización», *weltanschaung* que de manera nada casual se está convirtiendo en bagaje universal de las mismas. El nuevo pasaje imaginado por el Grupo *RCS*, segundo grupo de prensa italiano, consiste en una hipótesis de cesión del patrimonio de las cabeceras de periódico a otro editor extranjero (¿la francesa Hachette, los alemanes de Burda?). Cabría desarrollar algunas justas consideraciones sobre este enésimo caso de empobrecimiento del patrimonio productivo italiano, tras la estela del «fin de la Italia industrial» de Gallino: Italia, gracias a una clase empresarial de rara incapacidad y miopía, persigue en todos los sentidos una política industrial de país en vías de subdesarrollo y, empeñada, testaruda y descabelladamente, en transformarse en área de subcontratación, desmantela estructuras productivas, flexibiliza y empobrece el trabajo y arruina la formación. Para nuestros propósitos, es interesante señalar que este nuevo proyecto en la trayectoria de *RCS* —si de verdad se lleva a cabo— podría prever que periodistas posiblemente nada interesados en la venta por sectores de la empresa tengan que convertirse en trabajadores móviles.

Ética pelética

Hay una rima que me ha enseñado mi hija y que cantamos juntas, cada vez más rápido, haciendo palmas: empieza con la palabra «ética» y acaba declinando «*pelato, peluto, pelem pemputo*». A parte del término «ética», ninguno del resto de vocablos tienen pleno sentido dentro del trabalenguas y las incorporaciones de sílabas o los cambios de vocal se hacen de acuerdo con una asonancia musical y métrica vacía. Tiene gracia que se empiece precisamente por la palabra «ética», pero es arbitrario y, desde luego, en este caso, poco importante, dado que no se trata más que de un juego.

En cambio, en nuestro caso, es cardinal. En esta fase, la adhesión coherente del individuo al proyecto colectivo es determinante. Ni la red relacional ni la trayectoria de cooperación emprendida se sostienen si los individuos no ponen en marcha *una participación material en el principio ético*, a través de su práctica cotidiana.

Intentaré explicarme: no es difícil abrazar de manera abstracta un principio, por asonancia musical, humana, métrica. O por juego, por descuido, por provocación improvisada. En *RCS Periodici* nos hemos atenido a principios universales de unidad y solidaridad sindical y nos hemos consagrado a desenmascarar un sistema que nos roba nuestras mentes y nuestras palabras: no es difícil ponerse de acuerdo con un programa así, de igual modo que no es difícil repetir una cantinela que empieza con una palabra bonita. Lo difícil, en cambio, es *ser y habitar* esa palabra bonita, resistir al impacto de la cotidianidad, a las lisonjas del sistema de control, a los mecanismos de cooptación y hasta de corrupción que están del otro lado. Pues bien, hoy, que ya no tenemos y no queremos la defensa exógena y alienante de las grandes ideologías, de los grandes partidos, de los sindicatos burocratizados, hoy, sobre todo, que los procesos de individualización de la relación laboral y de *inoculación del trabajo dentro de la singularidad de cada vida* constituyen un hecho consolidado, hoy, entonces, resulta más necesaria que nunca, desde el punto de vista personal, la sustracción, el éxodo. Y esto debe suceder también en el plano individual, dado que el sistema te pide, por el contrario, la máxima adhesión y participación como individuo. Sustracción de individuos nunca individualista, que se inscribe, que quede claro, dentro de un «magma favorable» de singularidades que se conectan para comunicarse y decirse la misma necesidad, para coordinarse y apoyarse. Resulta fundamental, no obstante, que la ruptura del pacto perverso entre cognitarios y capital se produzca *también* a escala individual y que cada uno aprenda naturalmente a crearse formas autónomas de resistencia. Esto no supone quitar peso y papel al movimiento, a las unidades organizativas cooperantes; más bien significa que corresponde a las singularidades que componen la multitud cargar solas con la responsabilidad de su acción, precisamente en virtud de esa imposibilidad de reconducción al uno que constituye también la riqueza de la fase presente. Para agujerear el horizonte de cartón de Burbank Truman y empezar a decir que intelectualidad y publicidad, incorporadas al cuerpo biopolítico de la multitud, nos permiten aspirar a imaginarios distintos.

Entonces, si el primer problema es la adhesión coherente y ética de los sujetos, el segundo problema es la acción. En

un sentido trivial: traspasar las fronteras, comunicar/compartir ideas y batallas con otros sujetos. Moverse, experimentar, aventurarse por nuevas sendas. Y reflexionar, finalmente, también sobre la «participación cívica»: ¿tiene sentido seguir limitándose a hablar de la crisis de las formas de representación tradicionales, si después, en cualquier caso, siempre las dejamos todas en manos de una «entidad superior»? En la demanda de política y de contenidos y valores distintos que se ha esbozado en nuestro horizonte, aparece precisamente, en toda su magnitud, el sentido de la «posibilidad» y de la «alternativa». Que puede y quizá debe encontrar, a mi parecer, con justicia y coherencia, la manera de reivindicar una participación directa en los mecanismos de toma de decisiones que se nos imponen en el trabajo, en la vida, en el territorio.

Pues bien, precisamente en torno a estos dos puntos se han condensado los límites o las dificultades que mi/nuestro trabajo político ha encontrado hasta el momento en *Rizzoli Periodici*.[17]

En el primer caso, resulta evidente que la fragmentariedad extrema a la que se ve expuesto el trabajo hoy en día, de forma especialmente notable en el sector editorial, y la variabilidad de trato y condiciones vuelven frágil y ambiciosa la pretensión de contar en este ámbito con formas cada vez más numerosas de microrresistencia, adoptadas de manera consciente y en condiciones de vincularse entre sí. Una «resistencia» que no es fácil de conquistar, menos que nunca entre los precarios. La competencia que conllevan la fragmentación y la intermitencia en las relaciones laborales dentro del ámbito que estoy tomando en consideración presiona de hecho de manera feroz hacia el imperativo de la nueva época: un «¡sé tú mismo!» que se traduce en un «extrae de ti y pon a nuestra disposición el máximo de tus potencialidades cognitivas y humanas». De este modo, aumentan exponencialmente las neurosis entre los trabajadores cognitivos, que deben atribuirse al «agotamiento de ser uno mismo»[18] impuesto por los nuevos modelos y procesos, pese a que esto no baste todavía para asegurar a los trabajadores cognitivos una trayectoria de verdadera

---

17 *Joint-venture* entre *RCS Periodici* y el *Istituto Geografico De Agostini*, con una cartera de publicaciones periódicas especializadas en temas culturales, de viajes y tiempo libre. [*N. del E.*]

18 Cfr. F. Berardi (Bifo), *La fabbrica dell'infelicità*, cit., p. 54.

maduración y toma de distancia salvadora. ¿Cómo hacer para que el «sé tú mismo» vaya en el sentido de liberar el trabajo cognitivo y no de entregarlo al mercado? Merece la pena apostar, como se decía antes, por la ausencia, cada vez más notoria, de un nexo, de una correspondencia, entre las disposiciones del trabajador cognitario y las del capital, pero sin duda el proceso es lento y complicado.

Otro elemento de freno, que ralentiza las batallas, lo representa la dificultad de actuar y dar una salida concreta y visible a las luchas: se trata del problema central de la representación. El Grupo 116 ha valorado y desestimado una hipótesis de «entrismo» en la Federación Nacional de la Prensa Italiana, el sindicato de los periodistas. Quienes proponían esta hipótesis, la entendían como una «asunción de responsabilidades»: nosotras, en primera persona, debíamos huir del trabajo y poner nuestras capacidades a disposición de la acción política para desautorizar los equilibrios fordistas, basados en la concertación entre sindicato y patronal, y plantear las cuestiones del precariado social y de las transformaciones del trabajo cognitivo. Un modo de reapropiarnos de la esencia del *bios* depredado por la producción, de desestabilizar, de no delegar a otros soluciones que no han llegado nunca, y no por casualidad. Si no era así, ¿de qué otra manera cabía plantear la cuestión central, que ya no cabía postergar por más tiempo, de la democracia dentro de los organismos sindicales? ¿De qué otro modo se podían romper los mecanismos de concertación desarrollados con el único objetivo de legitimarse con la contraparte, sino estando dentro, imponiendo de manera concreta contenidos de signo totalmente distinto?

El hecho de que no se haya aprobado la propuesta demuestra, una vez más, también a través de esta experiencia, la marcada distancia entre los movimientos del pasado reciente italiano y el del presente. Ya no se tolera forma alguna de delegación, la práctica horizontal de democracia directa parece ser la única garantía de equidad y de correspondencia entre pensamiento y acción para quienes actúan dentro del perímetro del movimiento actual. Los grandes *Moloch* de los partidos y de los sindicatos son cajas vacías, en la mejor de las hipótesis demasiado alejadas de la vivencia real de los sujetos, en la peor, representantes de un riesgo demasiado grande de contaminarse y corromperse con el poder. Se sanciona una vez más una distancia insalvable de principios y

prácticas entre el pasado y el presente de la política, pero no se resuelve en absoluto el problema de cómo hacer para conseguir visibilidad y tener voz. Quizá, en el cuerpo mismo de las redes que estamos tejiendo, estén madurando las células de nuevas organizaciones, centradas en la ética, la relación y la democracia directa, en condiciones de actuar no sólo a escala nacional, sino local: empresa por empresa, ciudad por ciudad, universidad por universidad. También en este caso, unidades organizativas específicas pero en cooperación y en condiciones de conectarse y potenciarse. La conflictividad cambia de naturaleza: el territorio es el nuevo perímetro del enfrentamiento social. Lo pequeño y no lo grande, lo flexible, lo dúctil, lo que se conoce en profundidad, es lo que puede hacer avanzar y decir el presente.

Del complejo de Penélope

Penélope era una mujer llena de inventiva: el asunto de la tela es una idea que merece todo el respeto y se trata sólo de la más famosa entre la multitud de estrategias que puso en marcha a lo largo de veinte años para mantener a raya a una banda de procios. Penélope era una mujer protagonista por dignidad, valor y papel: así la imaginó Homero, tanto como para poner en sus manos el destino de un héroe y de un pueblo. La modernidad de Penélope estriba en la capacidad de fundir realización personal con realización pública, al ser ella al mismo tiempo una heroína para Ulises, una heroína para su pueblo y, por lo tanto, la heroína del poema. La eticidad, la tenacidad y la inteligencia son los elementos de su grandeza. Pero «la *metis*, la cualidad que induce admiración a la par que coraje en los hombres, astucia que Penélope tiene en la misma medida que Ulises y que utiliza con muchas estratagemas, constituye siempre en las mujeres, no obstante, una sabiduría estéril, fatalmente sometida al destino. El *logos*, inteligencia del pensamiento filosófico, es prerrogativa de los hombres».[19]

Su proceder por negación, su sustracción, que en este caso no es un éxodo, sino una dimisión, nos obliga a no

19 E. Cantarella, *Itaca o la FEDE in Omero*, Feltrinelli, Milán, 2004, p. 26.

amarla y, simultáneamente, a ver en ella el eterno semblante de todas nosotras.

Pero permitidme un pequeño salto atrás para resumir algunos «puntos dolorosos». El trabajo político con los cognitarios corre el riesgo de extraviarse en torno a dos nudos problemáticos: en primer lugar, si no hay una verdadera eticidad del individuo, la relación laboral individual, prototípica de la sociedad de la informatización, se sale con la suya, el sujeto resulta cooptado y, en estas circunstancias, ninguna relación está en condiciones de guiar la deriva. El segundo problema lo representa, desde luego, el ejército de precarios que realizan trabajo intelectual con los contratos más variados: pues bien, también aquí debemos empezar a imaginar un futuro en el que las condiciones impuestas por fin se rechacen y se reexpidan al remitente ¡no se debe aceptar ni considerar aceptable ninguna práctica regalada a cambio de una promesa de colaboración! La capacidad de resistencia del individuo es fundamental, también en este caso, y para apoyarla cobran una actualidad esencial las iniciativas dirigidas a *devenir y ser* una alternativa cultural, moral, humana, totalmente verosímil y antagonista con respecto a los valores que hoy se aceptan como cardinales —mercancía, dinero, estatus. Se vuelve imprescindible, entonces, esa labor de *desvelamiento de la pobreza del sueño* que se subordina a los imaginarios actuales y que representa el condumio quimérico pero nutriente de ese pan que no puede comer quien acepta hasta trabajar gratis en nombre de un sueño. Volvemos con ello a la cuestión de la renta de existencia, ante todo, que sería fundamental para permitir un horizonte recompositivo a la gran cantidad de batallas sindicales en marcha.

Dicho esto, regreso a Penélope para decir que hay un tercer problema, representado, en mi experiencia actual, sobre todo por las mujeres, porque la experiencia del Grupo 116 se ha construido a partir de mujeres. Una amiga periodista, aguda y sensible, lo ha definido como «el complejo de Penélope». Propongo mi propia interpretación al respecto. Además de la Penélope homérica y épica, tenemos una «Penélope de la tradición», figura femenina cuyo destino es ser esposa fiel, ángel del hogar en tanto que guardiana de la vida doméstica, mientras corresponde a los hombres combatir, explorar, aventurarse, conquistar y, sobre todo, superar las fronteras del conocimiento. La mujer espera y, de participar

en la historia, no es su hacedora. Pues bien, no podemos seguir sin reconocer que muchas veces ni siquiera las más emancipadas, conscientes y políticas de nosotras saben sustraerse a la atracción incontenible que continua ejerciendo entre las mujeres, periódicamente, desde Penélope en adelante, ese *no hacer la historia*, en caso de participar en ella. No creo que nos ayude seguir sosteniendo, incluso ahora, que no estamos ahí porque los hombres no nos dejan espacios adecuados o no adaptan la política a las necesidades de nuestra presencia diferente. No estamos ahí porque, en esta fase, no hacemos o hacemos poco. No quiero erigirme en juez de las demás, me incluyo de buena gana en el grupo, con mis altos y bajos, ni quiero subestimar que un serio obstáculo a la visibilidad femenina está desde luego ligado, hoy más que nunca, al problema no resuelto de la participación común, plena y realmente compartida, en la maternidad, pero tengo a mi alrededor muchos ejemplos de dispersión o de poca valorización de valiosas experiencias de mujeres debidas a una intolerable o inexplicable inacción.

No nos digamos que la política de las mujeres se construye en torno al formidable principio de la relación cuando luego nosotras mismas no estamos en condiciones de valorizar y difundir el modelo, haciéndonos cargo de él hasta el final. ¿No acaba esta ausencia por desmentir el valor de este modelo en la práctica, más allá de las declaraciones? ¿O por dejar que también este instrumento lo esgriman manos masculinas? Desde luego que no es un sentido malentendido de la propiedad o de competencia estúpida lo que me empuja a subrayar esto. Pero ¿no deberíamos ser todas nosotras quienes recordásemos ahí fuera, dentro de todos los ámbitos de movimiento, el significado y la importancia de la práctica de la relación? En cambio, el efecto del feminismo se ha dispersado, en Italia, entre los muros de los hogares, entre las amigas, en el coto de habitaciones que se han convertido, a largo plazo, en jaulas doradas donde nos hemos encerrado solas para relacionarnos entre iguales. O, lo digo con intención de provocar, ¿tal vez para controlarnos?

Y esto sucede, paradójicamente, justo en el momento en que «la política deviene mujer» y se esfuerza por trazar nuevos horizontes, también gracias a nuestros instrumentos. Paradójicamente, justo en el momento en que «el trabajo deviene mujer» y este elemento nos interpela de manera

directa y fuerte, dado que representamos una cuenca estratégica potencial para las empresas, en tanto que sujetos más disponibles a los nuevos tipos de «suministro» previstos por el presente, así como más adecuados a sus exigencias y requerimientos (capacidades comunicativo-relacionales, capacidades lingüísticas, capacidad cooperativa, complejidad en sentido lato que se adecua mejor a las exigencias de complejidad de la producción postfordista).

Estar fuera para estar juntas

Si es cierto, como de hecho lo es, que la esfera del trabajo se ha extendido ahora al tiempo de vida, es decir, si son reales la colonización de las mentes, el uso de la cooperación con fines productivos y el tiempo liberado del trabajo que se convierte también en objeto y sujeto de las nuevas formas de explotación y de acumulación, entonces nosotras debemos aspirar a hacer de esos mismos ámbitos relacionales, culturales, de intercambio sensible, de formación y autoformación, el nuevo lugar del enfrentamiento político.

La infelicidad nos atraviesa y nos hace impotentes en el momento en que precisamente nuestras actividades más delicadas y profundas, culturales, afectivas, de relación con el ambiente y con los otros, se reducen a mercancía, quedan desvalorizadas dentro de un trabajo que el sistema de control, la dictadura de la información y la formación programada quieren gris y repetitivo, totalmente desprovisto de sentido. La sustracción, el éxodo y las microrresistencias se vuelven fundamentales también, simplemente, para defendernos de toda esta infelicidad e impotencia, para hacer que el imperativo actual del sistema de producción postfordista, el «sé tú mismo» que en estos momentos no parece dejarnos escapatoria, pase de ser competencia estéril y necrósica a convertirse en revancha del *bios*.

Hacer política nunca es algo fuera de la realidad. Pero hoy más que nunca encontramos muchos ejemplos que demuestran que es imprescindible *hacer política «con» y no «por»*. La experiencia del Grupo 116 dice asimismo que tampoco se puede estar, de modo alguno, *dentro*, que se debe *estar «fuera», porque ése es el único modo de estar «juntas»*. La redefinición del

concepto mismo de *común* en la que estamos trabajando mientras tanto, partiendo de puntos distintos, de Milán o de Scanzano, se basa en un principio natural de no separación que es incompatible con la forma partido.

Por último, hagamos también que el trasvase de «contravalores positivos» que el feminismo ha realizado con respecto al movimiento deje de ser inconsciente, que se convierta en una conciencia a reivindicar. Esto significa capacidad de intercambio y de recambio de contenidos entre generaciones y ampliación de los horizontes, derribo de los muros, fuga del discurso feminista de los lugares del feminismo: si el paradigma prototípico del precario social es, hoy en día, mujer, si la reproducción se valoriza desde el punto de vista del capital, si la existencia no se modula alrededor de las necesidades y las fases de la vida, en torno a un tiempo cíclico y necesario, sino exclusivamente en torno a las exigencias y ritmos del ciclo producción-mercancía-consumo, si el *desanclaje* [*disembedding*] del tiempo postfordista no deja espacios para la socialidad, para el placer, para la relación, entonces, también una interpretación de género se hace más necesaria que nunca. Lo bioeconómico interior a la fase presente le pide a Penélope que acabe finalmente su trabajo y encuentre respuestas biopolíticas adecuadas.

CONVERSACIONES SOBRE INVESTIGACIÓN Y ACCIÓN, TEORÍA Y PRÁCTICA

7. *Entre la calle, las aulas y otros lugares.* *Una conversación acerca del saber y la investigación en/para la acción entre Madrid y Barcelona*

Ya nos conocíamos por voces amigas o a través de algún cruce en reuniones o encuentros; ya habíamos hablado, intercambiado correos electrónicos, sobre cuestiones referidas a la «investigación militante» que se abordan en el libro éste y otras más genéricas o concretas. Por ello, así que el proyecto de libro se acercaba a la realidad de los plazos y de las formas de la edición, desde la coordinación de Madrid le propusimos un texto, y desde Barcelona él se mostró, por uno y otro motivo, remolón a cualquier escritura, y más a título personal. Para salir del paso surgió la idea de una entrevista sin excesivo guión para contar oralmente una trayectoria individual pero compartida. Pero tras haber estado un par de días unas diez horas ante una maquinita de grabar, todavía hemos seguido conversando en vivo —nos hemos vuelto a ver por el tema de marras u otros interpuestos— y en vitro —mediante cruce de correos entre Madrid-Barcelona—, por lo que el texto que viene a continuación no se atiene a la simple transcripción de una charla. Por eso, llegados a este punto final de las premuras de la edición, damos la conversación empezada por inacabada, aunque esperamos, eso sí, que los puentes que se han tendido para confrontar trayectorias y presentes hayan sido eso: puentes para que se hablen experiencias con sus matices, con sus historias y geografías. Andamos, pues, todavía hablando del por aquí o por ahí de la investigación para la acción.

Pregunta. Quisiera comenzar esta entrevista por un recorrido por tu experiencia de investigación en/para la acción, sus jalones y momentos clave, situando todo ello en el contexto histórico en el que se desarrolla. En otro lugar, comentabas que tu primer contacto con la investigación-acción como herramienta de la política no es teórico, sino intuitivo, viene empujado por las exigencias de un proceso de autoorganización desde abajo: estamos en la década de 1970...

Respuesta. Mi aproximación o inmersión en ese terreno indefinido de la investigación-acción –o, si se prefiere, «investigación militante», o «investigación participante», o hasta al más reciente de «investigación activista»– viene precedida de una cierta práctica artesanal vinculada no tanto a unas preocupaciones digamos teóricas que empujan a una experimentalidad, sino a una cotidianidad laboral marcada por la conflictividad. Mi itinerario no ha seguido propiamente la ruta de aprovisionarse primero de conceptos y técnicas en unos espacios para después ponerlos en práctica o a prueba en otros, sino, y al menos en sus inicios, mi recorrido fue más bien distinto.

En aquellos años entré a trabajar en el sector terciario, captado como otra gente joven por unas dinámicas que también apuntaban aquí hacia una terciarización de la economía. Nuestros padres habían pasado por otros trabajos; a nosotros, ya escolarizados y a razón de las dinámicas económicas, nos esperaba el terciario.

La expansión rápida de la banca reclutó y juntó así a bastante gente, muy joven, en buena parte procedente de los barrios populares, lo que alteraría profundamente la composición social del sector. Pronto, aquel trabajo, al que nos vemos obligados, y por más diferente que pareciera o fuera al de nuestros padres, o al de otros sectores, nos muestra un rostro nada idílico, no deja de ser explotación y dominio y, por eso, empezamos a rebotarnos, a rebelarnos. Nos desmarcamos así de la ética del trabajo que nos han inculcado y, para tirar palante, carecemos de referentes, pues los que nos llegan no nos sirven. A nuestro aire, vamos aprendiendo y ejerciendo el «ir haciendo sin pedir ni permiso ni perdón», en la decisión de «tomar la palabra», con la pretensión de «nunca delegar en nadie». Para aquel nosotros, la mejor

manera de tomar la palabra consistía en que nadie te la prestase o impusiese, mirando, por el contrario, de ponerla nosotros a nuestra manera, sin intermediarios. En aquel ambiente, de insubordinación cotidiana, nos valemos, por ejemplo, de modalidades *sui generis* de encuesta para elaborar plataformas reivindicativas o destapar inquietudes, editábamos boletines… a todo ello llegamos de manera intuitiva, y dotados de unos instrumentales muy domésticos, nada «serios». Más tarde, algunos ya daríamos con papeles o gente que hablan de la «encuesta obrera», «equipos de bases» y cosas por el estilo, pero viendo aquellas propuestas observamos que se parecen algo a lo que hacíamos nosotros, aunque no le hubiéramos puesto esos nombres a nuestras prácticas más rudimentarias, en las que tanteábamos nuestros saberes prácticos.

Aquellas «encuestas» surgen o fluyen, pues, dentro de un entramado de prácticas, por lo que el «hacer encuesta» no era en sí mismo un objetivo. Durante aquel ciclo de luchas, los momentos fuertes de confrontación abierta se daban, normalmente, pero no exclusivamente, en torno a los convenios colectivos; éstos, por lo general, eran anuales, pero a veces también se lograba forzar revisiones sin la etiqueta de automáticas —es decir, aquellas que se realizaban sin negociación y, por tanto, no iban acompañadas de la entonces constante presión de las huelgas. Otros momentos derivaban de las represiones en la faena, fuera por sanciones, despidos, o de solidaridad con otras empresas en lucha... Para los convenios, el calentamiento de motores consistía en la elaboración de la plataforma reivindicativa; aunque el proceso concreto, ciertamente, dependía en su despliegue de las empresas o sectores. En nuestro caso, y durante algunos años, en los meses previos al convenio, nos poníamos a discutir la plataforma, la cual no consistía sólo en llegar a una simple lista de «puntos» que había que pedirles a ellos, a los de la patronal, sino que aquella dinámica también servía para recoger las quejas, mostrar nuestras carencias, nuestros deseos, de saber qué es lo que queríamos y no... Quizás, de esta manera, hacíamos nosotros, sin que nos la hicieran, lo que igual se podría denominar «encuesta». El proceso, que era largo, no se consideraba una guinda accesoria, al contrario, para algunos era primordial ser capaces de hablar, de discutir, de proponer entre todos. Pretendíamos romper con la verticalidad de las plataformas que llovían desde arriba,

ajenas a la gente, y nos proponíamos impulsar dinámicas asamblearias, horizontales, «desde, por y para la base» que se decía. Por eso, en nuestro caso, el proceso arrancaba y se basaba en los departamentos o secciones, lugares donde la gente, conociéndose, podía participar más e incluso plantear más cosas que el tanto por ciento de incremento que se solicitaba; se discutía así, y de modo descentralizado, hasta qué se preguntaba (y curiosamente, manejábamos una encuesta semiabierta, pues además del palito a tal respuesta a escoger, siempre se dejaban los espacios para otras respuestas), a continuación, los resultados se ponían en común, primero a través de reuniones y después en asambleas; tras estos pasos, cada departamento enviaba a sus delegados —simples portavoces y revocables, o rotativos— con su plataforma para que el consejo de delegados las refundiera y, con aquel material, vuelta abajo, a los departamentos, para que se siguiera la discusión hasta la aprobación de lo que fuera en una asamblea general. Desde luego, que ese proceso iba como iba, dependiendo de los departamentos, y de los años. Más allá de la empresa, y aunque la lógica era la misma, la plataforma salía como salía, pues el convenio se negociaba a nivel estatal; aunque, eso sí, había momentos, ya en la lucha, en los que llegaban a coincidir tres plataformas: la estatal, la local de Barcelona, y hasta la de empresa, con distintas «representatividades» y modalidades de «presión» en danza. En todo caso, en todo convenio había una doble lucha: la lucha directa por el convenio que iba a afectar a todos los del sector y la lucha por aquellos aspectos más directos vinculados a la propia empresa que se colaban en la movilización, por lo que las huelgas no siempre tenían calendarios, ritmos y agendas uniformes; el silbato, entonces, no funcionaba del todo.

Pregunta. ¿Y quién era ese «nosotros» que promovía la encuesta?

Respuesta. En la empresa, ámbito al que me estoy circunscribiendo, se movía gente, poca, de distintas corrientes. Y era ese personal el que dinamizaba el proceso de discusión de la plataforma, si bien cada cual tenía su *modus operandi* y sus objetivos. Había una comisión obrera, más o menos controlada por los sectores que hoy se llamarían críticos, y

vinculados, de alguna forma, a las siglas de la izquierda radical (maos y troskistas varios); en ella también había gente, claro está, de por libre o de las tendencias mayoritarias en los aparatos de aquellas CCOO (en la línea del PCE o PSUC). Sin embargo, a raíz del convenio de 1973, y ya entrado 1974 si no recuerdo mal, un grupo de gente de la que iba «por libre», y nada empapada de lecturas y células, se separa por disconformidad con aquella comisión y se montan una CAT, una Comisión Autónoma de Trabajadores. Y eso que no teníamos ni idea de lo que era la autonomía obrera en su versión teorizada, pues de ésta, como tal, apenas conocíamos nada al respecto.

En la CAT coincidía gente de distintos departamentos, su ámbito era la empresa. Pero también se montaron grupos por departamentos, con gente de la CAT y no, como el FreLiCUCO («Frente de Liberación de Cuentas Corrientes») precisamente en un departamento al que le llamábamos la mina, porque en él trabajaba bastante gente apelotonada (unos 80 o 90) y en unas condiciones no demasiado apetecibles, muy alejadas de la «idílica» situación del bancario que corría; experiencias similares se dieron en otros departamentos, aunque se pusieran o no nombres con tanto cachondeo encima. Aquello sirvió para que salieran reuniones de veintitantos, tanto para la discusión de la plataforma como por otras cuestiones más directas o próximas (como no firmar los informes de conducta que nos hacían, echar a tal jefe, boicotear las horas extras, o las comidas de empresa, imponer ritmos de huelga a la japonesa…), pero también valía para montar partidos de fútbol, costelladas (carne a la brasa), excursiones de fin de semana... No nos gustaba demasiado el trabajo, nos inscribíamos en lo que se teorizaría como rechazo del trabajo, y recreábamos a la mínima que podíamos socialidad dentro y fuera de los tiempos de trabajo.

Pregunta. Me gustaría que me comentaras qué otras experiencias había que estuvieran intentando construir pensamiento desde abajo, que probaran usos no académicos y comprometidos de procedimientos cognitivos... ¿Me podrías dibujar un mapa en este sentido del Estado español?

Respuesta. Hay una parte de la pregunta o del enunciado que me cuesta entender, o responder. Así, cuestiones como «pensamiento desde abajo», o «usos no académicos y comprometidos de procedimientos cognitivos» me parece que en aquel entonces ni podría, ni igual me interesaría responder. Mis inquietudes, o las nuestras —pues prefiero referirme al entorno en el que me movía y del que era un reflejo—, iban entonces por otros derroteros, no topaban ni se enzarzaban con esas cuestiones a las que te refieres, creo. Sin embargo, eso que planteas me parece que tiene que ver con la importancia o hegemonía que ha ido adquiriendo «lo académico», aunque sea desde su reverso calcado de lo no-académico, al menos en ciertos postulados apegados a las críticas prácticas.

Ahora, y recordando aquellos años, podría decir que, en todo caso, las prácticas de «investigación-acción» que desplegamos eran propias y estaban determinadas por unos *conocimientos situados*, se correspondían a unas inscripciones o anclajes concretos y hasta diría que nos manejábamos en ámbitos «localistas», alejados o desconectados de ese mapa de experiencias que señalas. De todas maneras, a través de la CAT, por ejemplo, algunos empezamos a encontrarnos y coordinarnos con otros colectivos similares que había en banca, y desde aquella coordinadora de grupos e individuos, con constantes altibajos en número y dinámica —más fuerte en momentos de lucha, y testimonial en otros—, también se podía coincidir esporádicamente con otras gentes inmersas en otros colectivos *por-* y no *de-* la autonomía obrera. El nexo, el encuentro, sin embargo, partía desde el lugar de implicación y no desde el grupo de adscripción o afinidad de corte «ideológico»; lo que no quita, desde luego, que esto segundo también sucediera…

Fuera como fuera, al contactar con gente, los debates y preocupaciones van más allá de lo concerniente a la empresa, las lecturas y escrituras ya son otras; en fin, aquel *conocimiento situado* inicial ya se sitúa en otra escala y con otras perspectivas. Así, me llegan o busco y «leo, discuto y difundo» las aportaciones de *Lucha y teoría*, una revista que no es que tuviera una difusión masiva pero sí que fue importante por sus contribuciones analíticas entre los ámbitos próximos a lo que se reconocía como colectivos formalizados o no *por* la autonomía obrera; también de aquel tiempo, pero más

informativa —o contrainformativa, que se diría ahora— destacaría, y a nivel estatal, *Asamblea Obrera,* e igual me dejo alguna. Más tarde, en 1977, y ya por los kioscos, llegaría *Teoría y práctica*, una revista que se nutría de las contribuciones de lo que ellos denominaban «equipos de base», y que consistían en que personas directamente vinculadas a la revista contactaban con gente o colectivos en lucha para dar cuenta y analizar conjuntamente los desenlaces, en sus variados aspectos, de las mismas. La modalidad, o la técnica, radicaba en mantener una conversación más o menos orientada; todavía no se hablaba, me parece, ni de entrevistas en profundidad, ni de grupos de discusión.

Además de *Teoría y Práctica*, otras revistas de kiosko como *Emancipación* o *Bicicleta* o hasta *El ecologista* u otras, estarían, quizás, en esa onda de construir o difundir «pensamiento desde abajo», propagar «prácticas de lucha»; también había algunas de librería, como *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, *Negaciones*, o editoriales como *Zero-Zyx*… Todo aquel papel impreso se ponía en circulación por gentes que no se presentaban como órganos de expresión expresos de alguna organización, pero que mostraban abiertamente que no eran ajenas a lo que estaba ocurriendo y que, desde esa implicación, apostaban por suministrar información y/o análisis, con unos perfiles u otros, con mayor o menor profundización, decantados o no hacia unas cuestiones u otras, pero desde toda la variedad que se quiera, todos aquellos materiales pretendían reflejar e incidir en aquel ciclo de luchas, por cierto, ya declinante a finales de la década de 1970.

Estas pinceladas, dispersas y nada hilvanadas, son fruto de mis conocimientos situados en aquel tiempo, aunque matizadas, me imagino, por el ahora desde el que hablo. No obstante, ni me atrevo, ni tampoco puedo, esbozar con un mínimo de rigor ese mapa que sugieres, quizás habría que hacerlo, sería una muestra interesante de investigación-acción.

Pregunta. El panorama, entonces, era el siguiente: había formas de autoencuesta organizadas de manera más o menos intuitiva y sobre las que no existe ninguna formulación teórica (en otros países sí que la habrá, por ejemplo en Italia en torno a los *Quaderni Rossi*, o en Francia en torno a *Socialisme ou Barbarie*, pero no es el caso del Estado español);

por otro lado, estaban las revistas, que eran más exteriores a las luchas, pero tenían, no obstante, un *feed back* activo con ellas e iban produciendo documentos sobre las mismas a partir del trabajo de «equipos de base». Tampoco en ellas se produce, en un primer momento, una formulación elaborada sobre procedimientos de construcción de teoría desde las prácticas y a la vez de puesta en funcionamiento de la teoría para la práctica.

Respuesta. A menudo parece que el tópico que incide en que este ruedo ibérico ha sido rico en prácticas críticas y en experiencias revolucionarias, pero pobre en reflexiones o aportaciones teóricas sobre las mismas parece irrefutable. Puede. No obstante, a ratos parece también que hay algo o bastante de distorsión espacio-temporal, lo próximo se aleja o se desconoce y lo lejano se acerca, se hace propio. Eso ha ocurrido a menudo, y más en ciertos ámbitos, tanto antes como ahora.

Respecto a las revistas «militantes» y su interioridad-exterioridad en relación con las luchas, pues esa relacionalidad resulta complicada de abordar. Si se consideran las revistas como otra herramienta de agitación o hasta de investigación militante habría que distinguir que al menos entonces se hacían y se difundían en distintos ámbitos, abarcando distintas escalas. La «revista» más próxima o circunscrita a espacios concretos y delimitados sería el boletín. Los boletines se hacían por gente que estaban en el lugar del que hablaban y, aspecto crucial, compartiendo las situaciones de las que se hablaban; la gente sabía quién lo hacía, quien quisiera podía escribir, aunque obviamente no todo el mundo escribía. Los boletines serían la expresión escrita de unas prácticas, de unas inquietudes, inmersa en esas mismas prácticas. Luego estaban las revistas de otro calado, que abarcaban ya a distintas empresas (y me ciño a los espacios de la producción), por lo que el espacio se dilata y aparecen las interposiciones. Con éstas también se podía alentar o recoger una participación basada en una cierta proxemia entre los emisores y el conjunto de destinatarios, pero la relación de proximidad se resiente aunque sólo sea porque los temas que se cubren, en especial los más cotidianos, se alejan de la inmediatez del lector, son más distantes y los autores, anónimos o no, ya no son tan reconocibles y accesibles. Luego estaban las revistas cuyo ámbito de cobertura salta de

escala: pueden abarcar una metrópoli, entendida como la ciudad más aledaños, puede ser estatal incluso, o con una proyección internacional como las que citas u otras como *Echanges*; todas éstas ya se ven abocadas a «una cierta desterritorialización de lo concreto», pues su campo de irradiación sitúa a quiénes llevan el proceso de escritura en lugares distintos o distanciados de los que hablan, prescindiendo de que en su lugar de ubicación estén implicados o no en procesos y realidades similares. En ellas, por más que se recojan o se cuente con las voces de los protagonistas, creo que se fuerza una re-escritura desplazada de las hablas, escrituras y lecturas de los protagonistas apegados al terreno; pongamos que, para el análisis de un conflicto «situado», los analistas pueden estar inmersos o no en él, pero ya en la lectura, a razón de los circuitos de distribución, los lectores serán otros que los propios protagonistas. La distancia inevitable que se produce por el salto de escala sólo puede amortiguarse, y no derivar en exterioridad, cuando lo común, de situaciones y posiciones, se conforma como el tentetieso de la relación, del intercambio, al igual que en el antídoto que ha de impedir las tentaciones de aterrizajes o sobrevuelos forzosos sobre territorios extraños o ajenos, y evitar las inclinaciones a convertir el «hablar de» en un «hablar por» propio de las prácticas expropiadoras, algunas hasta con la pretensión de «hablar para». Probablemente, distancia y exterioridad no acaban de ser lo mismo, aunque se asemejen, y la una favorezca a la otra; diría que la distancia se torna exterioridad cuando se provoca o se constata la separación entre dos mundos, donde pesan más las diferencias que las similitudes.

Pero aquellas revistas —como *Lucha y Teoría* y *Teoría y práctica*— yo creo que tensaron la cuerda, cada una a su manera se propusieron no transitar de la distancia a la exterioridad, aunque en sus textos tampoco afrontaron explícitamente la cuestión de hacer de la teoría y sus metodologías un campo específico y relevante de reflexión teórica. Igual es que no lo creyeron significativo u oportuno, y preferían dedicarse a sus tareas, entre otras me parece que a la formulación teórica sobre el ciclo de luchas y los procesos de (auto) emancipación, basándose en lo que se podría catalogar como empeño de realizar análisis concretos sobre situaciones reales. De todas maneras, el principio de que a las revistas más teóricas —siempre y cuando no se confunda teoría con ideología—,

no les queda más que mantener una posición de exterioridad respecto a las luchas no me acaba de convencer. Entre otros motivos, porque si de algo sirve esa constatación de las escalas es también para insinuar que es practicable una cierta transescalaridad; por ejemplo, un texto de un boletín «de base» puede ser reproducido en una revista de largo alcance, y viceversa. También no habría que descuidar que el que escribe para revistas donde «se formula teoría», no forzosamente ha de olvidarse de los boletines; de hecho, esta elección no es de obligado cumplimiento tal como ciertas biografías o testimonios han dado a conocer.

Pregunta. Entrados en la década de 1980, se importan las técnicas de Investigación-Acción e Investigación-Acción para la participación (IAP), pero el contexto ya ha cambiado y la dinámica de luchas está en franco retroceso. En ese lapso de tiempo, tú participas en algunos trabajos de ese estilo. Me gustaría también que hicieses una reflexión sobre ese periodo de tiempo y lo que entonces acontece en relación con las posibilidades de comunión entre teoría y práctica.

Respuesta. En relación con el declive del ciclo de luchas precedentes, y que se podría catalogar de derrota o cuando menos de retroceso considerable de unas críticas prácticas antagonistas y masivas, el panorama cambia bastante, son momentos de transacciones, de desencantos, de retirada o repliegue, y de «recolocaciones». A tenor de la reestructuración en marcha, soy uno de aquellos que o el trabajo nos dejó o dejamos el trabajo (el trabajo más o menos garantizado, regulado…), e iniciamos un periodo de peregrinaje en el sentido de buscarse y montarse la vida. Tras un tiempo de probaturas, llegarán las colaboraciones en algunas investigaciones..., pues había demanda, era un modo de conseguir dinero y parecía atractivo. La traducción de la transición a escala municipal conllevó la puesta en marcha de los «ayuntamientos democráticos», lo que implica, de hecho, una renovación del personal en la gestión administrativa, en el aparato estatal, y también una apertura a campos que antes no se abordaban, como el de las políticas asistenciales. Con la modernización de la máquina se abre un corto espacio de apertura, de tránsito, de indefinición, etc.; entre otros motivos,

porque la desmovilización de lo social que se auspicia todavía no se ha conseguido del todo y puede pasar factura. Todo eso consiente que proliferen investigaciones subvencionadas, pagadas por la administración, para recoger las inquietudes de lo social, y que sirvan para hacer planes de urbanismo de rostro social y cosas por el estilo; es decir, con el menor coste político.

Así es como llego a colaborar en un par de proyectos vinculados a la investigación social, en concreto, uno sobre el estado de un barrio de barracas del Poble Nou, enclavado en la zona de la posterior villa olímpica y del 22@, y el otro relacionado con el centro histórico y con los Planes de Reforma Interior de algunos sectores. El encargo procede de técnicos, que habían estado de algún modo relacionados con el ciclo de luchas precedente, próximos o directamente vinculados a las asociaciones de vecinos, y que tras la transición habían pasado a ocupar cargos, visibles o invisibles, en la administración, sobre todo, municipal, o a situarse en su órbita desde sus profesiones concretas.

En el caso del barrio de barracas, el encargo del ayuntamiento consistía en levantar acta de aquel espacio y sus habitantes. Topamos con un hábitat morfológicamente degradado, pero que si nos pusiéramos nostálgicos, y compararamos aquel lugar con las actuales críticas al no-lugar de hoy día, diríamos que aquello era un «lugar» mantenido por una comunidad, con sus déficits y demás..., pero bueno, tampoco se trata, desde luego, de acudir a ese lastre de que «todo pasado fue mejor». Nuestro propósito estriba en proceder mediante una metodología de encuesta inspirada, entre otros, en las aportaciones de *Quaderni del territorio*, que era una revista italiana que llevó la encuesta obrera al territorio; la IAP, si existía como tal, lo desconocía. Hacemos un rastreo sistemático del dato, quiénes viven, cuántos viven, su perfil, metros cuadrados de las viviendas, régimen de tenencia, etc. Al mismo tiempo, utilizamos técnicas cualitativas, que además es lo que nos pide la parte contratante: le preguntamos a la gente cómo vive, cómo quiere vivir... Obviamente, lo hacemos porque es un encargo, pero el encargo para nosotros es doble. Por un lado, el que nos hace el ayuntamiento, el patronato municipal de la vivienda, con un objetivo claro: derribar aquellas «barracas», como ellos las llamaban, pero nosotros, a partir del análisis que hacemos de

campo, vemos que, aunque puedan tener catalogación de barracas, son viviendas con problemas estructurales pero no imposibles de solucionar, y con costes no excesivos. Por otro lado, está el «encargo» que nosotros suscribimos con los vecinos... y eso implica que la investigación la hacemos con ellos, no contra ellos. Así, al terminar la investigación, el informe se lo pasamos antes a ellos y lo comentamos, después llegaría la entrega a la Administración. Además, en las alternativas que se proponen como resultado del trabajo, se plantea como primera que los vecinos no se quieren marchar, que en todo caso se quieren quedar cerca y juntos. En la propuesta al patronato se descartan los derribos, y se sugiere la rehabilitación del barrio para sus habitantes.

Por lo que se refiere al otro trabajo de encargo remunerado es sobre el centro histórico. Cuando se empieza a plantear la rehabilitación ya no como discurso, sino como intervención, me piden que colabore, pues yo había escrito alguna cosa —además de conocer la zona—, en lo que sería el apartado social de operaciones concretas sobre el centro histórico. La parte contratante en este caso tiene sumo interés en conocer qué es lo que pasa en el barrio, qué problemas hay, qué tipo de relaciones se establecen, cómo se puede gobernar aquello que parece ingobernable, si bien dicen que ese conocer a fondo las situaciones reales del barrio responde al objetivo de mejorar la vida de sus habitantes a la vez que asegurar su permanencia. Sin embargo, al poco, se aprecia que aquel encargo y otros tenían otras intenciones, iban en otra dirección: la rehabilitación se pondrá en marcha pero olvidándose de las promesas a los vecinos de frenar o erradicar la degradación social del barrio sin expulsiones, su despliegue es como una tecnología dispuesta para reconquistar unos espacios en el centro que se pretendía revalorizar. Esos usos que acaba dando la parte contratante a la investigación suponen que las dudas que mantenía sobre la aureola de «ingenuidad» que rodea a la utilidad de los trabajos de campo —que incita a que éstos se acepten sin demasiados remilgos y que se encaren incluso con entusiasmo— se confirmen del todo, lo que representa volcarme en un cuestionamiento profundo del por qué y el para qué de toda investigación, además del inevitable con quién.

Sobre qué sucede en otros lares, qué hace otra gente, tampoco sabría qué decirte, ya que mi experiencia en este tipo de trabajos de campo en lo social, por contrato o subvencionado,

se detuvo entonces. En todo caso, recordando lo que se movía y que conociera de la «investigación a contracorriente» resaltaría como fuente inspiradora *Extremadura saqueada*, un «libro de combate», de finales de la década de 1970, que según declaran los propios autores en la presentación se propone cambiar el modo de investigar al uso, y que por ello no sólo representó la implicación de un amplio equipo de base de investigación y trabajo de campo, sino que propugnaba abiertamente querer estar contra la «seriedad», la «formalidad» de «la ciencia» que recubre a los gabinetes de estudios condicionados y pagados por la parte contratante, estatal o privada. Aquel estudio, coordinado por Naredo, Mario Gaviria y Juan Serna, no sólo surgió desde abajo para rechazar la central nuclear de Valdecaballeros (de hecho, la necesidad de aquel trabajo riguroso surgió de actos masivos contra la central y, de paso, contra el expolio de Extremadura) sino que contó con el apoyo de las gentes involucradas en las movilizaciones antinucleares, en las que también participaban los componentes del equipo de investigación. La financiación del libro, y los gastos de investigación —que no contemplaban las retribuciones de los miembros del equipo— también contaron con los apoyos y bonos de la ayuda popular. En la misma onda, destacaría la contribución del EDE (Equipo de Estudios), agrupado alrededor de I. Fernández de Castro, que aporta investigaciones como la titulada «cambios en las relaciones sociales y en las formas de vida de la población trabajadora madrileña durante la crisis». De hecho, EDE —que creo que fue uno de los pilares de la ya desaparecida *Teoría y Práctica*—, a su enfoque en las investigaciones sociales que desarrolla, lo tildará genéricamente de «trabajos de campo», por más que empleen en sus informes los datos de primera mano que extraen de grupos de discusión, entrevistas en profundidad, y encuestas —tanto abiertas, como cerradas. Sí, aquí, en aquellos años, se hacían investigaciones interesantes, estudios serios o rigurosos, que sin excesiva «formulación» «teórico-metodológica» igual podrían considerarse eso que se denomina i+a (investigación-acción), pero todavía sin la p de la IAP.

A través de estos ejemplos, se podría, asimismo, aludir a cambios notorios en el devenir de ciertas investigaciones durante aquellos años, y que creo que dan cuenta precisamente de la impronta del contexto, del que es difícil sustraerse y que siempre ha de tenerse en cuenta. El libro *Extremadura*

saqueada —publicado en 1978 pero realizado con anterioridad— parte de abajo y está vinculado a un proceso de lucha; el estudio mencionado de EDE —entregado en 1985— parte de un contrato con dependencias de la Comunidad de Madrid y está ligado al adiós a las luchas obreras del ciclo precedente. Entonces, la pregunta igual sería: ¿se pueden conjugar determinadas investigaciones en/para la acción sin críticas prácticas reales? Y aunque prefiera dejar las respuestas abiertas, anotaría que, como diría la gente de *Echanges*, no se puede elegir, a no ser que se incurra en el voluntarismo, ni el cuándo, ni el dónde, ni el cómo del campo de batalla. Tampoco deja de sorprender que sea en aquel contexto de desmovilización social que la IAP empiece a despegar.

Asimismo, en aquellos años ochenta, en aquellos años largos de invierno, y más allá de lo notorio, de lo que han quedado rastros escritos de accesible consulta bibliográfica, las vías de la investigación militante no desaparecieron del todo. En Barcelona, y que yo sepa, Etcétera, como revista de correspondencia de la guerra social, no cejó como medio «para comunicar experiencias, para transmitir saberes aprendidos y resistencias vividas y habidas»; en la misma onda hubo propósitos de lanzar una, digamos, «encuesta metropolitana» para dar cuenta de los efectos de la reestructuración en la metrópoli, pero con ánimos de entrever posibles recomposiciones sociales entre los terrenos de la producción y la reproducción social, aunque quedó en sus prolegómenos. Estas apuestas, además de otras, desadvertidas o no, acabarán, de algún modo, resonando en la década de 1990. Es decir, en el desierto algo, lo que fuera, hubo. En fin, no toda la «investigación social crítica», la que hubiera, transcurría por universidades o instituciones públicas o privadas, o concertadas, pero eso es otra historia a indagar.

Pregunta. En esa misma época de tránsito, realizas también la investigación que desembocará en el libro *El centro histórico. Un lugar para el conflicto*. El objetivo, tal y como aparece explicitado en el libro, es doble: por un lado, desentrañar las estrategias del capital para la reapropiación de los barrios de Santa Catalina y el Portal Nou y, por otro, percibir las resistencias a la expulsión y el uso específico del territorio por los residentes. A este respecto, quería que me hablaras, por un lado, de la inserción de la investigación: cuál es el

contexto colectivo y político en el que se desarrolla, cómo se establecen sus objetivos, qué usos prácticos tiene. Por otro lado, leyendo el libro, me llamó la atención la nota metodológica que aparece en la introducción: en ella señalas que, en tu investigación, has descartado la encuesta, porque facilita el control de las poblaciones, y has recurrido exclusivamente, para la parte cuantitativa, a los datos que las propias instituciones públicas tienen recogidos; al mismo tiempo, apuntas que has abandonado la muestra estadística y has buscado la muestra estructural, esto es, la representatividad de las voces y no tanto el porcentaje muestral: la entrevista en profundidad aparece como la técnica privilegiada. Imagino que esta opción metodológica tiene que ver con un intento de escapar a esa doble función de las ciencias sociales de «conocer para controlar»…

Respuesta. El libro de *El Centro histórico…* no es más que un trabajo de final de carrera (una tesina) y tiene las pretensiones de una persona que en aquel momento intenta acabar una carrera, sin más. Es verdad que, al escoger ese tema para la tesina quería que mi trabajo tuviera un uso o una repercusión social, y aborda las transformaciones de esas parcelas de la ciudad intentando mostrar que tras la rehabilitación como tecnología hay una estrategia del capital para recuperar esos espacios que comporta la expulsión paulatina de sus residentes. También incido en las mutaciones de la composición social y, especialmente, en la desestructuración del vínculo social resultante de la reestructuración en marcha pero también auspiciado por cierta tolerancia, para nada *zero*, hacia los comportamientos desordenados que hacen del barrio un lugar de insostenible convivencia. Pero la investigación está hecha individualmente y con las finalidades de una tesina, aunque, eso sí, había gente que estaba al corriente de lo que estaba haciendo y con la que fui discutiendo durante todo el proceso de elaboración. En cuanto a las técnicas, además de utilizar las estadísticas y los archivos del poder, realicé entrevistas en profundidad; algunas están hechas en bares, lo que propicia que, además del entrevistado, se incorpore otra gente a la conversación.

Sobre el doble objetivo de las ciencias sociales, «conocer para controlar», valdría recordar que la estadística es la ciencia de un Estado que se dota del instrumental necesario para

sondear incesantemente lo social y, donde no llega lo cuantitativo, se procede mediante lo cualitativo, de ahí su veloz ascenso y reconocimiento. En este sentido, J. Ibáñez distinguía entre lo que él llamaba las sociologías sedentarias sedantes, y sus sofisticados aparatos de captura que adormecen a la gente, y las sociologías nómadas itinerantes, que pretendiendo escapar del poder, se proponen como dispositivos de liberación. Sin embargo, todo flujo alternativo corre un riesgo, queriendo o sin querer: el de devenir flujo complementario al poder. Además, dedicándose a labores de intendencia en aquellos territorios de lo social vetados o de difícil accesibilidad a los segmentos sedentarios de la ciencia social. Habría que estar pues precavido cuando cualquier parte contratante, la que sea, ofrece o está receptiva a interesantes trabajos de investigación en los márgenes, y no dejarse acorralar por «el síndrome madero» que atenaza a la investigación como captura y control de las fugas, o de los silencios o invisibilidades.

Pregunta. En realidad, la pregunta que lanzaba sobre la inserción y los usos de esta investigación pretendían indagar en el tránsito desde una experiencia de autoencuesta o como la queramos llamar, colectiva y desde la base —esa que hacías con muchos otros en la banca en los setenta— hacia una investigación que haces sólo, con la colaboración de una red amplia en la que estás inscrito, pero donde el uso del conocimiento que produces no es el mismo. En ese desierto que se abre con la derrota, ¿qué función tiene ese tipo de investigaciones que estás haciendo? Tú me dices que lo haces para la tesina, pero, al fin y al cabo, hay algo que, viniendo de donde vienes, te ha movido a estudiar y luego a continuar por un camino universitario de investigación y a optar por determinado tipo de investigaciones ¿qué función tienen esas investigaciones, o sólo las haces para ganarte la vida?

Respuesta. Señalaría que las dos investigaciones que he mencionado se realizan en equipo, pero responden a un encargo, por lo que predomina la relación parte contratante / parte contratada con dinero por medio: es una compraventa, sin duda. La tesina es uno de los ritos imprescindibles de la carrera universitaria. La función, o mejor el imperativo, es

laboral; otra cosa serían las intenciones que se persiguen más allá del contrato, los usos que se puedan dar a esos trabajos. Desde luego, al elegir esas problemáticas y al abordar desde una perspectiva crítica las estrategias y prácticas del capital para requisar los espacios urbanos y dominar a las gentes que lo habitan, hay esa intención de que esas contribuciones puedan ser útiles tanto para los afectados directos como para quienes de modo más general están inmersos en los terrenos de las resistencias. Pero la consecución de ese propósito rebasa o no depende del autor o de los autores, se puede probar la «devolución de la encuesta», promover la difusión y hasta la discusión del trabajo, pero no más que eso. Son, pues, trabajos que pueden valer para la acción, pero eso ya concierne a los actores sociales concretos e implicados (entre los que el «investigador» puede estar o no, como uno más).

El «camino universitario», pues, como todo camino, tiene sus piedras, tropiezos y obstáculos. De entrada, no es más que un lugar de trabajo, donde se impone la docencia, la reproducción en tono divulgativo, y mucho menos la investigación, donde residiría la producción de saber. No obstante, no deja de ser un trabajo con sus especificidades: te permite o te obliga a leer, a estar al corriente de investigaciones, y, especialmente, te mantiene en contacto con estudiantes que se muestran con su estar a modo de sismógrafo, parcial, del latido social, y entre ellos, y ese es un aspecto reconfortante, en cada curso terminan cuajando mínimas y provisionales complicidades que recuerdan que la universidad es, a pesar de todo, un espacio público, aunque acosado por la mercantilización del saber. La investigación universitaria, condicionada por políticas científicas del rasero I+D+I, y corroída por la célebre endogamia, no contempla prácticamente ese tipo de investigaciones críticas que insinúas; no obstante, si hay ánimos, inquietudes y complicidades, siempre se puede probar, aunque sin fondos, a lanzar proyectos en esa perspectiva, eso sí, en paralelo o aprovechando cualquier resquicio.

De estas tentativas, alguna que otra se ha dado y otras van dando sus primeros pasos renqueantes. Que yo conozca de primera mano, hubo talleres de análisis, grupos de discusión, que duraron su tiempo, que lograron desplegarse en el «trabajo de campo», pero, sobre todo, dieron pie a bastantes reflexiones alrededor de los avances y colapsos de las incursiones, de las cuales algunas se pasaron al papel, que, aunque

quedaron como de uso interno o para gente próxima, puede ser que hasta hayan relucido en otras aproximaciones y textos paralelos o posteriores. Y fuera del «camino universitario», obviamente, otras tentativas y proyectos se propusieron y llegaron hasta los primeros escarceos «serios» de los preliminares. Tanto en lo para-universitario, que en algún caso acabó derivando en un traslado de espacio intencionado, como en los afueras deliberados de ese recinto, las incursiones escogidas, ya en los 90, se relacionan con problemáticas o resistencias derivadas o confrontadas a la maquinaria nefasta de la ciudad o metrópoli-empresa que es Barcelona (análisis generales o específicos de la reestructuración urbana, luchas de barrios más o menos conocidas, sin-papeles, ocupaciones,…). Quizás, su «invisibilidad» declarada, como consecuencia del propósito de rehuir de protagonismos expertos o de zafarse de las miradas y lecturas de mirones, ha repercutido en que esas experiencias sean bastante desconocidas puertas afuera, aunque ello no ha evitado, quizás, que se diera un cierto *feeling*, directo o indirecto, con las críticas prácticas dispersas en los territorios metropolitanos. No sé, es una apreciación en diferido.

Pregunta. En torno a los años ochenta, se producen dos procesos concomitantes: por un lado, la derrota y la crisis ontológica y existencial absoluta que ésta supuso para muchos de los que habíais participado activamente en los procesos de lucha —muchos empezáis entonces a interrogaros qué es lo que ha pasado, qué está pasando—, por otro lado, la empresa y las instituciones públicas empiezan a recuperar gran parte de las innovaciones sociales que se habían producido en las décadas anteriores, a reapropiarse de ellas cambiándolas de signo: entre otras cosas, convierten las experimentaciones entre los terrenos del hacer y el pensar de las décadas anteriores en nueva técnicas de gobernabilidad, de producción de consenso y de sondeo y creación de mercado, fundamentalmente a través del uso de una sociología cualitativa que da sus primeros pasos… ¿Cómo (re)pensar en ese contexto un pensamiento radical desde las prácticas, cómo reinventar una investigación en y para la acción transformadora? ¿Cómo hacer para que este pensar no pase —como tú mismo decías antes— de ser alternativo a tener una función complementaria (para el poder)?

Respuesta. Me desbordan, en serio, las cuestiones que planteas. ¿Re-inventar una investigación en y para la acción transformadora? Igual el prefijo «re» de reinventar es algo forzado, pues las claves básicas del «cómo» investigar ya están más que inventadas, sólo que habría que actualizarlas (quizás ahora los vídeos son más accesibles, las grabadoras mejores, la autoedición más fácil, etc.). El problema más bien radica, me parece, en los «dóndes» y él «entre quiénes y para qué» de unas investigaciones en la acción y, además, transformadora. Se me ocurre aquello del huevo y la gallina: ¿le corresponde a la investigación, mediante formatos parecidos a la encuesta, instigar la acción?, ¿le corresponde a los actores con acciones manejarse con la investigación?

Las alusiones a lo alternativo y/o complementario estaban ceñidas al campo de las ciencias sociales, en el sentido que planteara J. Ibáñez para distinguir que en ellas hay un núcleo duro que conforma el esquema dominante, y partículas, que se agregan o no, de flujos alternativos que se exponen como críticos al esquema dominante, que se dedica a dictar y aplicar una ciencia comprometida con el poder. Entonces, y refiriéndonos a los terrenos acotados de las comunidades científicas, el reto consistiría en no dejar de interrogarse si dentro de unas prácticas definidas y delimitadas por el capitalismo científico cabe lo alternativo, e incluso, si fuera así, habría que aclarar qué papel desempeña o se le reserva. A continuación, también sería pertinente preguntarse si se puede ser alternativo sin poner en crisis el rol experto, tan supeditado como está a múltiples créditos —de reconocimiento entre los colegas y las partes contratantes, de credibilidad, y de retribuciones en dinero o en especie.

Esas cuestiones conciernen, desde luego, a los propios expertos «alternativos», pero también es un tema con tales repercusiones sociales que deberían incumbir a más gente, o cuando menos a las redes críticas. Alguien recuerda que el dilema del pensamiento mediático (como conformador de realidades sociales) no reside únicamente en los medios que lo difunden, sino también en quienes como destinatarios lo hacen propio, lo interiorizan; otro tanto me parece que sucede con el pensamiento del experto, hay gentes que lo hacen suyo, que lo reproducen incluso cuando pretenden combatirlo. A veces me ronda la impresión, y me parece preocupante, que en ciertos ámbitos de la contestación social se

tenga respecto al saber «académico» un mayor talante acrítico que el que manifiestan algunos «académicos», más críticos, por experiencia, con su función social y maneras de proceder.

Pregunta. Mi impresión es que, en los intentos de ir de la práctica a la teoría y de la teoría a la práctica atravesando acción política, enunciación e investigación, hay dos planos que a veces se presentan como coincidentes, otras se articulan y otras aparecen por separado: uno es el de la investigación sobre las formas de dominio y explotación y otro es el de la investigación del propio grupo, de la propia situación y de la situación en el contexto (lo que llamamos propiamente autoanálisis)…

Respuesta. Quizás habría que afanarse en que esos dos niveles no discurran por carriles separados, que no sean dos momentos o dos parcelas, con sus respectivos cultivadores, sino que aparecieran como tramos indisociables de un mismo proceso donde concurren los mismos protagonistas, sin bifurcaciones o divisiones técnicas amparadas en los imperativos del guión prescrito.

Deliberado o no, en cuanto se plantean esos dos planos, da la impresión que se proceda a una especie de reescritura, y entramos en consideraciones políticas, de aquel cuento que decía que el trabajador no puede ir más allá de la mera lucha en la parcela inmediata y economicista de «lo sindical», porque su prisma está absorbido por sus necesidades de subsistencia (para el caso el autoanálisis de la propia situación contextualizada), mientras que otros dotados de otros atributos, y mucho más doctos, sí que pueden superar esas limitaciones (para el caso encarar la investigación sobre las formas de dominio y explotación). Habría que evitar esas reediciones que actualizan la persistencia de vanguardias y masas, aunque las nombren de otra manera o recurran a elipsis extrañas.

En relación con el autoanálisis, entre comillas, habría que distinguir el uso común que se pueda dar a esa categoría y el sentido que se le da en los ámbitos de los sistemas expertos. Pero, puestos en el terreno que nos interesa, podríamos decir que un análisis, cuando surge de un colectivo en lucha, o se promueve desde los múltiples y comunes espacios de las resistencias, incorpora, explícita o implícitamente, el «auto»

que lo define, es un distintivo que indica la existencia de un punto de partida basado en un nosotros implicado sin mediaciones. Ese punto de arranque no implica la decisión de encerrarse en el universo restringido del nosotros promotor, pues, de hecho, el autoanálisis se dispone también, necesariamente, a un análisis de las formas de dominio y explotación, pero a partir de ese lugar determinado del nosotros que no cede o traspasa a otros el cometido de analizar a fondo las situaciones que se viven y que se quieren cambiar.

Si podemos o queremos pensar que eso que se llama el movimiento real tiene o debe tener una perspectiva de autoemancipación, en el campo del conocimiento, y ateniéndonos a ese «auto» por delante, también habría que autoemanciparse. Esa apuesta no es un desafío que se pueda declinar en singular, sino que debe ser colectivo, sólo se puede hacer socialmente. En el campo del conocimiento, habría que buscar modalidades autoemancipativas, como aquella autoinstrucción, autoformación, que se constituyó en uno de los rasgos distintivos del otrora movimiento obrero antes de que se generalizara la instrucción, la enseñanza primaria, antes de que el Estado se hiciera cargo de la educación. Entonces, relucía la figura del autodidacta que, más allá de las idolatrías, no era más que una persona con inquietudes, abocada a la lectura, a la reflexión, y con ánimo de compartir ambas. En cualquier caso, en esta cuestión de la autoemancipación, uno de los retos que tenemos es el de la reapropiación del saber en su ciclo completo, evitando especializaciones o delegaciones. El subtítulo de la revista *Teoría y práctica* era *La lucha de clases contada por sus protagonistas*, y la autoemancipación trata precisamente de eso, de construirnos nosotros mismos las herramientas para saber qué pasa en el mundo y qué *nos* pasa en el mundo.

Pregunta. Una cuestión que cambia sensiblemente, o se vuelve más central, cuando, en las sociedades de capitalismo avanzado, todos somos, por lo menos tendencialmente, expertos…

Respuesta. Cuando hablo de sistemas expertos me refiero en concreto a ese tipo de gente que hace del conocimiento el empleo de su vida, y que presta, desde diversos ángulos, labores de intendencia al poder. Los sistemas expertos

anidan en un sinfín de aparatos, uno puede ser la universidad, pero también hay circuitos no universitarios, porque hoy las universidades, y sobre todo las públicas y más en ciencias sociales, ocupan un espacio residual en la producción del saber (tormentas de ideas e informes) que requiere este mundo capitalizado. Por contra, hablar de autoemancipación nos emplaza en esa capacidad o potencia de ser «todos expertos»: descubrir que no se precisa que algunos pocos se instituyan o se reserven, o se les conceda, el rol reservado de experto, que colocándose en un plano superior somete a los otros saberes, y que, arropándose en la jerarquía al uso, acabará descalificándolos como inferiores. Por eso, más que todos somos expertos convendría subrayar que todos somos sujetos de conocimiento pleno y tenemos además unas potencialidades que debemos desarrollar, que nunca debemos dejar en manos de los otros. De lo que se trata, viendo que alrededor del saber y sus verdades se dirime también una decisiva batalla social, es de romper esa baraja marcada en la que, pongamos, el ecólogo es el experto en ecología, el ecologista es el que milita, el ingeniero agrónomo es el que sabe del campo y el campesino es el que trabaja en el campo. De romper ese juego de expropiaciones de saberes, que diría Bourdieu. El ejemplo del ecólogo vale para todos los lugares: por ejemplo, el sociólogo frente a lo social. De hecho, algún autor legó aquel juego de palabras que indicaba que sociología acaba en logía, por lo tanto, es una logia, una secta que, con sus procesos de institucionalización, pretende acabar o impedir el socialismo. Las disciplinas científicas se caracterizan precisamente por su disposición a disciplinar, a conformar discípulos; mientras que los canales de la (auto)emancipación descartan o rechazan abiertamente esos propósitos.

Pregunta. Cuando hablaba de que todos somos expertos me refería más bien a que el actual circuito integrado de producción hace que, por lo menos en los países de capitalismo avanzado, sea imposible pensar en un saber que esté absolutamente afuera: todos hemos tenido que pasar por dispositivos de modelado y segmentación de los procesos de conocimiento…

Respuesta. Desde luego que es difícil imaginar un saber que esté absolutamente o tan siquiera un poco fuera del juego social y de sus regímenes de verdad en constante

brega y con sus circularidades, da la impresión que el mito de Robinson ya se desvaneció. No obstante, será a través del modelado y segmentación de los procesos de conocimiento, que señalas, que se produzca precisamente la institucionalización del sistema de expertos como franja separada y distinguida del resto de gentes con conocimientos ordinarios: al experto se le otorga y se le reconoce un saber extraordinario, su aval es un arma cada vez más recurrente que se usa para dar credibilidad y legitimidad a cualquier cosa, y basta con constatar su creciente presencia en lo mediático precisamente en su condición de experto. Y no deja de ser sorprendente que también los denominados movimientos sociales se vuelquen en la búsqueda de ese certificado de veracidad que atesoran en exclusiva los expertos, vía asesoramiento o solicitud de contrainformes, o concediéndoles sin más el papel de portavoz.

No es pues del todo cierto que todos seamos expertos. De hecho, la entrada y permanencia en el sistema de expertos no depende, como explicaría Latour, tanto de competencias o habilidades demostradas sino del grado de disponibilidad a seguir sin rechistar el pliego de condiciones de las partes contratantes que determinan los códigos que imperan en el capitalismo científico. Frente a ello, pongamos que puede valer el «todos somos sujetos de conocimiento» (aunque no expertos), pero, en esa línea, y como señalara el antipsiquiatra Cooper en su *Gramática de la vida*, una de las primeras tareas a las que dedicarse pasa por desaprender lo aprendido o, mejor, desasirse de lo que nos han enseñado o inculcado rompiendo en consecuencia con la idolatría del experto y las claudicaciones a su rol.

Pregunta. Imagino que es esta perspectiva, que coloca en el centro de ese cruce entre investigación y prácticas por la autoemancipación la relación entre expertos y sujetos de conocimiento, la que te hace poner comillas cada vez que hablas de investigación militante…

Respuesta. Con ese entrecomillado no se trata tanto de plantear una crítica a esa denominación, como de mostrar unas intenciones, unas sensaciones. Recuperando esa trayectoria con la que hemos empezado esta entrevista, que además

de tener que ver con la investigación, con el conocimiento, también es en parte una trayectoria vital, yo diría que en aquellos momentos había sectores que hacíamos una crítica a la palabra militante, al militantismo, entendiendo por militantismo esa especie de dedicación profesional a la lucha... De ahí, entonces, la incomodidad al uso de esa palabra, aunque, depende cómo se aplique, es preferible al *boom* del activista. Un ejemplo: cuando se decía aquello de que la clase obrera va o iba al paraíso, tiempo atrás, hubo «militantes» que, para salvar a la clase obrera, decidieron congeniar con ella, lo que les llevó a contactar con ese mundo desconocido y épico, o hasta «proletarizarse» a tiempo parcial o completo, y todo ello sin ninguna necesidad material de ponerse en unos trabajos que ya bastantes obreros rechazaban (si el trabajo es salud, viva la tuberculosis). Detrás de cierta investigación militante se esconde a veces esa pretensión de desembarcar en un lugar con ánimos de iluminar a las gentes sobre cuáles son sus penurias y cómo ha de resolverlas. Y a eso, como mínimo, le pongo comillas.

Pregunta. En lugar de investigación militante, prefieres hablar de investigación en/para la acción…

Respuesta. Bueno, no sé si hablo de eso… digamos que uno elige un término u otro en función de las necesidades, los contextos y los énfasis… hablar de investigación en/para la acción tiene sentido si partimos de una asociación de la investigación a los sistemas expertos y de una división de ésta en dos grandes franjas: por un lado, estaría la investigación hegemónica, la que tiene crédito, que es la I+D+I, investigación para el desarrollo y la innovación, que pretende potenciar el crecimiento y su viabilidad, pero sin descuidarse del necesario colchón de cohesión social que, a modo de pacificación social, ha de valer para la erradicación del antagonismo, y eso tanto desde los sectores más ligados a la producción como desde los sectores más dedicados a la gobernabilidad social, los primeros más volcados en los dispositivos técnicos y los segundos en los discursos teóricos. Precisamente a la sombra de esas políticas del I+D, o como compensación de sus daños colaterales, habría surgido, en el terreno de lo social, la IAP, investigación-acción para la participación. Puede que dentro del conglomerado de los profesionales de

la IAP no impere la homogeneidad, que se elaboren trabajos aquí o en otras áreas geográficas con intenciones de generar cambios desde abajo y otros deliberadamente orientados a generar consenso. No obstante, la «P» de participación es una de las herramientas claves que permite extender y consolidar el consenso social, reconducir conflictividades, varar antagonismos…, y que por tanto se ha expandido como uno de los mecanismos primordiales de gobierno en las metrópolis avanzadas. Entonces, como contrapunto a la I+D+I y frente a los usos que se le están dando a la IAP, con el liderazgo del Estado y de los organismos paraestatales, parece pertinente borrarle a la IAP la «P» de participación y dejarla en IA, Investigación en/para la acción. Sobre todo recordando aquella distinción que establecía uno de los dinamizadores de la IAP en el Estado español entre lo que sería una participación *por invitación* y una participación *por irrupción*. Por invitación es cuando el poder te llama, te consulta, te hace de hecho sentirte vivo, ciudadano y demás, necesita que le hables, necesita que le escuches también, que te hagas corresponsable del orden urbano y estés presto a las movilizaciones crecientes que te reclaman. Y como realmente la IAP se ha quedado en la «P» por invitación, como señuelo, como engañifa, para poder utilizarla habría primero que recuperar la «P» por irrupción, como reflejo de un protagonismo social directo y sin mediadores de ningún tipo. A partir de estas consideraciones, podemos decir que la investigación que nos interesa debe servir, no para dar caza a la gente, sino para inscribirse en las «huidas» a esa caza que se palpan y viven en los procesos de lucha que se conjugan con prácticas de libertad. En esta perspectiva, sería tramposo pretender cambiar estruendosas escopetas por silenciosos cepos, donde los camuflajes que los recubren no son más que la mejor garantía de poder seguir atrapando presas…

Pregunta. ¿Y qué relación, qué permeabilidad, qué resonancias, tendría esa I+A con esa otra práctica más difusa y menos académica —que es a lo que yo llamaría más propiamente «investigación militante», que no «militantista»— de interrogación de sí y del mundo en el que estamos inscritos, de búsqueda de conceptos que nos permitan aprehender lo real y al mismo tiempo incidir en su transformación o, incluso diría, que nos permitan forzarlo, crearlo…?

Respuesta. A partir de ciertas lecturas más o menos optimistas de lo social, se alude a la idea de estar frente al despegue de un nuevo ciclo de luchas, que da lugar, por ejemplo, a la difusión de determinadas terminologías, como la de «movimiento de movimientos», entre otras. Sin embargo, quizá, y en la trastienda, uno de los desafíos más significativos que se nos plantea en las actualidades que vivimos reside en recomponer de nuevo el sentido colectivo, el sentido de reconocerse con otros como pilar de un nosotros a rehacerse, y que permita romper el narcisismo de nuestra época, que, aposentado en una atomización atroz, expande una guerra de todos contra todos a modo de guerra civil larvada. O sea, antes que nada, reconstituir el lazo, el vínculo social —un vínculo social desde luego no domeñado, no fabricado desde arriba, sino apalancado en situaciones y prácticas reales y compartidas, en las que las luchas, si adquieren una dimensión notable, no sólo son exponente sino también catalizadoras de socialidad... cara a «cambiar el mundo, sin tomar el poder». En esa perspectiva, la recomposición social es un desafío que hay que ponerse sin dejar por ello de reconocer que la pulverización social indica bien claro que, en el fondo, y al menos en estas partes del mundo, sobrevivimos de forma dispersa, recluidos en nuestros muchos yoes, y luchas haylas, movimientos quizás, pero lo de «movimiento de movimientos» seguramente es un exceso derivado de la creencia de que «la teoría» puede forzar la realidad. En fin, quizás ese reconocer la crisis de lo colectivo, de lo común, puede ser un punto de arrancada, a ras de suelo, que nos ayuda a no incurrir en disputas por el estandarte que se ha de colgar en el tejado de esa casa común todavía por construir.

En este marco, me da la impresión que el nosotros necesario de la investigación-acción no puede quedar en abstracto, ni tampoco conformarse a través de connotaciones propias de servicios al pueblo o a la multitud. Puede que hasta no hace mucho el uso del nosotros mayestático fuera más fácil (en apariencia, no había que ir a buscarlo, se encontraba, estaba, se expresaba), en cambio ahora, su hallazgo, si se prescinde de falsos atajos, está plagado de obstáculos que dificultan el camino. A veces, ante tal panorama, y para orientarse especialmente en los espacios-tiempos normales no sacudidos por la excepcionalidad de algún acontecimiento pasajero, se puede recurrir a la metáfora de la cebolla y

sus capas: de entrada, estaría un yo (el mío, el tuyo, el de cualquiera) sobrecargado de yoes, porque el individuo ya es, diría Deleuze, dividuo, está dividido y campa sin coherencia de aquí pallá; y después unos cuantos nosotros. El primero, el de los próximos que a partir de afinidades en la cotidianidad o donde sea se reconocen y encuentran; esos nosotros, que son muchos, son diminutos, minúsculos. A continuación, en un segundo orden, habría otro nosotros hecho de contactos, esporádicos o no, formalizados o no, entre algunas de esas islas de nosotros minúsculos; a ese archipiélago, para lo que nos concierne, podríamos denominarlo como área indefinida del antagonismo difuso. La tercera capa, se correspondería al Nosotros mayúsculo, como conjunto de quienes padecen dominación y explotación, aunque en distintos grados y circunstancias. Resta, si se quiere estirar más capas, la cuarta de ese cemento que llaman la sociedad. La investigación-acción parte, cuando es colectiva, y por lo general, más bien de la primera capa de los muchos nosotros minúsculos, y en ocasiones del archipiélago donde éstos concurren; unos y otros buscan, pero tampoco siempre, la co-investigación con el Nosotros mayúsculo.

La investigación-acción consistiría, entonces, y en los contextos actuales, en una travesía que arranca desde ese estamos solos o aislados de los nosotros pequeños, y que busca conocer lo que no conocemos del Nosotros mayúsculo, además de profundizar e incordiar en los nosotros nuestros en los que nos movemos. Sin embargo, en esta perspectiva habría, creo, que mostrarse reacio a cualquier pretensión de forzar o precipitar los ritmos, como a veces se intuye que pasa en según qué encuestas o investigaciones militantes, en especial cuando se intenta recrear, con pinzas teóricas, ese Nosotros que no tenemos y que queremos. Quizás, y a tenor de estas impresiones, se podría ya empezar a distinguir, más o menos nítidamente, entre la *investigación en acción*, de la que serían portadores y autores los propios protagonistas inmersos en un proceso real de confrontación social, y la *investigación para la acción*, donde quienes sean pretenden generar un proceso de agregación y agitación social.

Ante el panorama que tenemos, es preferible, no obstante, mostrarse prudente, no renunciar a la investigación militante, pero haciéndola impulsado por la inquietud de saber qué pasa, qué me pasa, de sondear a fondo, radicalmente,

qué nos pasa (entendiendo, en mi caso, ese nos pasa en relación a todas las capas, permeables, de los nosotros aludidos). En ese propósito, quizás valdría la pena atenerse a las secuencias propias de la aproximación, asumiendo que lo primero es lo primero: salir al terreno (abrirse o mejor no salirse de lo social en sus situaciones y prácticas reales) y sin ninguna pretensión de iluminar a nadie (al revés, las ganas de conocer o aprender corresponden a la parte «investigadora»), encontrarse y hablar con la gente y ver qué sucede a partir de esos encuentros, pero sin forzar los pasos que vienen a continuación. Que del proceso resulten complicidades, más o menos sólidas y no de conveniencia, que hasta éstas puedan ser catalizadores para la acción colectiva, eso, por más que se desee, está por ver; de lo contrario, sería pedir o creer mucho en las dotes de la investigación, e infravalorar demasiado la autonomía de los «investigados».

En esta óptica, luego, se trataría de reconocer que, de entrada, la investigación no la hacemos para los otros, sino que, realmente, la hacemos para nosotros, no para el nosotros al que aspiramos, sino para el nosotros que somos, en el que estamos y que queremos desbaratar. No obstante, y como nos recuerdan Grignon y Passeron en *Lo culto y lo popular* (traducido al castellano por La Piqueta), en ese viaje que se abre a partir de la investigación, hay que esquivar varias derivas: en primer lugar, por supuesto, la deriva legitimista, dirigida sin tapujos a reforzar el *status quo*; pero, también, las derivas populistas y las miserabilistas, que ensalzan todo lo que salga de abajo, que recrean el mito del buen salvaje y que después de «entender» a las víctimas, a los pobres de esta sociedad capitalizada, se prestan, desde su luminosidad, a redimirlas indicándoles el camino.

Pregunta. Precisamente, la siguiente pregunta que quería hacerte se refería al sujeto/objeto de la investigación. Quiero citarte, al hilo de esta cuestión, un fragmento de un mensaje tuyo de hace cosa de un año y que se parece mucho a lo que me acabas de decir. Decías en tu mensaje: «he incorporado una previa que consiste en "desplazar" el sujeto/objeto de la (co)investigación para incordiar antes al sujeto que investiga. O mejor: para zarandear la relacionalidad de la parte contratante y de la parte contratada, que diría la vulgata marxiana. (Ante)poniendo dicha relacionalidad, asoma

casi siempre una distancia/exterioridad que recuerda que investigar es casi siempre ir a la caza de una presa (aunque sea para redimirla vía inyección de una claridad de la que carecía antes del contacto con esa otredad iluminada del cazador-coinvestigador). No sé si eso es una vieja forma de la política que renace constantemente. Quizás "caminar preguntando" exige desprenderse del sujeto-sujetador, del cazador coinvestigador, procurando no recaer en la parálisis del mirón».

A este mismo respecto, el colectivo argentino Situaciones, frente al problema de la exterioridad del investigador, que se agudiza cuando el lazo social es débil o casi inexistente, pero también frente a una interioridad ideológica, que al final es representación/usurpación de la palabra de otros, habla de inmanencia y composición. Tú hablas de un caminar hecho de encuentros y de cruces en el que los roles del investigador y del investigado tienden a confundirse, a diluirse, y en el que hay que deshacerse de una serie de metodologías, como pueden ser la pregunta escudriñadora de la encuesta y la escucha del grupo de discusión, e inventar otras nuevas.

Respuesta. Añadiría al respecto algunas cosas que ya han sido abordadas y otras que sólo han quedado insinuadas. En la disolución de la dicotomía sujeto/objeto, creo que hay que darse cuenta que el sujeto, singular o plural, que inicia la investigación no deja de dirigirse a un objeto de estudio, aunque sepa que está poblado de sujetos sociales con sus propias hablas. Ese irrumpir donde no te han llamado no debe ser ignorado ni eludido. Por ello mismo, quien realiza la incursión no va tanto por esos otros que busca y con los que quiere contactar para, además, conseguir una co-investigación, sino, e insisto, acude por y para sí mismo, impulsado por una necesidad de preguntarse dónde está, cómo está, propiciada además por una especie de «moral de la incomodidad». Esto a veces se obvia, y se prefiere abogar por una especie de desprendimiento que recurre a entrar en el pellejo de otros, y hasta en un ponerse en él que no es real. Es como una especie de jugada, que más que a una posición se parece a una pose. Lo importante sería, entonces, no olvidar la posición de cada uno, no prescindir de ella, y no solapar los motivos de la incursión que se emprende. Ése es el único punto de partida honrado, riguroso y honesto.

Y, para la travesía, unos mínimos bártulos imprescindibles serían: no pretender suplantar al otro, estar dispuesto a mostrar continuamente las cartas, entablar conversaciones donde las posteriores transcripciones no verifiquen el dicho de que todo traductor es un traidor, estar a expensas de un proceso abierto y no prefijado, más que enseñar se trata de aprender buscando la reciprocidad, el intercambio...

A partir de estas reflexiones, me atrevería a sugerir dos cuestiones: uno de los objetivos mayores de la investigación sería compartir y dinamizar ese «todos somos sujetos de conocimiento». La otra misiva sería «no me llames iluso porque tenga una ilusión». Es decir, respecto a la producción de conceptos, a la innovación de lenguajes, a la configuración de teorías fuertes o débiles, que se podría dar a través de esas investigaciones, pero también fuera de ellas, se podría decir que late un acto de creación colectiva. El saber no sale de la nada, o del frotar una lamparita mágica, sale de muchas conversaciones, a partir de poner en común experiencias, se va amasando y puliendo entre muchos, respondiendo propiamente a las pautas sociales de la circularidad de la cultura —que dirían Castoriadis o Ginzburg, por ejemplo. Así, aunque finalmente «la teoría» sea formulada o atribuible a una persona, y detentada, o profesada o impartida por unos pocos, digamos que es fruto de un acto de creación compartido que debería ser reconocido. De todas maneras, y para aliviar las «ingenuidades» de estas consideraciones, me remitiría a la figura del heliótropo que ya hace unos años usó J. Rancière. Para él, el heliótropo, sería como un girasol, un individuo o colectivo que, estando dentro de lo colectivo, del campo social, al mismo tiempo, a veces o a ratos, se pone un pelín fuera; harto de la noche y la oscuridad de la condición proletaria quiere mirar al sol, o a la luna –sin olvidarse del dedo– ya que no se conforma con ciertos sentidos comunes de las hablas ordinarias, abocados a la resignación de «las cosas son como son», y da ese paso pero sin separarse, sin despegarse del terreno, sin elitizarse. Entonces, sintetizando, a la vez que soy partidario del carácter colectivo de la creación, reivindico la importancia de la figura del heliótropo. Pero el heliótropo sólo puede serlo estando dentro de aquel bullicio, de aquella olla a presión que es la sociedad, que diría Paul Veyne.

Pregunta. Compartiendo esa idea en la que tú insistes tanto de que la investigación es «de entrada» para ese nosotros pequeño de los más cercanos, te plantearía al respecto algún matiz o contrapunto, que tiene que ver con las condiciones del «nosotros» en la posmodernidad atomizada. Y es que, me parece, que debemos insistir en la necesidad de no caer en el onanismo, ser capaces de deconstruir las formas dominantes de percepción (especialmente del yo), de situar en todo momento el «nosotros» del grupo promotor en un contexto más amplio. En definitiva, como dice una compañera italiana, Francesca Pozzi, se trataría de «partir de sí» (como reivindicaban las feministas) pero para «no quedarse en sí». Sobre todo, para no bloquear la dimensión heurística de la investigación (que no ideológica), esa dimensión capaz de producir performativamente un común en expansión, un nosotros actual y a la vez prospectivo, con una base material pero que se abre y proyecta hacia el futuro…

Respuesta. Cuando me pongo ese aviso, esa previa de «la investigación es de entrada para nosotros», lo que pretendo bloquear es la posibilidad de que se diseñe una investigación a modo de viaje que sabemos dónde empieza y dónde termina, o dónde debe terminar. Como explicaba Jean Genet, en una de sus novelas, eso no es viaje ni es nada. La investigación debe ser un viaje, un itinerario compartido, por eso se sabe de dónde sale pero no adónde llegará. Con esto, no reivindico ni mucho menos que la investigación tenga que ser autista, de autoconsumo, pura curiosidad. Ahora bien, sin compartir las, dijéramos, «investigaciones de ombligo» o autorreferenciales, tampoco soy partidario de forzar lo contrario. Parece que el activismo social ha adquirido mayor presencia y resonancia, y que ello ha sugerido que son momentos de relanzar la investigación activista. El riesgo, sin embargo, radica en que, en la voluntad de apretar el acelerador, para lograr equis resultados, escudada en las urgencias, también presentes en los balances, se consigan o se aprecien repentinos y veloces pasos palante, que desde otra perspectiva aparecerían como pasos en falso o virtuales. Puede, no lo niego, que mi balanza particular se decante más del lado del pesimismo de la razón que del optimismo de la voluntad, aunque para dirimir esa contienda interna igual también sirve el instrumento de la investigación.

De todos modos, cuando alguien hace algo, se carga de unas necesidades e intencionalidades, obviamente. Entonces, para mí, en toda tentativa de investigación, hay una búsqueda, y entre lo que busco, además de conocer mejor la realidad, a base de análisis concretos de situaciones reales, está el ser capaces de dotarnos de una caja de herramientas, de quita y pon, para ese proceso de autoemancipación colectiva. ¿Por el camino yo me entretengo? Sin duda, y tanto como es posible, pues ya se dice que la gracia de los viajes no está ni en el antes ni en el después, ni en el inicio ni al final, sino en el durante. Pero todo ello, insisto, sin precipitarse, ya que las prisas, como se dice a menudo, son malas consejeras, y más cuando se presiente que siempre hay algunos que van muy rápido y otros que van muy lento...

El «nosotros» de los investigadores, militantes o activistas, acostumbra, por otro lado, a no recluirse en contextos de análisis achicados, localistas (en el sentido de cerrados); más bien al contrario. El problema, por lo tanto, no estriba ahí en la proyección del análisis o encuesta, sino en el logro, con los materiales que sean, de una caja de resonancia que realmente suene. No es pues, me parece, una cuestión de desiderata.

Pregunta. Un pregunta que es corta y larga a la vez. En un momento en que el lazo social está pulverizado, en el que lo social está multihojaldrado e hipersegmentado, la agregación no es algo espontáneo: las posibilidades de que un mismo grupo de gente coincida en un mismo tiempo y espacio no están ni mucho menos dadas, son más bien todo un desafío. En estas condiciones, ¿cómo dotar de consistencia y cómo resolver los problemas de sedimentación a los que se enfrenta cualquier iniciativa, no ya de investigación militante, sino de reflexión colectiva?

Respuesta. Con la consistencia y la sedimentación, si las entiendo, entramos en un terreno resbaladizo que va más allá de los contornos propios de la investigación. Pruebo. Suponiendo que se dieran muestras «reales» de un movimiento real (dónde, cuándo, de quiénes), hay quienes advierten que los momentos de lucha álgidos y masivos han adoptado el estilo yo-yo, en referencia a aquel trastito que sube y baja, o la modalidad guadiana, como el río que en según qué tramos se deja ver y que en otros transcurre por el subsuelo. Esa interpretación de los movimientos y las luchas

actuales quiere subrayar que una de las características fundamentales de los mismos reside en que a veces se muestran y a veces se repliegan, se esconden. A veces suben y a veces bajan, en potencia y desafío. Quizás, a veces, apresados por ese interés de que todo sea visible, presenciable, sólido, etc., etc., incurrimos en el error de no ver que tras la explosión del conflicto, tras su visibilización, siempre hay momentos de implosión, no de destrucción sino de repliegue, de informalidad. Entonces, si queremos hilar esta imagen del movimiento yo-yo a la pregunta por la consistencia, puede ser que una de las máximas que debería regir en la investigación sería la de no fijarnos tanto o únicamente en los grandes momentos, sino también dar nosotros consistencia a esos otros momentos menores, esas refriegas cotidianas sobre lo que es aparentemente insignificante, que son las que, de hecho, nutren la visibilización posterior. A partir de aquí, yo diría que habría que poner entre comillas, o incluso abandonar de una vez por todas, el recurso abusivo e impreciso a la espontaneidad, de las masas o de la multitud, para explicar lo que se escapa a nuestra inteligibilidad o intencionalidad. La espontaneidad nunca es del todo real, en la medida que toda acción colectiva se incuba, surge o se apoya en un sinfín de tramas informales que recorren las contiendas de lo social, que pueden pasar desapercibidas, pero que están, en estado sólido o líquido (por aquello de que todo lo sólido se desvanece en el aire). No sé, seguro que me he salido por la tangente.

Pregunta. Coincido contigo en la imagen de la investigación militante como un viaje que no hay que clausurar con «a prioris». No obstante —y ésta sería mi última pregunta— creo que cualquier investigación militante implica —implícita o explícitamente— una decisión (¿militante?, también vital), un «por aquí» que da determinada direccionalidad al viaje, un lugar hacia dónde caminar y preguntar. ¿Cómo se constituye ese «por aquí»?

Respuesta. El «por aquí» ese además de constituirse, por decidirse, como resultado de una elección premeditada, está expuesto a circunstancias, a contextos, a espesores espacio-temporales. Tiene bastante de incertidumbre, de azaroso, y está delimitado inclusive por posibilidades. ¿El investigador cazado, apresado?

En ese abanico, lo deseable es que fueran factibles investigaciones en la acción –al estilo del autoanálisis no autoreferencial mencionado. Ojalá, pero esa posibilidad depende de una practicabilidad que es más que deseo y voluntad, y que tiene un marcapasos que no se debe menospreciar.

Al acecho de esas investigaciones en la acción, resta proponerse algún tipo de investigación para la acción. En este apartado de la «investigación militante», sin embargo, no se debería maniobrar únicamente alrededor del hacer encuesta metropolitana encarada como co-investigación (donde los acentos de unos, los investigadores, y de otros, los investigados, no acaban de con-fundirse), también se puede proceder mediante «análisis concretos de situaciones reales» no tan inclinados a la encuesta, al trabajo de campo.

Otra cuestión del «por aquí», diferente al procedimiento, estriba en la focalización de la atención, pues ya que no se puede (ni debe) estar en todas, se precisa una economía de la atención que dirima por dónde «caminar preguntando» y preguntándose. E igual una opción reside en plantearse incursiones o inmersiones, nunca excursiones, en lo que Anselmo Lorenzo denominaría el mar de fuego subterráneo de lo social, en el que los descontentos, malestares, socialidades, iniciativas, no se dejan ver, o no se entienden, desde el exterior. Por esa senda de la incursión, el «por aquí», y como diría Michelle Perrot, estaría al acecho de la coyuntura, aunque por ello se tuvieran que colocar en un segundo plano los apremios de la presencialización o visibilización a toda costa que sobredeterminan, creo, al hiperactivismo.

El «por aquí», en definitiva, lo marcan los procesos colectivos, pende del cruce o de los encuentros de los «nosotros» a los que hacía referencia. El «por aquí» sería el resultado de necesidades, aspiraciones puestas en común, a partir de las cuales se decide hacia dónde se cree que se puede o merece la pena ir; si bien, lo colectivo, en su presencia activa, aunque demasiado a menudo subterránea, marca las trazas a expensas del azar y de la posibilidad. El «por aquí» tiene que ver, entonces, con un intento de recorrer los itinerarios prácticos, visibles u ocultos, de lo que se denominaría el movimiento real, siempre expuestos al azar vivo de lo común.

Barcelona-Madrid,
entre septiembre del 2003 y junio del 2004.

8. *Errancias*

Colectivo Sin Ticket
[Bruselas]

«Nous continuons à errer. Entre ces errances –et au milieu d'elles–, voici, tout à coup, une échappée. Ou une éclaircie».
J.Cage[1]

Introducción

El *Colectivo Sin Ticket* nace en Bruselas y en Lieja en octubre de 1998, en plena efervescencia del movimiento de parados en Francia y de las okupaciones de Centros Sociales en Italia y en España y, de hecho, ligado en Lieja a un Colectivo de Parados y en Bruselas a un Centro Social Autogestionado. En sus años de existencia, el CST ha sido enunciador de un discurso en pro del transporte gratuito para tod@s. Un discurso articulado en torno a una doble perspectiva: el salario social (el transporte gratuito como forma de salario social garantizado colectivo[2]) y las tres ecologías (social, mental y de medio ambiente) tal y como las entiende Félix Guattari.[3] Si bien las intervenciones del CST en relación con la cuestión de la movilidad han ido cobrando diferentes formas (desarrollo de argumentos y de saberes menores —«contra-expertos»— a favor de

1 «Seguimos errando. Entre esas errancias —y en medio de ellas—, he aquí, de repente, una escapada. O una escampada»

2 Véase Colectivo Sin Ticket, «Derecho al transporte y renta de ciudadania», *Contrapoder,* num. 7, primavera 2003, Madrid.

3 Felix Guattari, *Las tres ecologías*, Pre-Textos, Valencia, 1996.

la gratuidad,[4] realización de programas radiofónicos alrededor de la cuestión de la ecología política,[5] participación en diferentes debates, operaciones *Free-Zone*, asambleas de usuarios,...), una de sus especificidades ha consistido en la utilización y difusión de una *Tarjeta de Derecho al Transporte Gratuito*. Ésta, presentada en lugar del billete convencional, servía de «interfaz» entre el usuario y el revisor/conductor, permitiendo suscitar una eventual relación de cooperación entre los trabajadores de las sociedades de transportes y también afirmar una posición de usuario en ruptura con la lógica especular «cliente o defraudador».

Acto de desobediencia civil que llamaba a la afirmación de nuevos derechos, la utilización de la tarjeta nos arrojó a un largo y fastidioso periplo judicial, acusados de fraude al erario público. Una ocasión para nosotros de dar a conocer nuestro proyecto, pero también de poner en juego, en la práctica, la hipótesis que acompañaba nuestra aventura: la de la jurisprudencia. «Hacer jurisprudencia» significaba aprovechar la ocasión de un juicio para hacer balbucear los prejuicios, las lógicas establecidas, mortíferas, rutinarias. Suscitar la oportunidad de una desviación en el acto de juzgar: poner en suspenso la aplicación mecánica de las leyes, cuestionando el sentido y la actualidad de éstas. Es decir, introducir un poco de afuera en la autorreferencialidad de la institución judicial, oxigenarla un poco. Pero, claro, esta hipótesis no tenía en cuenta la prodigiosa impotencia que reina en los juzgados.[6]

Cualquier experiencia es singular y cualquier texto tiene fecha. Las páginas que siguen no son una excepción a la

---

4 Véase Collectif Sans Ticket, *Le livre-accès*, Du Cerisier, Bruselas, noviembre 2001.

5 Para mas información véase el sitio web del Colectivo Sin Ticket: www.collectifs.net/cst.

6 En el juicio iniciado a raíz de las denuncias interpuestas por la SNCB, 15 personas fueron condenadas con multas, cuyo total asciende a más de 13.000 euros. Otras 16 personas están acusadas y esperan un juicio por «asociación ilícita» que en principio se celebrará en el mes de noviembre del 2004. Tras las «Operaciones Free-Zone» (véase explicación más abajo), esta vez es la STIB quien ha interpuesto la denuncia. La STIB reclama multas por valor de 35.000 euros por viajar sin título de transporte, pegar carteles y causar daños y perjuicios...

regla. Han sido redactadas a partir de una entrevista realizada el 3 de noviembre del 2003, dos días después de la autodisolución del CST y después de seis meses de un trabajo de evaluación y clausura tan apasionante como arriesgado, en el que hemos dado rienda suelta al sin-sentido y al cinismo como arrecifes despiadados. Seis meses durante los cuales hemos suspendido todo tipo de actividad, parando en seco una máquina que empezaba a mostrar serios signos de cansancio. Poner las manos en el motor, desmontar los mecanismos, intentar comprender cómo funcionan, donde fallan, chirrían o crujen. Poner todo sobre la mesa, volver a leer y analizar una historia de cinco años. No por el puro placer de la historia por la historia, sino con vistas a convertir esta ocasión en los primeros pasos de un proceso de producción de saberes sobre los procesos colectivos. Tal será nuestra modesta contribución a esta publicación, conscientes ahora, en el momento de cierre, de su carácter controvertido y de que merece ser reconsiderada.

Bruselas, mayo 2004

El cierre del Centro Social: cuestionamiento de nuestra práctica

> *Lanzamos una apuesta, colectiva e individualmente, de que es posible construir la libertad, la autonomía, la solidaridad en acto, aquí y ahora. De que es posible abrir otro devenir desde esta situación, intentando volver a anudar los diferentes conjuntos de la producción humana (lo cultural, lo social, lo político...) y la pluralidad de la vida (las actividades, el ocio, la creación, los encuentros, la militancia,...). Ese «lugar de lo posible» lo llamamos Centro Social.*[7]

---

7 Extracto de *Paroles Nomades*, num. 0, Bruselas, abril de 1998. Este folleto se difundió en la inauguración del Centro Social Okupado del Colectivo Sin Nombre/Cien Nombres en abril de 1998. La okupación del edificio por una treintena de personas durará 6 meses, hasta agosto de 1998, momento del desalojo. El CSN entrará después en otro edificio, con un contrato de ocupación precario, que concluirá de forma voluntaria en junio de 1999.

Podríamos decir que, para nosotros, la idea de Investigación -Acción está ligada al cierre del centro social. Y al cuestionamiento que hicimos del tipo de trabajo que estábamos desarrollando en ese marco, del tipo de comunidad que se construía y del tipo de intervención que se generaba allí. En ese momento, organizamos lo que llamamos una semana de acción social. Los tres primeros días consistían en un encuentro que tenía el objetivo de cuestionar nuestra práctica, de volver a pensar la experiencia del Centro Social y el intento que éste había supuesto de reformular o, mejor dicho, de recrear una nueva forma de intervención política en el espacio público, reuniendo resistencia y existencia y reconstituyendo sujetos de enunciación a la vez que se desarrollaba una cierta potencia de acción, de intervención y de creación... Todo esto se cuestionó desde diferentes planos, entre ellos el de cómo un proyecto de este tipo, un Centro Social Autogestionado, se relaciona con el territorio en el que se inscribe desde una voz que, si bien libera fuerza y alegría, y seguramente va a la par de un momento de afirmación, resulta al mismo tiempo muy pretenciosa. Y cuando decimos esto no estamos haciendo un juicio moral genérico. Sin duda, un Centro Social es una experiencia que permite crear, abrir nuevas posibilidades y encuentros, nuevos imaginarios, generar formas de expresión que antes no existían... pero también hay que ver las actitudes y modos que se daban en esa experiencia, los tipos de temporalidades que se manejaban: en este sentido, nos dimos cuenta que existía una cierta violencia, una forma de actuar que también imposibilitaba ciertos encuentros —animaba algunos, pero también, con bastante rapidez, jodía muchos otros.

La «hipótesis fuerte» (subrayamos las comillas) que teníamos cuando se abrió el Centro Social era la de trabajar en la idea del «aquí y ahora». Dejar de estar encerrados en una relación con la complejidad del mundo representada de tal forma que cerraba toda posibilidad de acción, para poder preguntarse en cada situación por dónde se está astillando la mesa, por dónde es posible tirar para, eventualmente, arrancar toda la superficie. Esta idea permitía pensar que, en un momento dado, a pesar de que todo es muy complicado y el poder es muy fuerte, sí que es posible actuar sobre ese lugar en concreto en el que la mesa se astilla. Y *¡pum!*, con esta idea se puso en marcha la máquina. Pero vimos que el «aquí y ahora» también inducía una autorreferencialidad muy fuerte

en el acto en sí, que, entre lo que liberaba y la energía que comía, dejaba una especie de vacío. Lo que cuestionábamos era: ¿qué pasa *entre* esos «aquí y ahora» que ocurren en diferentes momentos en los diferentes colectivos? Por ejemplo, con el Colectivo contra las Expulsiones, ¿qué pasaba *entre* las intervenciones frente a los centros de internamiento o frente a la oficina de extranjería? ¿Qué pasaba entre esos momentos fuertes? Constatamos que la vida de un colectivo político estaba hecha de constantes picos y depresiones, de subidones y bajones, pero que, entre un momento y otro, no sabíamos lo que estaba pasando... Después de haber intervenido en diferentes situaciones sin molestarnos demasiado en conocer lo que las formaba, con un discurso tipo «aquí hay una situación de injusticia, nos lanzamos y denunciamos», la Investigación Participante era para nosotros un intento de pensar en qué contexto se enmarcaban las situaciones que queríamos cuestionar, de localizar las contradicciones internas que las constituían...

Para nosotros, la idea de Investigación Participante era un intento de ir más allá, de superar la figura del militante-activista e intentar, poco a poco, construir una mirada que estuviera un poco más atenta al relieve de la situación, a los envites y a las tensiones que inervan una situación. Es decir, dejamos de lanzarnos en plancha sobre las cosas e intentamos tener una mejor percepción de lo que sucedía en ellas. La hipótesis era que según avanzase el trabajo, se iban a desprender palabras y, a través de ellas, nuevos encuentros y nuevas formas de cooperación posibles. Concretamente, y en relación con el uso de la Tarjeta de Derecho al Transporte Gratuito y de la relación que ésta implicaba entre el usuario y el revisor, buscábamos una forma de desactivación de la figura del revisor como el uniformado agente de la represión, para poder pensar que, en su situación, podía haber algo que vacilaba, algo frágil que tenía que ver con una interrogación... A la hora de entrar en contacto con él, en lugar de caricaturizar, de pensar «es un fascista, un representante de la represión», pasamos a «colocarnos en una posición de *coming-out*», como la de quien sale del armario, es decir, asumimos nuestra posición de defraudadores, para ver cómo la percibe el revisor y, a partir de ahí, intentamos desactivar esa percepción, a la vez que investigamos las posibilidades reales que tiene en su trabajo, hasta qué punto se puede permitir otro tipo de relación con su función y con la gente con la que se encuentra...

Militante Tradicional *versus* Militante Investigador

> *La investigación no se reduce a escribir textos, sino que sirve para desarrollar un trabajo creativo que vaya mas allá de nuestro activismo y de nuestras urgencias cotidianas.*[8]
>
> *La manera de pensar e intervenir en la esfera publica no sólo debe ser repensada, sino abordada de nuevo de un modo distinto. Se trata de una cuestión básica para el compromiso y la implicación. Nuestro planteamiento puede ser un soporte práctico a esa reflexión. Un devenir de militantes investigadores.*[9]

Puede que no sepamos exactamente lo que es un militante investigador. Lo que está claro es que esta figura aparece en nuestras cabezas en un momento concreto y que responde a un cuestionamiento del tipo de militantes que éramos antes... Ese antes se puede definir, enmarcado en la experiencia del Centro Social, como esa especie de activismo desenfrenado en que se salta constantemente de una cosa a otra... Lo que calificamos como militante de los saltitos de pulga, aquel que anda corriendo de un lado a otro y que, sobre todo, no cuestiona, no se plantea lo que está ocurriendo entre los momentos fuertes de intervención en el espacio público, entre un momento y otro... Para nosotros, la figura del militante investigador se crea a partir de un intento de romper con esa forma de hacer las cosas que empezaba a mostrar sus límites, a cansarnos, y que ya no nos interesaba mucho...

En el mismo momento, ocurrían cosas que tenían que ver entre sí. Por un lado, la experiencia del Centro Social estaba llegando a su fin; por otro, estábamos intentando repensar el trabajo del Colectivo Sin Ticket y, paralelamente, siguiendo una misma lógica, empezamos a organizar lo que llamábamos «*autoformaciones*». Con ellas, al menos en un primer momento, se trataba de comprender un poco mejor el sistema-mundo capitalista, los cambios que se estaban y se están produciendo, de dotarse de los medios para entender mejor las situaciones en las que estábamos interviniendo.

---

8 Notas sintéticas de las discusiones mantenidas durante la Semana de Acción Social, Bruselas, 26 de junio de 1999.

9 Nota interna del 30 de septiembre de 1999.

En ese momento, una de las interpretaciones que hicimos del fracaso de la experiencia del centro social pasaba por atribuirlo a una falta de coherencia teórica. No era la única interpretación, pero era una de las que utilizamos para explicar el fin del centro social. Con la distancia, ya no te la crees mucho, pero así lo pensamos entonces. Y adoptar la figura del militante investigador casaba con aquello, coincidía con todos esos cuestionamientos. Éramos militantes y nos interesaba la investigación y la formación teórica... en nuestros textos el discurso era: «Hay que volver a pensar el marco y, de esta forma, estaremos un poco mejor armados para luchar». La figura del militante investigador respondió también a un deseo de descansar un poco, de respirar: estábamos agotados de ir de un lado a otro y queríamos leer, formarnos, invitar a gente que nos interesaba para charlar, todo muy despacio.

Todo esto da mucho que pensar sobre el estado anímico en el que estábamos en aquel momento. Podría suceder que, en el momento en el que nos sintamos reconstituidos, con ganas de pelearnos otra vez, recuperemos la figura del activista, por ejemplo... Hubo también un tiempo en el que consideramos oportuno retomar la figura del usuario... Todos estos calificativos tienen mucho que ver con los estados anímicos de cada fase. Y es cierto que, después de la experiencia del Centro Social, estábamos encantados de trabajar tranquilamente, de leer, de ir a París a hablar con gente, de conocer a otra gente, de nutrirnos intelectualmente, necesitábamos todo eso...

Investigación Participante sobre la SNCB y Tarjeta de Derecho al Transporte Gratuito

En septiembre del 1999, empezamos una Investigación Participante sobre la SNCB.[10] Estábamos en el curso 1999-2000 y, dándole vueltas al uso de la Tarjeta de Derecho al Transporte Gratuito, pensamos: ahí se produce una relación *in situ* entre nosotros y los revisores, pero tras la figura del revisor se esconde una estructura, un tipo de organización

---

10 Equivalente en Bélgica de la RENFE.

—vayamos a ver la otra cara de la moneda. La Investigación Participante se planteó a partir de esta idea. Pensamos que teníamos que ir más allá, superar esa simple relación en situación entre el usuario de la Tarjeta y el revisor para poder crear nuevas situaciones. Nuestro discurso en ese momento apuntaba a convocar asambleas reuniendo trabajadores, ferroviarios y usuarios, para repensar el espacio público de forma autónoma, confiando en las facultades de la gente para retomar el espacio público desde un específico punto de partida, el de los transportes públicos.

Podemos decir que nuestra Investigación Participante quizá no entre en el marco o en la línea de una cierta metodología o intervención característica de la Investigación Participante «clásica». La terminología revela más bien lo que estábamos buscando que lo que estábamos haciendo. En nuestros acercamientos a la SNCB, nos habíamos dado cuenta que esa inmensa maquinaria de 40.000 trabajadores no podía ser un grupo monolítico. Ya teníamos contactos con los revisores durante nuestros desplazamientos en tren a través de la utilización de la Tarjeta que, en ocasiones, daban lugar a discusiones e intercambios de saberes entre, por un lado, nuestras situaciones precarias o, de manera amplia, la «periferia del trabajo asalariado», como la llamaríamos más tarde, y, por otro, su situación de trabajo, su posición en un marco más global. Es importante saber que la SNCB es una empresa pública atravesada de manera cada vez más clara por un pensamiento y un entorno que se dirige hacia la privatización, como está ocurriendo en general con los equipamientos colectivos en toda Europa. De modo que nuestra idea era ir a ver qué había detrás de esa fachada, aunque lo cierto es que esto lo hicimos de una forma un tanto peculiar. En aquel momento, la SNCB empezaba a tener conocimiento de la existencia del Colectivo Sin Ticket y la idea no le gustaba un pelo, o sea que difícilmente podíamos dirigirnos a ellos en nombre del CST, preguntando sobre el tipo de régimen que se estaba implantando dentro del marco de las nuevas directivas europeas, o sobre el re-despliegue de nuevos mecanismos de gobernabilidad, o sobre *management*... en suma, sobre lo que estaba ocurriendo allí dentro. Así que fuimos enmascarados, presentándonos con nombres falsos, como estudiantes de sociología y psicología. Esta táctica nos permitió hablar con gente de todos los sectores y capas de la

estructura, como, por ejemplo, los médicos de la empresa, a quienes preguntamos sobre el absentismo... Gracias a ello, generamos ciertos saberes colectivos, que más tarde nos ayudarían a saber a quién teníamos enfrente en los momentos de conflicto o qué tipo de relaciones de poder se manejaban dentro de esta sociedad en proceso de reestructuración...

Lo que constatamos fue, simplemente, la dimensión híbrida de una empresa que todavía se inscribe en un marco jurídico característico del servicio público, que funciona gracias al dinero público, pero que experimenta un cambio hacia una nueva cultura que podríamos conceptualizar como «nuevo espíritu del capitalismo».[11] Nos encontramos con una doble cultura. Por una parte, una cultura aplastada, la de la historia de los ferroviarios, que tenía sus raíces en el orgullo de oficio y en las numerosas luchas que habían marcado la trayectoria de la empresa. Se trataba de una cultura cada vez más machacada y ahogada, sobre todo ahora que ya no contaba con un afuera. Ese afuera lo representaba antes la Unión Soviética, o un partido comunista, o algún tipo de estructura política e ideológica que aportaba un marco más amplio a un trabajo sindical que pretendía ser combativo. Ahora todo esto se había perdido. Por otra parte, se señalaba una cultura nueva, corporativa, que se estaba superponiendo a la otra dimensión de ese aparato, con su burocracia, sus lentitudes... Y todo esto se mezclaba en la SNCB. En las entrevistas, lo que nos interesaba era todo ese bagaje que tenía la gente inscrita en esta situación híbrida.

Estábamos encerrados en un molde militante con una perspectiva todavía muy ideológica. El postulado implícito era que el saber es transformador en sí mismo y que basta con sacarlo a la luz para crear nuevos agenciamientos. Empezamos a hablar con gente, buscamos y rebuscamos informaciones aquí y allá, denominando a todo este trabajo «Investigación Participante». En septiembre, planificamos el trabajo: hacia febrero deberíamos haber hablado con personas de diferentes ámbitos de la SNCB y haberles devuelto un primer informe. A continuación, esas personas nos mandarían comentarios e informaciones sobre lo que habíamos escrito y

---

11 Luc Boltanski y Ève Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Ediciones Akal, Madrid, 2002.

podríamos volver a quedar con ellas con una nueva perspectiva. A partir de ahí, podríamos crear aquello a lo que aspirábamos desde hace dos años: Asambleas de Usuarios y de Trabajadores que, a su vez, podrían, de una forma autogestionada clásica, tomar las riendas de aquel follón. Esto es lo que nos planteamos en un principio, y nos lo creímos lo suficiente como para meternos en faena llenos de coraje... En la práctica, nos fuimos encontrando por el camino con personas que venían de otra cultura, que tenían su propia forma de ver las cosas y que, al fin y al cabo, eran como eran, y no exactamente tal y como deseábamos que fueran —eran como eran y nos decepcionaron un poco. Con el tiempo, nos cansamos: ir a hablar con gente con una identidad falsa, teniendo que actuar, etc., era un trabajo arduo...

Realmente, no hicimos gran cosa con este informe, se caía por su propio peso, sometido a la metodología de la Investigación Participante, a sus procesos lentos, con sus etapas y fases... Y nos prohibimos utilizarlo como arma política. El informe tenía partes interesantes, podríamos haberlo difundido ampliamente, haberlo lanzado a la arena pública, haber dado una rueda de prensa, haberlo transmitido a mucha gente, contándoles lo que estaba ocurriendo en ese servicio público, que tiraba de empresas de *consulting*, etc. Pero nos prohibimos utilizarlo como arma política, porque la Investigación Participante se plantea como un proceso, tiene su metodología, que no cuestionamos en ningún momento. Nos vimos un poco atrapados. Sólo cuatro años después, fuimos capaces de verlo desde este punto de vista. El caso es que la Investigación Participante sobre la SNCB acabó ahí, con este informe. Aprendimos mucho, pero el objetivo mismo de la Investigación Participante desapareció en el propio procedimiento.

Mandamos el informe principalmente a la gente de nuestra propia red y, en una versión más ligera, a algunas personas de la SNCB con quienes habíamos hablado, con la esperanza de recibir algún tipo de *feed back*, pero éste nunca llegó. Seguimos un tiempo los encuentros con gentes de la empresa, más o menos hasta el mes de junio, pero se estaba instalando una especie de cansancio, y lo que estaba ocurriendo durante nuestros encuentros con los revisores en los trenes ya no era muy excitante. Así se acabó la cosa.

Ciclo de autoformación

Empezamos con el ciclo de autoformación después del cierre del Centro Social. Si fue posible plantear la Investigación Participante de la SNCB como un intento de entender un poco lo que estaba pasando ahí dentro fue gracias a que, después del cierre, volvimos a disponer de tiempo para meternos en nuevas lecturas o recuperar el hábito mismo de leer... Las «formaciones» vinieron justo tras el primer informe. Unas semanas después de realizar ese informe, que denominamos entonces como «primer informe», empezó un ciclo de autoformación sobre las transformaciones actuales en la economía-mundo capitalista. Una de las funciones de las «formaciones» era juntarnos, hablar, entender un poco más nuestras lecturas, poder tener encuentros con algunos de los autores que habíamos leído.[12] Pero con las «formaciones» buscábamos también otras cosas, como, por ejemplo, volver a juntar la red de gentes que se había constituido en torno al Centro Social. En la Investigación Participante en la SNCB estábamos implicados directamente sólo tres personas como promotores del asunto. El cierre del Centro Social había supuesto la pérdida de un espacio colectivo. El Colectivo Sin Ticket, por su parte, había conseguido un pequeño local alquilado, que pronto se convirtió en una estructura bastante estable, un espacio identificable físicamente, que era al mismo tiempo nuestro espacio de trabajo cotidiano. Estábamos en nuestro local todos los días, trabajábamos allí... Pero queríamos seguir teniendo encuentros con la gente con la que habíamos compartido la experiencia del Centro Social, seguir pensando juntos con la idea de seguir creando una especie de lenguaje común... Cuando se cerró el Centro Social, existía una suerte de promesa tácita. Consistía en que si seguíamos teniendo algo que ver entre nosotros y conservábamos la idea de abrir espacios colectivos, de experimentar, nos volveríamos a juntar para hacerlo. Pero esas promesas no se cumplen por arte de magia, así que las «formaciones» se convirtieron también en una ocasión para convocar a nuestros compañeros. Las «formaciones» servían

12 Para el primer encuentro-formación, invitamos a Maurizio Lazzarato y a Yann Moulier-Boutang, de la revista parisina Multitudes: http://multitudes.samizdat.net.

asimismo para conocer a personas no tan cercanas, como ocurría antes en el Centro Social, durante las fiestas o los debates que organizábamos, aunque de forma mucho más puntual y más modesta. En suma, las «formaciones» nos permitían establecer una comunicación con otros ámbitos, respirar un poco, oxigenarnos, nutrirnos y, a la vez, seguir alimentando la red de la que procedíamos.

Cambio de andén: la Investigación-Acción, el GRA y otros dispositivos inconexos.

Aunque, como ya hemos explicado anteriormente, el proyecto de Investigación Participante sobre la SNCB no produjo los efectos deseados, la idea de una Investigación Participante seguía dando vueltas en nuestras cabezas. Llevábamos casi dos años interviniendo en la red nacional de transporte, y el *Groupe de Recherche Action* o GRA [Grupo de Investigación-Acción] y otros dispositivos inconexos (las *Free Zone*, las Asambleas de Usuarios...), llegan en un momento de cambio. Hasta ese momento, habíamos trabajado en esa inmensa red de transportes que se extiende por todo el territorio belga. Pero, con el tiempo, empezamos a ser conscientes de que teníamos bastante dificultades para cristalizar otros puntos de trabajo *sin ticket* más allá de los ya existentes en Bruselas y en Lieja, y que nuestra capacidad de actuar a esa escala era bastante reducida. Estas reflexiones coincidieron con la llegada de las primeras citaciones a juicio, acusados de fraude... Visto el giro que estaba tomando la historia y vista nuestra poca capacidad de actuación, tomamos la decisión de replegarnos o, mejor dicho, de poner en marcha un cambio de estrategia, que consistía en empezar a trabajar en las redes de transporte metropolitano. El tren lo utilizábamos como máximo una vez a la semana, a veces incluso menos, fundamentalmente para asistir a nuestras reuniones con el CST de Lieja y, aunque esto no significara que el problema del transporte no estuviera también presente en la red ferroviaria, lo cierto es que se alejaba un poco de nuestra cotidianidad.

Con todo, nuestras múltiples y diversas intervenciones habían empezado a dar resultados: los problemas de acceso y el proyecto de gratuidad de transportes eran temas cada vez

menos tabú. Tanto es así que el Ministerio de Transportes de la región valona llegó a proponernos, no sin dificultades, llevar una investigación sobre ese tema.[13] Por otro lado, en respuesta al anuncio de los primeros juicios contra nosotros, previstos para octubre de 2000, habíamos decidido organizar una *Street Party* en las calles de Bruselas el 22 de septiembre de 2000 (día europeo de la movilidad). Este proyecto fue otra ocasión para volver a movilizar la red del Colectivo Sin Nombre y establecer nuevos contactos.[14] El proyecto de Investigación-Acción apareció, entonces, en este contexto, como resultado de un trabajo que empezamos en octubre del año 2000, con la creación del GRA, Grupo de Investigación-Acción. Y, en el fondo, era otro intento más de crear un nuevo proyecto con la red del Colectivo Sin Nombre, a un año del cierre del Centro Social.

A lo largo de seis meses, nos reunimos de forma bimensual en largas sesiones en las que, fundamentalmente, intentábamos elaborar un marco teórico que nos permitiese poner en marcha la Investigación-Acción para el mes de febrero o de marzo. Desde un cierto punto de vista, fue un período muy interesante. Trabajamos las ideas, los conceptos. De hecho, en ese momento fue cuando hicimos nuestro el concepto de *banlieue du travail salarié* [periferia del trabajo asalariado], como respuesta directa a un problema que teníamos en ese momento. Estábamos hablando de precarios, de parados, de *sin papeles*, pero el término precario no nos parecía en absoluto adecuado para designar este conjunto social. Entonces, por decirlo de alguna manera ¿cuál era el sujeto político que queríamos organizar? ¿Cuál era el sujeto anta-

---

13 Esta propuesta vino, entre otras cosas, tras una serie de intervenciones del CST de Lieja en el Consejo de Administracion de la SRWT (Sociedad Regional Valona de Transportes, que gestiona la red de transportes en la región valona) y de una acción matinal con objeto de interpelar al ministro valón de transportes, José Darras (del partido ECOLO). No obstante, la administración del Ministerio de Equipamientos y Transportes que debía tramitar el proyecto, lo vió con malos ojos y tardó dos años en aprobar el contrato de investigación.

14 Principalmente con gentes de proyectos de okupación que habían ido apareciendo en el «barrio europeo» (zona de la ciudad de Bruselas reservada a las residencias y hoteles de los funcionarios y cargos del Parlamento europeo) durante la década de 1990.

gonista que nos interesaba? En ese momento, nos pareció que el término «precario» constituía ante todo un obstáculo, porque era posible hablar incluso de la precarización de los empresarios... De alguna forma, la precariedad concierne a todo el mundo, a cada cual a su escala, es un cajón de sastre y, por lo tanto, una palabra vacía. Nos la quitamos de encima y descubrimos un concepto que nos interesaba mucho más, desarrollado por Anne Wery y Paul Grell en su libro *Héroes oscuros de la precariedad*[15]: la periferia del trabajo asalariado. Nos lo apropiamos porque nos parecía que designaba un espacio social en el que se ponían especialmente en juego las modificaciones que se estaban produciendo en el ámbito del trabajo y la creación de nuevas subjetividades que se despegaban de la figura del trabajo asalariado canónico. Además, se trataba de un concepto que permitía crear una especie de consenso en nuestro grupo, porque en la periferia era posible incluir a todo el mundo, a los sin papeles, a los trabajadores temporales, a los intermitentes... todo el mundo cabía ahí. Permitía, al mismo tiempo, incluirnos a nosotros mismos en la investigación y cohesionar un grupo heterogéneo. Durante todo este período, nos dedicamos a fondo a trabajar los conceptos, en un esfuerzo por determinar colectivamente el enfoque de la investigación. En lugar de interesarnos por la sociología tipo Bourdieu, que pone énfasis en las lógicas de dominación, decidimos indagar en la otra vertiente, la de las fugas, las resistencias múltiples que continuamente se están dibujando, una mirada más bien inspirada por textos de Deleuze, Guattari, Foucault y del *operaismo* italiano.

La Investigación-Acción nos permitió hacer todo esto, pero nunca fue más allá del trabajo teórico de preparación. Hubo algunos balbuceos de otra cosa, intentos, pero no fueron a más. Su desaparición progresiva vino acompañada del silencio más o menos normal de un grupo que se está deshilachando y en el que el deseo se está desactivando. El lazo entre el trabajo teórico de preparación de la Investigación-Acción, las «formaciones» y nuestras intervenciones en el espacio público fue en todo momento evidente y quedaba

---

15 Anne Wery y Paul Grell, *Héros obscurs de la précarité. Récits de pratiques et stratégies de connaissance*, L'Harmattant, París, 1993.

expresado en el tipo de perspectiva desde la que actuábamos. En los panfletos, escritos, etc., aparecía de forma cada vez más pronunciada la idea de hacer surgir las voces clandestinas, las voces ahogadas, es decir, la voz del defraudador, la voz del deseo de creación de espacios públicos en los que recuperar colectivamente la posibilidad de una práctica política. Por lo tanto, la relación estaba ahí, en el plano de las ideas. Pero lo que suponía la Investigación-Acción como procedimiento desapareció. En un momento dado, muy al principio, decidimos librarnos del método, de lo que implicaba la metodología, después de haber dado muchas vueltas en torno a preguntas del tipo: ¿estamos haciendo de verdad una Investigación-Acción? ¿Qué significa exactamente hacer una Investigación-Acción? O, ¿es esto una Investigación Participante? Nos dimos cuenta que estábamos cayendo de lleno en un formalismo que implicaba tener necesariamente un método justo y riguroso en relación con lo que estábamos haciendo... De modo que cambiamos de perspectiva, nos libramos del método y nos quedamos con el marco teórico, que desarrollamos durante esos seis meses...

La cuestión es: ¿qué estábamos buscando con la Investigación-Acción? Teóricamente, y es lo que expresábamos en nuestros textos, el sujeto de la Investigación-Acción era la *periferia del trabajo asalariado* y, dado que formábamos parte de esa *periferia*, se trataba de hablar de nosotros a la vez que elucidábamos ese contexto en el que nos inscribíamos, la *periferia*. Nuestra ambición era sacar a la luz las palabras, los discursos, que estaban pululando en esa *periferia* y que no tenían una expresión política visible, para, desde ahí, a partir de la recuperación singular de la expresión de estas palabras, desencadenar formas de contestación. Se puede decir que éste era el planteamiento que teníamos algunos de nosotros sobre la Investigación-Acción. Y para conseguir aquello, habíamos establecido diferentes procedimientos, desde un programa de radio, entrevistas, vídeo o teatro, hasta las meras charlas de bar. Éste era el planteamiento explícito básico de la Investigación-Acción, al menos para algunos de nosotros. Pero no está tan claro que fuese esto lo que realmente estábamos buscando. ¿Qué estábamos buscando entonces? ¿Qué era lo que nos movilizaba tanto?

Para responder a esta pregunta, puede resultar útil retomar un ejemplo que desarrollamos en el trabajo de evaluación que hicimos hace poco sobre la trayectoria del

Colectivo Sin Ticket: las Asambleas de Usuarios, en las que la cuestión de la relación con el exterior, la relación con el otro, estaba en juego de forma directa.

Una pequeña vuelta por las Asambleas de Usuarios

Las Asambleas de Usuarios[16] respondían a la necesidad que sentíamos de agrupar personas en situación de fraude, personas machacadas por las lógicas tarifarias, atrapadas por la movilidad encorsetada, etc., para empezar a contestar juntos ese orden de cosas. Para ello, lógicamente, hacía falta «salir del armario» como grupo de usuarios, para decir alto y claro, «nosotros, como usuarios y en ocasiones defraudadores, decimos que esta situación no puede seguir así...». Así que inventamos la operación *Free-Zone*[17] y utilizamos también panfletos, carteles, invitaciones que enviamos por e-mail a 200 o 300 personas... todo ello con el objetivo de convocar una asamblea de usuarios que rompiera con el círculo militante cerrado donde los militantes se juntan entre sí y con el fin de que se constituyera un espacio híbrido, con gente joven y

---

16 Tanto las asambleas de usuarios como las *Free-Zone* arrancaron en febrero del 2001, es decir, en la ultima fase del GRA, poco antes de su desaparicion.

17 La red de transporte público en Bruselas no cuenta con barreras físicas en la entrada, como ocurre en otras ciudades europeas. Es posible acceder al medio de transporte y desplazarse con o sin billete, sin tener que hacer deporte. Sin embargo, existen procedimientos de control realizados por equipos móviles de revisores que se van desplazando por la red. Las operaciones *Free-Zone* consistían en localizar el punto de la red en el que se estaban realizando los controles e intentar neutralizarlos llamando a los equipos *Free-Zone*. Estos equipos, vestidos con monos blancos, se posicionaban en las estaciones anterior y posterior a aquella en la que se habían colocado los revisores y advertían a la gente de la existencia de controles, para que no saliese en esa estación si viajaba sin título de transporte. Era una manera muy concreta de combinar la reivindicación de gratuidad con un dispositivo que garantizaba la gratuidad de hecho por unas horas de forma bastante directa. Además, inauguraba un modo de cooperacion muy sencillo, tanto desde el punto de vista técnico como físico: se trataba de un procedimiento relativamente ligero. Con ello, abriamos la posibilidad de que otros usuarios se reapropiasen de él, aunque fuese de forma menos teatral que la nuestra.

gente mayor, de todo tipo de procedencias, de todos los estilos y de todas las clases... en definitiva, un espacio con una composición no uniforme. Hicimos asambleas periódicas durante cierto tiempo y a ellas acudía una media de treinta personas que correspondía con lo que esperábamos, es decir, gente variopinta. Pero, poco a poco, empezamos a tener que enfrentarnos al hecho de que las asambleas se llenaran de comentarios del tipo «tengo multas...», «tengo problemas para pagar los billetes...», «no hay autobuses de noche...», «los autobuses no pasan con suficiente frecuencia...», etc., y lo cierto es que no era exactamente de eso de lo que nosotros queríamos hablar, pero pensábamos que había que pasar por ello para luego poder hablar de otras cosas.

Al cabo de cinco o seis asambleas, abandonamos la aventura. ¿El motivo? En los seis meses transcurridos, el deseo que nos había llevado a convocar esas asambleas había desaparecido. Ya no teníamos ganas de estar en esa sala con esas treinta personas con quienes realmente no teníamos mucho de qué hablar. Intentamos entender esto de forma lógica, diciéndonos, por decirlo directa y burdamente, «la gente que ha venido no ha entendido del todo lo que queríamos hacer, son un poco gilipollas» o, a la inversa, «no hemos sido capaces de tomar distancia con respecto a nuestras intenciones, estábamos demasiado crispados, buscando el dominio y el control total de la situación y eso ha hecho que no haya funcionado». Ambas ideas formaban parte de un pensamiento que se muerde la cola: o el capullo es el otro, o el capullo es uno mismo...

Durante nuestra valoración del proceso, tuvimos que enfrentarnos a las preguntas de una persona exterior al colectivo: «cuando convocabais a las Asambleas de Usuarios ¿a quién convocabais realmente? Vuestro discurso ¿no se centraba esencialmente en la necesidad porque, de alguna forma, está más aceptado socialmente convocar a la gente en torno a cuestiones de necesidad?». «Sí, pero también decíamos otras cosas...» —replicamos nosotros. «Pero, en lo que decíais ¿qué era lo prioritario? Puede ser que el otro mensaje, el del deseo de experimentar, también se estuviese transmitiendo, pero ¿cuál era la parte dominante, de más peso, dentro de vuestro discurso?» —insistía ella. Sí, es cierto, para movilizar a gente, éramos conscientes de que funcionaba mejor un discurso acerca de la necesidad, del tipo «estamos jodidos, tenemos juicios contra nosotros y peritos persiguiéndonos para embargar

nuestras cosas, tenemos que organizarnos...», y tácitamente fue éste el discurso que utilizamos de manera generalizada. Un discurso marcado por la necesidad. Y la gente acudía llamada por ese tipo de discurso. Pero nosotros, realmente, ¿qué queríamos? ¿Qué esperábamos de esas asambleas? Queríamos experimentar y conocer a gente. Queríamos conocer a gente que tuviera el mismo deseo de experimentación que nosotros. Pero la gente que acudía a las asambleas no venía especialmente con una perspectiva de experimentación. Y la idea que teníamos de las asambleas era abrir espacios de encuentro bajo una modalidad de experimentación que nos permitiese conocer a gente con una sensibilidad parecida a la nuestra... Esa gente era la que buscábamos. Pero lo que oían los presentes en las asambleas era lo que oía cualquiera a propósito del *Colectivo Sin Ticket*: un discurso acerca de la precariedad y del problema del transporte público...

Una de las preguntas que más nos molestó durante aquellas Asambleas de Usuarios fue formulada por un chaval que exclamó: «Pero ¿dónde se toman las decisiones aquí?» Lo pasamos realmente mal... porqué, realmente, ¿dónde se decidían las cosas? En el *Colectivo Sin Ticket*, que era lo mismo que decir: en nuestro cotidiano. Y nuestro cotidiano consistía en trabajar con gente con quien nos llevábamos bien, con quien podíamos ir a tomar algo, ir a ver un concierto, gente con quien nos lo pasábamos bien... Nuestro cotidiano era eso, era compartir nuestras inquietudes con personas que tenían la misma sensibilidad que nosotros, las mismas formas de investigar, de entender y expresar las cosas... y aquel chaval, al lanzarnos esa pregunta, estaba cuestionando todo aquello, nuestra forma de trabajar en lo cotidiano, pero ¿queríamos que ese hombre entrase en nuestro cotidiano? En absoluto, para nada... Así que nos vimos totalmente pillados, atrapados, molestos por aquella pregunta que no era nada más que una pregunta básica por la democracia, y vernos así era algo difícil de asumir moralmente. Aquel tipo no nos gustaba mucho, decía un montón de gilipolleces, así que nos costaba imaginarlo en nuestro cotidiano, tomando el desayuno con nosotros... Pero todo esto pasó sin que tuviésemos las cosas claras, en medio de una absoluta confusión sobre lo que queríamos, y al final acabamos saboteando algo que habíamos puesto en marcha nosotros mismos, cuando, en verdad, las asambleas podían haber sido una herramienta potente para una Investigación-Acción...

Algunas hipótesis a propósito de nuestro fracaso

No obstante, quizá existe un malentendido de orden más fundamental en esta historia de Investigación-Acción, que tiene precisamente que ver con la pregunta de qué era lo que estábamos buscando con aquel procedimiento. ¿De verdad queríamos hacer una investigación? Seguramente sí, en buena medida, nos movía la idea de dotarnos de otras formas de intervención, para seguir peleando, para agregar a gente, para seguir moviendo cosas... Esa dimensión estaba claramente presente, pero ¿cómo funcionó? ¿A partir de qué *nosotros* y qué era lo que se estaba buscando en ese *nosotros*? Ahora, en perspectiva, podemos ver que llevábamos la experiencia del Centro Social a las espaldas, una experiencia que nos había marcado de forma fuerte a todos los que participamos en él, y que de repente había desaparecido... de alguna manera, esos momentos de gran intensidad vividos con el Centro Social seguían agitándonos y preocupándonos y, en el fondo, sólo esperábamos una cosa: volver a vivir ese tipo de intensidad. Habíamos cerrado el Centro Social, la experiencia había fracasado, pero el deseo de volver a darle vida seguía ahí... ¿Acaso no se escondía también en la historia de nuestra Investigación -Acción esa esperanza de volver a dar vida, no ya a un proyecto semejante, sino a *ese* proyecto? Lo lanzamos como hipótesis posible: puede que hubiera algo ahí del orden de la fantasía o un fantasma que estaba actuando sobre el *Colectivo Sin Ticket* y que lo llevó a volver a convocar a toda esa gente... En francés, en la palabra *collectif* está contenida la palabra *collage*, como en *bricolage* (bricolaje)... ¿Qué era aquella Investigación-Acción y qué era exactamente lo que intentaba arreglar?

Es curioso volver a los diferentes textos que hemos escrito en relación con las diferentes Investigaciones Participantes o Investigaciones-Acción que hemos realizado. Empezamos la primera Investigación Participante con una relación muy fuerte con el exterior, el sujeto de la investigación era el trabajador, la estructura de la SNCB. Y, poco a poco, en el segundo periodo, con el GRA, el sujeto de la investigación pasa a ser un *nosotros*, pero un nosotros en el sentido amplio, un nosotros que se basaba en la *periferia del trabajo asalariado*. Y,

cuando llegamos a la tercera fase[18], seguimos hablando de alguna manera de Investigación-Acción, pero centramos el proceso en crear un espacio de vida y de lucha. El sujeto somos nosotros, en el sentido estricto de la palabra. En todo esto hay algo que corresponde a la expresión de una involución... Sólo cuando conseguimos percatarnos de esto, empezamos a desplazar nuestra mirada y a pensar que la Investigación-Acción no había sido más que el dedo que señala la luna y que nosotros nos habíamos quedado mirando el dedo.

En resumen, podemos decir que la Investigación-Acción, en su primera fase, con el informe que escribimos,[19] nos permitió conocer a gente... Es más, en la medida en que nos impulsó a charlar, a reflexionar, a pensar, generó bastantes cosas. Quizá no el procedimiento de Investigación-Acción como tal, sino todo el período de maduración, de preparación, etc. El proyecto tampoco es totalmente ajeno a la aparición del Colectivo Sin Ticket en Francia, o a otros contactos que tenemos ahora con otros grupos. Se puede decir que permitió crear algún tipo de red, porque con la Investigación-Acción intentamos comprender la situación en la que estábamos y, para hacerlo, llamamos a muchas puertas, abrimos libros, fuimos a visitar a gente que escribía cosas que nos interesaban, que nos hacían pensar. Creó red, conocimientos, lazos —ahora sabemos que existen cosas por ahí, algún tipo de interés compartido, problemáticas comunes. Lo paradójico es que la gente que conocimos durante aquel proceso no fue la gente que pretendíamos conocer «oficialmente» (es decir, explícitamente). Nos habíamos propuesto conocer a los *banlieusards du travail salarié* [a aquellos que viven en la

---

18 Esta tercera fase se articuló en torno a la creación de un espacio para nosotros, en el que se pudiera reunir vida y lucha. Por desgracia, el proyecto se cerró poco tiempo después de su puesta en marcha.

19 Colectivo Sin Ticket, *La question de la mobilité au sein de la banlieue du travail salarié,* septiembre de 2003. El hecho de que una subvención para llevar adelante el proyecto nos ligara a una institución suscitó ciertas reticencias dentro del GRA (compuesto por 15 personas), de modo que, finalmente, fue el Colectivo Sin Ticket quien firmó el contrato en septiembre de 2002. La cuestion de la relación con las instiuciones, aunque se llegó a señalar como un problema y punto de disenso dentro del GRA, nunca llegó a ser objeto de discusiones en profundidad.

periferia del trabajo asalariado], pero, al final, no fueron los encuentros con *banlieusards* (en las Asambleas de Usuarios, por ejemplo) los que más nos interesaron, ni los que generaron más cosas... Cabría decir que, al construir aquella categoría y convertirla en el objeto de nuestra investigación, fijamos nuestra mirada en un territorio que ignoraba las tensiones y diferencias que atravesaban nuestro grupo.

Por todo ello, nos resulta complicado dar demasiada importancia al termino Investigación Participante o Investigación-Acción, porque en nuestra historia ha jugado un papel particular, que hizo que nuestra mirada fuera un poco desviada: difícilmente podríamos escribir una ponencia sobre el tema... Sí, no cabe duda, el proceso nos ha aportado cosas y, como cualquier experiencia, puede ser enriquecedora, en tanto que nos mueve un deseo que tiene algo de político... pero no estamos seguros de que, en nuestro caso, haya generado más de lo que podría haber generado otro tipo de intervención bien diseñada de estilo activista. En las intervenciones activistas, de irrupción en el espacio público, también se generan encuentros, después o en el momento de la propia acción. Si existen experiencias de Investigación-Acción que funcionan bien y que van acompañadas de un planteamiento teórico que impulsa una reflexión colectiva, y las personas que promueven el proceso están satisfechas, y a la vez hay gente que se siente interpelada por sus preguntas... ¡pues impecable! Mientras el estatus de teóricos de quienes promueven la iniciativa no se haga molesto, o la idea de una división entre teóricos y activistas... Si se vive sin mayor problema y el proceso permite aclarar de manera concreta algunas cosas y crear un poco de inteligencia colectiva, está muy bien... Ahora bien, en nuestro caso, el tipo de Investigación Participante o Investigación-Acción que habíamos imaginado, es decir, una forma de investigación directamente ligada a un modelo de organización, no ha funcionado, por lo menos en la práctica. Quizá hay que preguntarse por la cuestión de la posición que uno ocupa en un proceso de investigación así, quizá hay que interrogarse por el derecho a ir a molestar al otro... Es interesante de por sí cuestionarse el hecho de ir a concienciar a otros... Le hemos dado muchas vueltas a este asunto, no es sorprendente que hablemos de tejedores, de militantes-investigadores, de esto y de lo otro. Todas estas terminologías expresan una relación

conflictiva con la posición que uno ocupa como militante. Pero, a estas alturas, siempre que seamos éticamente coherentes con los planteamiento que nos animan, desde nuestro punto de vista, puede ser tan interesante una intervención directa en la que nos confrontemos con el otro, en acción, intentando activar algo, sacar algo a la luz, encontrar a otra gente que está en procesos diferentes, como otra que se coloque en una relación más táctica, dirigida a suscitar cosas que te gustaría ver en el otro.

Siempre que se presenta la cuestión de la relación con el otro, se trata también de la relación con uno mismo y con el grupo del que forma parte. ¿Qué señalan esas interrogantes permanentes, ese cuestionamiento entre lo que llamamos agitar y lo que llamamos suscitar, entre ser militante-concienciador y militante-investigador? ¿Por qué durante tanto tiempo nos preguntamos estas cosas? O quizá sea mejor preguntar, ¿qué indican estos cuestionamientos en nuestro grupo? ¿Cuál es el problema en pensar que conozco a alguien, expreso un deseo y le digo claramente lo que me gustaría en relación con ese deseo enunciado? ¿O lo que le gustaría a un grupo? Ya veremos si pasa algo o no. O, de otra forma, se esconde un poco el deseo, se expresa a medias, porque depende de quién es la persona con quien nos encontramos... Si somos claros con las tácticas utilizadas y no nos mentimos demasiado, ¿qué problema hay en querer organizarse?...

Desde un punto de vista más concreto, en el proyecto de Investigación-Acción que nosotros pusimos en marcha, uno de los objetivos que nos planteamos fue indagar lo que estaba pasando en el terreno, conocer a gente y, a través de esos encuentros, conectar a gente entre sí (volvemos a la figura del tejedor), llegar a la constitución de espacios públicos autónomos, de los cuales podrían surgir nuevas reivindicaciones. Todo esto estaba muy bien, pero el problema es que las reivindicaciones las teníamos ya, las consignas las teníamos ya. Por ejemplo, dentro de la problemática del transporte, lo teníamos claro: ¡transporte gratuito para todos! Y con la cuestión de la renta, con el cómo buscarse la vida, es decir, lo que queríamos investigar en lo que llamamos la *periferia del trabajo asalariado*, había una forma de reivindicación del salario social que asumíamos una buena parte de la gente que participaba en el GRA... Aunque esto suscita todavía debates entre nosotros, pero, de alguna forma, tenemos

algunas líneas claras al respecto. A partir del momento en que tu relación con el otro es problemática ¿con qué derecho vas a molestarle? Por un lado, decimos «vamos a generar espacios a partir de los cuales van a surgir nuevas reivindicaciones», pero, por otro lado, tenemos ya claras las reivindicaciones que nos gustaría ver surgir en esos espacios. ¿Y qué pasa si de esos espacios que hemos creado surgen otras reivindicaciones? Nos da igual, nos piramos, porque de todas formas, ya tenemos las nuestras... Ahí hay algo un poco extraño y lo pasas mal... Vas en busca de algo que no tienes y, a la vez, ya tienes lo que quieres ver emerger en esos espacios... Es una relación un tanto rara... De alguna forma, ya tenemos la solución a la *banlieue du travail salarié*: salario social y punto, y de ahí no nos bajamos... ¿Qué significa la Investigación -Acción en el marco de estas certezas? ¿Qué haces de la palabra de la gente? ¿A partir de qué les convocas? Hay ahí algo, un poco nebuloso, como una serie de malentendidos.

Volviendo al método de la Investigación Participante, por lo que hemos leído, en su forma «clásica», tiene más que ver con una situación problemática, por ejemplo, en un barrio o en un edificio, donde hay gente intentando gestionar la situación, intentando buscar soluciones que no sean las hegemónicas: llamar a la policía o recurrir a expulsiones... Y, en un momento dado, se decide recurrir a asociaciones o grupos o sociólogos, a gente que conoce la metodología de Investigación Participante para resolver la situación problemática. Entonces, un tercer agente desembarca en la situación. Y puede funcionar, porque, si por diferentes motivos en ese magma hay cosas que no se hablan, o por cualquier razón los vecinos acaban discutiendo acaloradamente, la cosa no tiene arreglo fácil. Y si son las propias partes implicadas las que deciden recurrir a personas exteriores, a personas que puedan intervenir con una mirada externa e intentar desenredar los hilos de la situación, intentar tejer nuevas narraciones, construir nuevas problemáticas alrededor del problema, entonces, creo que efectivamente, en ese caso, la Investigación Participante puede representar una posibilidad de desbloquear y cambiar la situación. De hecho, ha habido bastantes experiencias que han funcionado en este sentido. Pero la diferencia de todo esto con nuestra experiencia es que, en nuestro caso, fue el grupo promotor de la metodología de Investigación-Acción quien decidió de motu

propio ponerla en marcha. Es decir, en el primer caso, hay algo del orden de la demanda, mientras que en el nuestro ¿quién nos pide hacer el proyecto de Investigación-Acción? Nadie... No es la *periferia del trabajo asalariado* quien nos lo pide. No, es un deseo nuestro y una decisión nuestra. Nos damos el objeto y también lo construimos... Pero, luego, ¿qué pasa con la apertura de espacios autónomos, con la producción de nuevas reivindicaciones, etc., cuando llegas así, casi con todo hecho?

En suma, desde el punto de vista del método estricto de Investigación Participante, nadie nos ha pedido hacer esto... El proyecto tiene en el fondo más que ver con un planteamiento militante relativamente clásico, excepto que lo interesante, y es en esto donde no es tan clásico, es que para las personas que llegan a pensar en este tipo de procedimiento, hay algo que no va por si sólo, algo que no es evidente. Tenemos la sensación de que en el término Investigación Participante, aunque de hecho nosotros hemos hecho todo menos eso, hay como un movimiento, un pequeño desfase, algo que balbucea... y quizá es eso lo que hay que interrogar... no sé, quizá nuestra lectura es muy singular, particular a nuestra historia, a nuestra propia red, con sus problemas. Y no está mal poder nombrar esos problemas, para, tal vez en algún momento, poder retomar este tipo de proyecto, aunque conscientes de los problemas, siendo un poco más claros sobre lo que nos anima y desde dónde estamos hablando...

9. *Moverse en la incertidumbre. Dudas y contradicciones de la investigación activista.*

Pantera Rosa
[Barcelona]

Esta entrevista recoge fragmentos reelaborados de una conversación más amplia mantenida el 18 de junio de 2004 en Barcelona. La charla no tenía por objeto ser incluida en este libro, sino que formaba parte de un proyecto más amplio de encuesta alrededor del movimiento global. Sin embargo, con posterioridad a su realización y de común acuerdo entre las personas intervinientes, decidimos incluir algunas partes que podían ser de interés, no con voluntad de representar/suplantar los quehaceres colectivos de la investigación activista, sino como recolección de problemáticas comunes alrededor de las dudas y contradicciones que genera.

Quienes hablamos somos personas insertas en los movimientos sociales de Barcelona y que hemos participado en distintas iniciativas de investigación activista, algunas de ellas fruto de trayectorias de autoformación en los márgenes de la institución universitaria. Con la firma «pantera rosa», hemos pretendido desrostrificar la entrevista, difuminando las referencias personales e introduciendo otras voces que permitan tensionar las ideas expuestas. A veces, nos expresamos en singular, otras en plural, y jugamos a desdibujar los géneros no para desorientar a quien nos lea, sino para compartir las contradicciones que habitamos y los lugares desde dónde nos situamos, a fin de evidenciar algunos de los múltiples matices que contienen las prácticas de investigación activista.

Pregunta. ¿Qué función crees que tiene la investigación cuando se sitúa desde los movimientos sociales?

Respuesta. Creo que plantearse la investigación desde los movimientos sociales, y no sobre los mismos, es todavía una asignatura pendiente. En este sentido hay que evitar las investigaciones dogmáticas que pretenden más legitimar una(s) teoría(s) que envolverse en lo social. Muchas veces, nos expresamos con lengua de trapo, repitiendo una serie de términos que funcionan como consignas, en vez de usarlos como conceptos a problematizar o herramientas útiles para relacionarnos con lo social.

Así, en toda investigación, una de las cuestiones básicas a plantearse es el «para quién». Para ello es importante que, desde los movimientos sociales, se planteen trabajos desde dentro, que a su vez se constituyan como instrumentos para el crecimiento colectivo inmanente y la producción de saberes compartidos, con el propósito de ganar capacidad de acción.

Por ello, creo que hay que empezar los procesos de investigación partiendo de sí mismas y asumiendo nuestro propio desconocimiento. Una investigación crítica debería implicar más un «ponernos en juego», que no el deseo de ver verificadas/legitimadas nuestras teorías por el «tribunal de los hechos», porque esta obsesión por validar nuestros presupuestos teóricos nos conduce a un círculo vicioso encerrado en sí mismo. Quizás haya diferentes hipótesis o teorías que puedan sernos útiles, que tengan validez como herramientas a partir de las cuales iniciar nuestro recorrido, pero sería un error fetichizarlas.

Debemos medir las teorías por su valor de uso, y no por su valor de cambio en el mercado del saber/poder. En caso contrario, corremos el riesgo de generar investigaciones circulares en las que no aprendemos nada, no producimos conocimiento, y sólo legitimamos discursos ajenos —ésta es una de las causas de que perspectivas supuestamente críticas terminen convirtiéndose en nuevos mandarinatos (universitarios, políticos, asociativos). Es necesario problematizar nuestras ideas preconcebidas. Ya que toda investigación social debería ser un ejercicio de apertura a lo indeterminado.

Pregunta. Profundizando en esto mismo, yo diría que dentro de cualquier proceso de investigación-acción, serían posibles cuatro planos distintos: de autoanálisis, directamente de encuesta, de producción de conocimiento (situado)

sobre las realidades de dominación y explotación, y por último de apertura y recomposición social. ¿Cómo crees que se dan y se articulan estos cuatro planos en esos dos ámbitos de los que me has hablado, el de los movimientos sociales en torno a la okupación que existen en Barcelona y ese otro mundo más académico que participa en el proceso de *investigacció*[1]*?*

Respuesta. Antes de responder a la cuestión de los cuatro planos, me parece necesaria una aclaración: si durante la segunda mitad de la década de 1990, los movimientos sociales en Barcelona utilizaron las okupaciones como palanca para intervenir en el territorio, hoy en día la realidad es mucho más difusa y poliédrica.

En este contexto, parte de los movimientos sociales está abriéndose al autoanálisis. El problema es que a veces se corre el riesgo de devenir demasiado autorreferencial, tomando como punto de partida únicamente nuestras vivencias dentro de los movimientos, con lo que el discurso se vuelve circular y se empobrece. Por contra, el autoanálisis tendría que ser un primer ejercicio de posición, que parta de nuestras experiencias para conseguir una perspectiva situada, valorizando las distintas subjetividades y factores en juego. No debe ser un autoanálisis psicoanalítico, sino un trazado de coordenadas en un mapa: dónde estamos, qué planos habitamos y cómo nos relacionamos con ellos.

Sería muy interesante que este ejercicio de autoreflexividad se diera también en la investigación académica, de manera que nos permitiera analizar cómo las investigaciones se convierten a menudo en un instrumento de captura de lo social y cuestionar a su vez nuestra condición de investigadoras precarizadas. Como decía un buen amigo: la coinvestigación en la universidad debería comenzar por analizar las relaciones internas de poder, su gestión, así como los distintos dispositivos de gobernabilidad que operan dentro del entorno universitario y qué resistencias se articulan contra ellos.

---

1 *Investigacció* es el nombre que recibió el primer encuentro internacional de investigación social activista y que tuvo lugar el mes de enero de 2004 en el Ateneu Popular de 9 Barris en Barcelona. Para más información se puede consultar http://www.investigaccio.org

Ha habido algunos intentos en las universidades catalanas de avanzar en esa dirección, por ejemplo, el Col·lectiu 30 de Febrer, que aglutinaba tanto docentes como alumnos de distintas facultades en la crítica a la institución universitaria. En otros lugares de Europa, esta experiencia de autoreflexividad en la investigación académica lleva años realizándose. Por poner solo un ejemplo: el proyecto LASER, que aglutina estudiantes de facultades científicas italianas que problematizan la relación de los saberes científicos con las patentes, la empresa privada, el militarismo y las nuevas informáticas de la dominación. Sin embargo, en el Estado español todavía no hemos cruzado esta frontera. Quizás estaría bien romper nuestro aislacionismo y empezar a conectarnos con las redes transfronterizas que se articulan alrededor de estas problemáticas, como el debate europeo alrededor de la constitución de unos Estados Generales del Saber.

Respecto a la producción de conocimientos situados, creo que en los movimientos sociales del área de Barcelona existe cierta resistencia a la escritura y a su difusión pública. El problema en el que nos encontramos es que, pese a que se articulan reflexiones colectivas muy interesantes, raramente las escribimos y, en caso de hacerlo, su difusión circula por canales cerrados. Este hecho provoca un efecto perverso en la percepción que los movimientos sociales tienen de sí y proyectan hacia afuera. Por una parte, se genera una falsa sensación de que en Barcelona hay escasa producción intelectual desde los movimientos y, dado que las que escribimos acostumbramos a ser las mismas, se corre el riesgo de confundir los debates entre las que escribimos con los debates en el seno de los movimientos. Se trata de un círculo vicioso difícil de romper, ya que intervienen muchos factores: por parte de las que no escriben se tendría que generar un debate entorno a cómo vencer el miedo a la página en blanco; cómo superar la escritura de noticiero, para alcanzar una escritura más analítica y reflexiva; cómo vencer la tendencia a la escritura clandestina, dotarla de una dimensión más pública que permita generar un espacio de producción cooperativa. Por parte de las que escribimos, tendríamos que romper la tendencia a convertirnos en voceros intelectuales de los movimientos, a suplantar su dimensión expresiva por nuestros análisis, es decir, reconocer nuestra posición situada en el seno del movimiento y articular nuestras contribuciones desde una perspectiva responsable que asuma su parcialidad.

En el ámbito académico universitario, sí que hay producción de conocimiento escrito. El problema es que esa producción de conocimiento no llega a los movimientos sociales, ubicándose en revistas especializadas y de muy poca difusión. Esta situación provoca un ensanchamiento de la brecha que separa ambos niveles. Hay pocos puentes que faciliten el intercambio y, cuando éste se produce, no está exento de cierta desconfianza. Desde los movimientos, las investigaciones promovidas por activistas que se ubican en la academia, se perciben como ajenas y se miran con recelo; por parte de las investigadoras activistas, se tiende a minusvalorar la capacidad de producción intelectiva de los movimientos sociales y preferimos contrastar nuestras investigaciones con las autoridades académicas al uso.

A estos problemas hay que añadir que, dentro de la carrera meritocrática que supone un currículum universitario, gente que podríamos estar haciendo investigaciones de interés para los movimientos sociales acabamos ubicándolas en unos parámetros más pensados para el desarrollo de la carrera universitaria que para los mismos movimientos, lo que se visualiza en la manera de presentar los problemas, cómo se contrastan las hipótesis, cómo se operativizan las variables o cómo desarrollamos las conclusiones. Tendemos a presentar nuestros informes en un lenguaje sobrecodificado para poder seguir progresando en la escala universitaria, lo que dificulta su recepción fuera del ámbito académico. A este hecho hay que sumar el alto grado de especialización y de segmentación entre disciplinas que existe actualmente. Por ejemplo, si te encuentras en un departamento donde hay una serie de autores de referencia, la mayoría de las investigaciones deberán citar a esos autores. Si desconoces el léxico de esos autores, a no ser que su lectura te despierte el interés por trabajarlos, te encontrarás con lenguajes crípticos que dificultan acceder al contenido de la investigación.

Pasando a la tercera dimensión, la encuesta, creo que cojean ambas partes. Su desarrollo empírico es una apuesta fuerte, porque requiere un alto nivel de rigurosidad. Las personas empeñadas en la investigación social activista acostumbramos a ser bastante críticas con la objetividad científica. Asumir la contingencia y la perspectiva situada en un trabajo de investigación no debería ir en detrimento de mantener un cierto rigor a la hora de trabajar con los materiales

recogidos. Así, nos encontramos que las pocas mini-investigaciones que se han hecho partiendo desde los movimientos sociales pecan a menudo de poca rigurosidad. Las realizamos a golpe de voluntarismo, nos encontramos con el equipo y organizamos un grupo de discusión, una entrevista, pero olvidamos el rigor en el ámbito de la recogida de datos, en su análisis, esto es, en la elaboración de los datos recogidos.

Por contra, la investigación académica se enorgullece de una mayor «rigurosidad», subrayo las comillas, pero hay unos previos metodológicos que tampoco cumple. Por ejemplo, si quieres hacer un estudio extrayendo una muestra, ésta debe ser representativa, algo que generalmente no ocurre. Podemos ser críticos con las cuentas —el método estadístico— y cuestionar el concepto de representación, pero esta crítica no debería ser un cheque en blanco para el «todo vale». Quizás otro factor que intervenga en la poca rigurosidad de las investigaciones para/universitarias sea la «subvencionitis». La obtención de recursos se encuentra limitada temporalmente, de ahí que se tienda a realizar investigaciones como churros, sin trabajar suficientemente en ellas.

Sin embargo, hay una carencia que comparten tanto la mayoría de investigaciones académicas, como muchas de las propiamente activistas, y es la pérdida de la dimensión metropolitana. Tendemos a realizar investigaciones microsociológicas segmentadas, sin tener en cuenta el contexto de mayor alcance en el que se ubican los hechos referenciados. A su vez, tendemos a conectarlas con teorías macro cuyo desarrollo no tiene por qué corresponder al hábitat dónde nos situamos, confundiendo así nuestros deseos de verificar estas teorías con las realidades con que se interrelacionan. Realizamos así un salto mortal de lo micro (el barrio, la lucha concreta, el locutorio) a un nivel especulativo más estratosférico (la hegemonía del trabajo inmaterial, la gobernabilidad) perdiendo una dimensión espacial más amplia que debería servir de nexo entre ambas: la metrópolis.

Paradójicamente, considero que quizás las investigaciones que están afianzando mejor los tres niveles en Barcelona son las que se sitúan desde una posición postsocialdemócrata. Se trata de investigaciones valiosas por su capacidad de articulación multinivel, aunque, sin embargo, actúan a menudo como reductoras de complejidad al concebir la participación social como complemento de la democracia representativa. En

este sentido, me gustaría añadir que la investigación social activista no debería despreciar las aportaciones de ninguna perspectiva que pudiera sernos útil en nuestras travesías, reconociendo, eso sí, sus límites y los peligros que comporta su uso irreflexivo. A veces tengo la sensación de que estamos estableciendo un nuevo canon de autoras a citar, de términos a usar, mientras menospreciamos otras aportaciones por «quién lo dice», sin tener en cuenta «qué es lo que dice».

Por último, me preguntabas sobre cómo la investigación podía servir como elemento de apertura y recomposición social. Aunque muchas investigaciones activistas lo incluyen en su apartado metodológico, pocas lo consiguen. Conozco pocos ejemplos. Quizás uno de los que se aproxima más a este objetivo es el que se desarrolló en el Casc Antic de Barcelona. No lo conozco de primera mano, así que corro el riesgo de equivocarme. En ese barrio se estaba produciendo un conflicto ciudadano alrededor del proceso de remodelación urbana del centro de Barcelona. Este proceso había sido fuertemente criticado por algunas de las asociaciones vecinales, ya que detrás de las operaciones urbanísticas había determinados intereses especulativos. El punto culminante del conflicto se gestó alrededor de un solar, el Forat de la Vergonya, dónde el ayuntamiento pensaba en un inicio construir un parking y, con posterioridad, viviendas para jóvenes, mientras los vecinos reclamaban su recuperación para equipamientos y zona verde. Creo que el trabajo realizado por el colectivo investigador en su fase de devolución permitió la generación de espacios de encuentro y debate entre colectivos implicados, co-ayudó al proceso de *empowerement* [empoderamiento] y la suma de fuerzas resultante acabó obligando al ayuntamiento a corregir sus planes iniciales. Creo que el hecho de que se haya producido esa investigación tiene alguna relación no casual con los resultados. No digo que haya sido determinante, pero pienso que ha servido para tejer alianzas, para crear vínculos, en conexión con gente como la Plataforma contra la Especulació. Así que éste quizá sí sería un caso paradigmático de cómo una investigación ha servido para la rearticulación o recomposición de procesos sociales.

Luego, hay otro tipo de investigaciones, como por ejemplo las que giran alrededor de ciertos planes comunitarios, que a veces se autocalifican de IAP's (Investigación-Acción-Participativa) pero que mantienen una componente integradora de

las sinergias sociales. Actualmente, la mayor parte de planes comunitarios en la provincia de Barcelona forman parte de una estrategia de participación teledirigida desde la administración dentro del nuevo paradigma de fomento de la democracia participativa. En este sentido, pondría en duda la efectividad real para los movimientos sociales de algunas investigaciones que se están vendiendo como IAP's.

Pregunta. Y retomando lo que decías del problema de la «subvencionitis», como la llamabas, ¿qué problemas tiene la investigación social hecha desde la universidad? ¿Qué implicaciones y qué restricciones pueden hacer que algunas maravillosas intenciones acaben en agua de borrajas?

Respuesta. Recuperando el tema de la «subvencionitis», o sea la dependencia que tenemos de la subvención por parte de entidades universitarias o parauniversitarias (fundaciones, centros de estudios,....), parte del problema surge de la desconexión que existe entre los movimientos sociales y la investigación activista. No le otorgamos una utilidad social, seguimos percibiéndola como algo ajeno, que no nos atañe en nuestro quehacer político, por lo que tendemos a minusvalorar las necesidades de financiación. Por ejemplo, ¿por qué nos parece normal hacer una actividad en un centro social para sacar fondos para una discográfica alternativa o para un proyecto de «contrainformación» y no somos capaces de hacerla para subvencionar un proyecto de investigación activista? Por supuesto que podemos seguir realizando investigaciones partiendo del voluntarismo, pero su tasa de «mortalidad», es decir, el número de investigaciones que no llegan a concluir ni siquiera provisoriamente, será alta. Por contra, cuando hacemos uso de las ayudas y subvenciones, nos encontramos con que la entidad otorgante nos exige cumplir determinados tiempos, parámetros y resultados que no coinciden con nuestras necesidades. Estamos apremiados de tiempo, por lo que en muchos casos acabas haciendo únicamente la parte que le interesa a la universidad o a la fundación que te ha financiado. Vuelve a plantearse el dilema: ¿para quién estoy trabajando? Quizás si elaboráramos investigaciones más situadas, que partan de los movimientos sociales y que sean consideradas por éstos como propias, podríamos liberarnos de la dependencia

financiera. No digo que no tengamos que recurrir a recursos externos, sino que hay que evitar que los mismos condicionen nuestras investigaciones, y en todo caso ser lo suficientemente sagaces para elaborar dos informes, uno para la entidad financiadora y otro para ese «nosotras» más amplio dónde nos ubicamos, aunque esto implique doble trabajo y los plazos de entrega sean siempre un obstáculo.

Respecto a los problemas que plantea la investigación académica, un problema bastante común es cuando el director de un trabajo de investigación o de una tesis no tiene una perspectiva crítica y está bien conectado con las administraciones públicas, con el empresariado o con determinados *thinks tanks.* A veces, se produce un efecto perverso en que se anima a jóvenes estudiantes a realizar investigaciones que se utilizan como aparato de captura, como medio para extraer información o mediar en el conflicto. La complejidad de lo social no sólo nos aparece como incógnita a los movimientos sociales sino también a los distintos aparatos del poder estatal/empresarial. En algunos casos, un grupo de becarias con perspectiva crítica pueden ser más eficaces en la mediación en un conflicto que un grupo de técnicos municipales creado ad hoc. No hay soluciones definitivas. Sin embargo, una forma de cortocircuitar estos procesos no sería ampararse en el purismo, sino recuperar la perspectiva autorreflexiva, la cuestión del «para quién» y el «desde dónde» a la que hacíamos referencia más arriba y asumir los riesgos que comporta una acción distinta a la esperada. Para ello, es necesaria, más que nunca, la comunicación transversal que nos permita asumir una perspectiva más amplia desde dónde observar el lugar en el que se sitúan nuestras investigaciones-acciones.

Por otro lado, tener una directora de tesis supuestamente enrollada puede ser aun más peligroso. Trabajas con la ilusión de que te comprenden, de compartir marcos teóricos de referencia y de poder osar a poner en duda el sistema académico y, al final, es posible que te encuentres con dos situaciones opuestas pero igualmente asquerosas: la primera es que a la hora de la verdad se haga patente que cuentas sólo con tus fuerzas para enfrentarte con el *establishment* académico y que tu directora no quiere arriesgar absolutamente nada por ti ni usar su tiempo para leer tu tesis; la segunda es que esta estupenda preciosidad forme parte de un grupo crítico en el que se admitirán tus críticas sólo en la medida en

que no cuestionen la forma de crítica del grupo —¡o criticas como lo hacemos nosotras o estás fuera!

Pregunta. Digamos, entonces, que hay muy pocas investigaciones desde los movimientos sociales, pero hay alguna. Cuando las hay ¿qué formas adoptan y con qué problemas se encuentran?

Respuesta. Como decía anteriormente, uno de los problemas a afrontar es el exceso de voluntarismo en la investigación activista. Normalmente, la secuencia es la siguiente. Alguien/algunas generan una idea, te reúnes con una serie de gente, te animas y dices «vamos a iniciar un proceso de investigación sobre tal...», y si tienes suerte y aguante quizás llegues hasta el final. Pero te irás encontrando con bastantes palos en las ruedas: bloqueos, desánimos, problemas personales, falta de tiempo. Además, mientras estás haciendo la investigación, no estás participando en otras formas de activismo, y todavía hay mucha gente que no comparte que la investigación activista sea una practica política, lo que en algunos casos supone una presión añadida.

Al final, las investigaciones voluntaristas funcionan porque hay un grupo de cuatro-cinco personas que se meten en la cabeza que hay que tirar adelante contra viento y marea, haciendo juegos malabares para combinar el trabajo de investigación con otro curro, lo que significa investigar a deshoras, hacer entrevistas a las siete de la noche, porque es el único momento libre del día y dedicar los fines de semana a analizarlas.

Muchas veces te preguntas: pero, ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué lo hago? Y la única respuesta que te das es que es importante hacerlo, que te lo pasas bien investigando y crees que tiene un valor político para el conjunto del movimiento; en resumen, sacas fuerzas de donde puedes, exprimes el tiempo dónde lo haya y tiras adelante.

Pregunta. Para empezar cualquier investigación, hay una serie de preguntas claves que una se hace o debería hacerse: cómo hacer la investigación, con quién, dónde y para qué. ¿Qué criterios crees que resultan en estos momentos orientativos para resolver estas preguntas en una investigación desde los movimientos sociales?

Respuesta. A ver, en una investigación desde los movimientos sociales el «dónde» es una pregunta importante, pero me parece que, en la situación de Barcelona, no sería partidario tanto de promover un autoanálisis (al menos no en la forma acostumbrada basada en una excesiva autorreferencialidad), por los motivos que te comentaba en la primera pregunta: necesitamos romper con las visiones demasiado autocentradas en uno mismo y es más interesante la articulación de miradas otras sobre los distintos aspectos de lo social. Entonces, los distintos espacios hacia donde dirigimos nuestras miradas tienen que ser el resultado de un diagnóstico político de lo social que nos ofrezca pistas para luego centrar las propias miradas. Con todo, esas miradas tienen que ser a su vez situadas, no pueden ser homologables a la de un sociólogo de la academia, un psicólogo o un técnico del ayuntamiento. Aunque, expresándome con sinceridad, a veces me parece que hay estudios oficiales, provenientes de las administraciones públicas o de las universidades, que dirigen el tiro más certeramente que algunos estudios críticos.

En cuanto al «con quién», habría tres «con quienes»: un «con quién» sería el equipo de investigación y creo que ahí no es tan importante que sea un equipo altamente experimentado en investigación social, al revés, creo que es muy positivo avanzar hacia fórmulas mixtas que combinen personas con más experiencia en el ámbito de la investigación y otras expertas en otros ámbitos (relacionales, artísticos, de conocimiento del entorno). En el fondo, todas somos expertas, y quien sabe manejarse con los números no tiene por qué saber montar un video. No obstante, tendríamos que andar con mucho ojo en no reproducir, consciente o inconscientemente, jerarquías de poder en el equipo investigador ni generar una identidad fuerte de grupo. El equipo de investigación tendría que estar abierto a modificar su composición, ser una estructura fluida que permita una interfaz de conexión con distintas realidades. Esto nos lleva al segundo «con quién», que haría referencia a una perspectiva de coinvestigación: es decir, a la necesidad de incorporar las poblaciones afectadas por los mismos procesos que estamos investigando. Considero que la asunción de la perspectiva de coinvestigación es muy válida, sin embargo, no toda investigación activista tiene que ser necesariamente coinvestigativa. Por ejemplo, si analizamos los cambios operados en el seno de

la institución policial a resultas de la implementación de las nuevas teorías del *management*, podemos desarrollar una investigación activista que incluya entrevistas a policías, políticos, criminólogos, empresas de seguridad privada,... pero no nos plantearíamos la posibilidad de incorporarlos como agentes en el proceso de diseño y desarrollo de la investigación.

Por último, el tercer «con quién» sería el *partner,* o sea, quien financia nuestra investigación, quien la va a publicar, etc. Lo ideal sería tender de cierta manera hacia una autogestión de nuestras investigaciones, aunque desafortunadamente no se dan las condiciones para ello. De ahí que a veces tengamos que mediar con instituciones, generándose los problemas que apuntábamos más arriba.

Pasemos al «cómo». Muchas veces tenemos la sensación de avanzar a paso de hormiguita dentro del ámbito de la metodología, de elaborarla de forma artesanal: tomando un poquito de aquí y otro poquito de allá, innovando sobre la marcha. Pienso que muchos de los problemas con que nos encontramos son comunes a la mayoría de investigaciones activistas, y el hecho de no disponer de un espacio común dónde reconocernos, dónde compartir nuestras dudas y nuestros tropiezos, nos genera la sensación de estar partiendo siempre desde cero, de hacer un trabajo solitario.

En el proceso de *Investigacció*, una de las problemáticas que surgió fue precisamente esta «soledad» de la investigadora activista, las dificultades que comporta el habitar esta frontera entre la investigación social y los movimientos, la necesidad de articular redes dónde reconocerse y producir conocimientos compartidos.

Hay cuestiones que pueden parecer tangenciales, pero la posibilidad de plantearlas en un espacio más amplio nos puede ayudar a avanzar en nuestro camino. Por ejemplo, hemos aprendido los límites de ciertas técnicas de investigación social, como el cuestionario, que recrea una relación de poder a través del binomio pregunta/respuesta, o la entrevista en profundidad, demasiado próxima al ritual de la confesión, pero ambas técnicas pueden sernos útiles si somos capaces de repensarlas. El problema es que, si nos lo planteamos como un trabajo a hacer en solitario, nos desborda. Pienso que una revista, en soporte papel o digital, podría sernos de gran utilidad para compartir nuestras dudas, experiencias y apaños.

Otro aspecto referido al «cómo» es la forma de presentar /devolver las «conclusiones» de la investigación, si bien toda coinvestigación es siempre un proceso abierto que no concluye, sino que con-tinúa. Lo ideal sería que, cuando el equipo investigador decide acabar su parte en la investigación, el proceso pueda seguir por sí mismo. Por ello, la presentación de resultados tendría que asumir un carácter provisional y no tiene por qué objetivarse necesariamente en un texto escrito, ya que expresa un proceso con-vivido, que se puede comunicar de muchas otras formas: ya sea a través de la clásica charla, u otros formatos como pueden ser el vídeo, la dramatización, los *posters*...

Por último, en cuanto al porqué y al para qué de una investigación social activista, puede parecer ramplón, pero lo único que se me ocurre es parafrasear a Marx: la investigación social activista es aquella que da herramientas e instrumentos, no para hacer una descripción objetiva de la realidad, sino para colaborar en su proceso de transformación. Pienso que lo importante es que esas herramientas y esos procedimientos tengan un valor de uso claro, ya sea para los movimientos sociales, para un colectivo de barrio, o para otras investigaciones. De todos modos, me gustaría apuntar la necesidad de empezar a problematizar qué entendemos por movimientos sociales. Se trata de una palabra comodín que nos sirve para establecer un diálogo, pero sus contornos hoy en día son borrosos. En todo caso, el término nos da una indicación de que hay algo que se mueve en lo social, que puede generar unas dinámicas de cambio, de oposición, de transformación de lo que es la realidad social y que nosotros nos sentimos dentro de ese algo, y que queremos que nuestro proceso de investigación co-ayude a esas dinámicas de cambio.

El «para qué» creo que se sitúa en la capacidad de agencia, que dependerá de cada investigación. Por ejemplo, puedes investigar en un barrio para densificar sus redes sociales y que esa densificación sirva para generar una contraprogramación de la planificación urbanística o de las políticas públicas locales. Dependerá de cada caso, pero incluso en las investigaciones que no tienen un referente poblacional claro, por ejemplo, un estudio de la transformación de la logística empresarial, el para qué vendrá determinado por la utilidad que puedan tener para la transformación social.

Pregunta. Como apostilla, antes de cerrar, querría plantearte una última cuestión. Yo diría que esa reificación de los movimientos sociales de la que hablas tiene mucho que ver con la fragmentación social actual y con el carácter puntual o guadiana de los procesos de lucha, que se dan casi como cortes espacio-temporales que luego parecen desaparecer. Eso imprime un fuerte inmediatismo a cualquier deseo de transformación y contribuye a que procesos más a largo plazo, como una investigación-acción, cuyos resultados no son nunca inmediatos, parezcan perder valor desde el punto de vista de lo que aportan a los procesos de lucha o a la transformación social en general...

Respuesta. Yo creo que dentro de los movimientos sociales hay miedo a abrirnos a la incertidumbre, por lo que tendemos a crear metas futuras desde las que dotar de sentido nuestras acciones. Hemos aprendido a programar en función de un acontecimiento concreto (una cumbre mundial, la próxima visita de Bush, una reforma laboral) pero nos cuesta iniciar procesos en los que no sabes a qué te vas a enfrentar, sin una meta fija, que implican un «caminar preguntando»; es decir, que avanzan por sí mismos, que son inmanentes y que no tienen un foco concreto hacia el que dirigirse y en el que agoten todas sus tensiones.

Actualmente, la lógica de los acontecimientos escapa de toda posibilidad de predicción, por ejemplo, cuando se produce la masacre del 11 de Marzo en Madrid, donde mueren 190 personas al estallar varias bombas en trenes de cercanías. Se trata de nuevas formas de terror que sobrepasan nuestras posibilidades de conceptualización. Todo un arsenal de viejos conceptos utilizados todavía por una parte del movimiento (antiimperialismo, lucha armada, realismo político) pasan directamente al basurero de la historia por su incapacidad de dar cuenta de los nuevos fenómenos. Pero las dificultades para pensar el acontecimiento también nos sacudieron a quienes ya habíamos abandonado el léxico sesentayochista. Posteriormente, también se nos escapó la ocupación del espacio público durante la jornada de reflexión del 13 de marzo, con aquellas cadenas de mensajes por correo electrónico y mediante SMS, en una reapropiación de las capacidades conectivas de las nuevas tecnologías: ahí había una realidad que superaba las capacidades intelectivas del movimiento.

Abrirse a lo indeterminado es abrirse a la posibilidad de pensar de otra manera y, para ello, es necesaria una investigación social que nos permita conocer las realidades sin reificarlas, generando y articulando procesos de conexión con los movimientos sociales.

Los movimientos sociales no tendrían que trabajar con visiones tan finalistas, sino más bien en el sentido de favorecer las condiciones de posibilidad de aparición de acontecimientos, no con una visión teleológica etapista, que te dice «si yo quiero llegar hasta aquí, ¿cuáles son las etapas que tengo que desarrollar?», sino «cómo vamos a implicarnos en lo social, cómo relacionarnos, cómo generar procesos, teniendo en cuenta que esos procesos en un determinado momento pueden estallar, pueden producir fenómenos de efervescencia en los cuales habrá que estar ahí y habrá que ver qué maneras y qué medidas adoptar para que aquello no pueda ser reconducido con posterioridad o, por lo menos, que no sea reconducido fácilmente». Es interesante, a este respecto, la dicotomía en la que nos encontramos el 14 de marzo. Se ha producido un acontecimiento, ha habido elecciones, se ha constatado un proceso destituyente respecto al gobierno del Partido Popular, ¿y ahora qué? El poder ha recompuesto toda su legitimidad, toda la lógica de la representación, y nosotros hemos sido incapaces de visibilizar un discurso minimamente distinto. A veces creo que somos incapaces de pensar mas allá de nuestros espacios acotados. Cuando hay un acontecimiento que nos sobrepasa, nos quedamos paralizados, en plan «bueno ¿y qué ha pasado?». Nos miramos con cara de tontos y somos incapaces de trabajar sobre ello.

No hemos sabido liberarnos del pensamiento determinista, y todavía esperamos que la conexión entre teoría y praxis nos ofrezca certezas, previsión, sentido. Para ello, tenemos que efectuar un giro copernicano, que rompa con la jerarquización entre teoría y realidad, en el que la hibridación entre investigación y acción devenga un útil, no para inferir verdades matemáticas, sino para movernos en la incertidumbre. Hibridar la investigación con la acción implica romper la dicotomía todavía presente entre investigadoras y activistas, porque como activistas también realizamos investigación social, aunque sea inconscientemente, y como investigadoras también actuamos políticamente.

Barcelona, entre junio y agosto de 2004